

Cataluña han podido vencer á tropas aguerridas superiores en número. Pero si la guerra que estamos sosteniendo, á Dios gracias, con tanta fortuna, fuera con otra monarquía asentada sobre las mismas bases que la nuestra, poco me importaría que el pueblo continuase entregado á esa diversion. Pero ¡ay! las ideas que han servido de bandera á la república francesa, cuyos horrores y extravíos lamentamos, no pueden ser apagadas por el estrépito de los cañones. Dentro de un año, dentro de dos, dentro de cuatro habremos logrado vencer, si la Providencia nos ayuda, á nuestros enemigos. Pero á la guerra ha de suceder la paz. No somos rencorosos; abriremos los brazos á nuestros enemigos, y cuando despues de habernos considerado como héroes vengan á admirarnos de cerca — los españoles somos así, terribles en la hora del combate — seremos dulces y cariñosos con los vencidos. Entonces nuestro pueblo podrá saber que muy cerca de aquí todos los hombres son ciudadanos, todos tienen derecho para intervenir en la gobernacion del Estado, y esa mala semilla en un pueblo tan feroz como el nuestro puede dar tristes frutos, porque nuestros hermanos querrán las libertades que tienen los franceses; y si se las damos de pronto producirán en su estómago una fuerte indigestion, y si no se las damos, una irritacion espantosa, que será muy difícil corregir.

—Es muy cierto, dijeron todos aplaudiendo aquellas reflexiones tan juiciosas y aquellos cálculos tan acertados del primer ministro de Cárlos IV.

—Yo he pensado, añadió Godoy, que es mejor, mucho mejor, ir dando al pueblo lo que ha de pedir mañana antes de que lo pida, y á este efecto, hablo entre amigos y no tengo inconveniente en franquearme, á este efecto, repito, he trabajado el ánimo de S. M. y lo he encontrado propicio. No en balde se llama el bondadoso al rey nuestro señor. No es un monarca, es el padre del pueblo.

—Dios bendiga á S. M., exclamó Melendez Valdés, que, verdadero poeta, no pudo menos de entusiasmar-se al oír describir de aquella manera el corazón de un monarca.

—Pues bien, para llevar á cabo mi propósito he ideado un plan que voy á someter á la ilustración de usted.

—¡Tanto favor!... exclamaron los comensales.

—Hago justicia al talento que en todos reconozco. Yo creo francamente que el único obstáculo que puede oponerse á las reformas que deseo proponer á S. M. para anticiparme á las exigencias que los vasallos puedan tener mañana, es abolir las corridas de toros.

VI.

Filiberto no pudo menos de levantarse de su asiento como si le hubiera mordido una víbora.

—Todos los demás manifestaron su asombro.

—No me sorprende la admiración de Vds.; la esperaba, pero me anima.



Filiberto no pudo ménos de levantarse de su asiento.

—Señor, dijo Conde, ¿sabe V. E. lo que quiere?—

—Un imposible, contestó Filiberto. Quite V. E. al pueblo ese espectáculo, y España pierde su fisonomía, sus costumbres, todo.

—Y sin embargo, dijo Forner, yo opino en todo y por todo con el señor duque de la Alcudia.

—Yo creo, dijo Urquijo, que ese atrevido pensamiento, por la audacia que tiene en sí, es capaz de asombrar y convencer al impresionable pueblo español.

—Primero le hacen trizas que renunciar á las corridas de toros, dijo Filiberto.

—Consulte V. E. al alcalde-corregidor, á los alcaldes de cuartel, á los guardianes de los conventos, á los alcaldes de Casa y Corte, á todas las personas que tienen roce continuo con el pueblo, y si hay uno solo que no se asombre al oír los proyectos de V. E., tan opuestos á los sentimientos, no ya del vulgo, sino hasta de la grandeza española, no tengo inconveniente en confesar que á pesar del cuidado con que he estudiado la historia de mi patria y hasta la de los árabes, á quienes de una manera incidental deben su origen las lides taurinas, soy el más ignorante de la tierra, dijo Conde.

—Sería capaz el pueblo, añadió Filiberto, de hacer lo que no ha hecho, amotinarse como en los tiempos de las capas y los sombreros.

—Creo, en efecto, dijo Melendez Valdés, que nuestro buen amigo el duque de la Alcudia perdería mucho del prestigio que tiene si intentase llevar á cabo esa reforma, con la cual estoy de acuerdo.

—Pláceme, dijo Godoy, haber oído la opinion de hombres tan importantes, y lo único que siento es que otro hombre de los más ilustrados, sin ofender á ninguno de Vds., de los que más estimo, por más que cuestiones políticas que lamento le tienen separado de mí, no pueda emitir su opinion en este punto.

—¿Alude V. E. á Jovellanos? repuso Forner.

—Lo ha adivinado Vd., amigo mio; pero no obstante, yo voy á hacer á Vds. una proposicion, que espero acogerán con su benevolencia acostumbrada.

—Desde luego la aceptaremos, dijo Forner.

—Es muy sencilla, y será, seguramente, del agrado de Vds. Yo desearia que con alguna premura, porque el tiempo urge, reunieran Vds. todos cuantos datos tienen ó puedan adquirir acerca del origen ó desarrollo que ha tenido en España esa funcion que deseo hacer olvidar, y puesto que entre Vds. tiene ardientes partidarios é ilustrados impugnadores, celebrarán Vds. alguna conferencia que pudiera ofrecerme un resúmen histórico y filosófico acerca de esa diversion, de su influencia en las costumbres y hasta en la nacionalidad española, porque quizás ese trabajo llegara á convenirme, obligándome á olvidar mi proyecto ó á animarme tal vez á seguirle con perseverancia, seguro de ofrecerme la gloria de haber estudiado uno de los más árduos problemas y de alcanzar la no ménos estimable de contribuir á resolverle.

—Excelente idea, dijeron todos.

—Aun desearia más; creo que mi buen amigo Me-

Melendez Valdés tiene relaciones con Jovellanos.

—Me distingue con su afecto.

—Pues bien; si la opinion pudiera llegar hasta mí, ilustrada con su trabajo y con el de Vds., yo lograria mi objeto.

—Sea en buen hora, dijo Conde.

—Por mi parte, añadió Filiberto, aunque solo como hombre práctico pueda servir para algo, estoy resuelto á cumplir los deseos de S. E.

—Pues inauguremos aquí mismo, dijo Forner, una asociacion, de la que formaremos parte los que aquí estamos, y desde luego me atrevo á proponer para presidente honorario al señor duque de la Alcudia.

VII.

La eleccion fué adoptada por unanimidad, y desde aquel momento quedó instalada una asociacion de amigos y enemigos de la fiesta nacional de los toros para estudiar su origen, su influencia en las costumbres, y resolver si era conveniente abolirla ó protegerla.

Pocos son los que conocen este dato histórico; pero algunos manuscritos y algunas insinuaciones que se encuentran en autores contemporáneos, y sobre todo algunas criticas de esta asociacion, dan cierto carácter de autenticidad á lo que quizás pueda parecer al lector un pretexto del novelista para cumplirle de una manera un tanto pintoresca la promesa que le ha hecho al inaugurar este segundo libro de su obra.

Me distingo con un objeto en el mundo.

— Pues bien, si la opinión pública hegrá para mí

— Sea en buena hora, dijo Gombert.

— Pues insurremonos al mismo, dijo el otro.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

— El hombre de ayer y el hombre de hoy.

No crean los lectores que la satisfaccion que produjo en el ánimo de los comensales del duque de la Alcudia la feliz idea de S. E. era movida únicamente por tener ocasion de lucir sus conocimientos tauromáquicos unos, artísticos y literarios otros y filosófico-sociales los demás.

Habia un motivo mucho más poderoso para que las ocupaciones á que debian entregarse, si habian de cumplir su cometido, les llenase de júbilo.

En aquellos tiempos—parecerá una utopia lo que voy á decir—en aquellos tiempos las horas eran más largas que en estos.

Un paralelo entre el hombre de hoy y el de ayer justificarán mi aserto.

II.

El hombre de hoy se levanta muy tarde.

Cuando abandona el lecho ya le aguarda el barbero,

y el que emplea ménos minutos en la operacion de rasurar es el que más parroquianos tiene.

Cinco minutos para hacerse la barba.

Cuatro ó cinco periódicos esperan al hombre de hoy en su despacho, y le excitan á leer la *última hora*, los partes telegráficos, alguna noticia al vuelo, proporcionándole el elemento indispensable para empezar las conversaciones que muy en breve va á celebrar con ocho ó diez personas á quienes tiene que recibir en el espacio de una hora para tratar con ellas los más difíciles y diversos negocios.

Llega la hora del almuerzo y coincide con ella la llegada del correo.

Entre bocado y bocado hay que enterarse del contenido de las cartas.

Todas son emociones.

Una buena noticia, el anuncio de una pérdida, el parte de un casamiento, la carta de una viuda reciente que, á pesar de su dolor, no se olvida de los cupones que vencen y encarga al amigo del difunto que los cobre.

Acto continuo, á la Bolsa unos, otros al Congreso, otros á los ministerios.

No es posible prescindir de dar dos ó tres paseos por la Carrera de San Jerónimo para saber las últimas noticias de política.

Despues las visitas.

Despues el paseo por la Castellana ó el Retiro, porque es preciso ver á las gentes y que le vean á uno.

Y el que emplea menos minutos en la operación de rasurar es el que más paritos tiene.
 Cinco minutos para hacerse la barba.

A las siete la comida, precedida del anuncio de las visitas que no le han hallado á uno en casa, y las cartas del correo interior y los despachos telegráficos.

El hombre de hoy no tiene tiempo ni de hablar con su esposa de las cosas domésticas, ni de acariciar á sus hijos.

A las ocho y media al teatro.

En un entreacto una vuelta por el Casino.

A las doce á un baile de gran tono.

A las dos otra vez al Casino á dar un vistazo por el tapete verde.

A las tres á cenar con una actriz, ó una cantante, ó á ver á un ministro, que suelen recibir á estas horas á los amigos de confianza.

A las cuatro ó las cinco á casa.

—Un vistazo á *La Epoca*, otro á *La Correspondencia*, y á la cama.

Una hora ó dos para pensar en los negocios pendientes, y á dormir.

Esta es la vida del vapor, de la electricidad.

IV.
 la Carrera de San Jerónimo. Para saber las últimas noticias de política.

En cambio, la vida del hombre de ayer era el polo opuesto.

Despertábase con el alba.
 es preciso ver á las gentes.

Tomaba el chocolate con la mayor tranquilidad.

Destinaba una ó dos horas á arreglar sus prendas de vestir, á prepararlo todo para la salida de aquel dia.

Nadie podia quitarle media hora lo ménos para dar cuerda á los muchos relojes que debia tener todo caballero.

Vestido ya, aguardaba al peluquero y pasaba con él una hora larga mientras que le afeitaba, le ponía la peluca, se la empolvaba y le refería todos los sucesos de la capital.

A las doce á oír misa.

Después un paseito por las gradas de San Felipe, y dos ó tres estaciones en las librerías más afamadas para oír decir lo que contaba la *Gaceta*, de lo que tres ó cuatro meses antes habia acaecido en San Petersburgo ó en Stokolmo.

Daba la campanada del garbanzo, y á casa, á comer.

Y para que no molestasen las gentes al hombre de ayer se cerraba la puerta de la calle, con lo cual nadie se atrevia á interrumpir el silencio y el sosiego de los moradores de aquella cerrada vivienda.

Después una siestecita para reposar la comida.

Vestido ya, después de encasquetarse el peluquin, iba muy despacito el hombre de ayer á la celda de un convento á visitar, ora á un padre prior, ora á un fraile vulgar.

Su paseito higiénico por la alameda de los Melancólicos, por el paseo de Mahudes, ó por el Prado de San Fermin no habia quien se lo quitase.

Una hora á la botillería de Canosa para refrescar, ó tomar café, segun la estacion, y por último, unos se iban á rezar el rosario y á acompañarle por las calles, otros al corral del Príncipe, ó de la Cruz, á oír desde una luneta cantar las seguidillas del *arroyito*, y otros á una tertulia inocente como las que ha descrito Antonio Flores en su preciosísimo *Ayer*, y han popularizado los autores de la zarzuela *Un sarao y una soirée*.

Solo trasnochaban los serenos, alguna que otra ronda de alguaciles y los de la *ronda de pan y huevo*, que con sus *sactas* entristecian á las piedras de la calle, como hubieran entristecido á los moradores de la villa y córte si á aquellas horas no hubieran dormido como troncos.

VI.

Pues bien, los personajes que hemos visto sentados á la mesa del duque de la Alcudia vivian de aquella manera lenta y pausada.

Así como los placeres de la sociedad de hoy son los de la fiebre, del delirio, los placeres de aquella eran los de la atonía, los de la clorosis.

Si hoy se considera como el mejor amigo al que presta un duro, entonces el que proporcionaba una ocupacion útil y agradable era seguramente el que daba mayores muestras de aprecio á sus semejantes.

¡Cómo se reirian nuestros políticos de hoy, sobre todo los diputados ministeriales de cualquier ministerio, si hubieran visto á un Melendez Valdés, á un Urquijo, á un Conde, á un Forner, á un guardia de Corps, por último, entusiasmarse ante la idea de haber recibido el encargo de estudiar las corridas de toros, su origen, su influencia en la sociedad, la conveniencia de extinguirlas ó de modificarlas; cómo se hubieran reido, repito, ellos que solo se preocupan cuando se trata de algun escándalo parlamentario, cuando se sabe que algun diputado va á decir algunas frescas á otro, ó cuando ven en peligro la situacion, que es para ellos cuerno de la abundancia!

VII.

Con la mayor formalidad, como si se tratase de un asunto gravísimo, al separarse del duque de la Alcudia convinieron todos en guardar la mayor reserva acerca del asunto que habia de ser objeto de su estudio y observacion, y acordaron celebrar la primera sesion, para organizar los trabajos que debian llevar á cabo y para repartírselos, en casa de Forner.

Todos prometieron obrar con el mayor sigilo, porque en su concepto la idea de Godoy era altamente revolucionaria, y si se apercibia alguno del objeto de los trabajos que iban á emprender podian tener algun disgusto.

VIII.

En honor de la verdad, quien desde luego comprendió que no podría callar fué Filiberto, y no queriendo hacer traicion á sus colegas formuló una proposicion, que fué aceptada.

—Amigos míos, dijo, lo que quieren Vds. es imposible. Unos tendrán que ir á la Biblioteca á consultar libros y manuscritos; otros tendrán que conferenciar con personas del pueblo; otros con los toreros mismos, y alguna explicacion hay que darles. Hagamos una cosa: digámosles que el rey nuestro señor desea conocer á fondo la verdadera historia de las lides taurinas para ver si hay un medio de darles todavía más esplendor del que tienen, y verán Vds. cómo todos los que puedan ofrecernos algunos datos se apresurarán á traérnoslos.

—¿Y si después, dijo Melendez Valdés, su majestad, aconsejado por el duque de la Alcudia, suprime las corridas de toros, cómo explicamos esa version?

—No las suprimirá, dijo Filiberto; apuesto mi paga de este mes; digo, no, eso no puede ser porque la tengo ya perdida; apuesto mi banderola, mi vida si es preciso, á que no hay fuerzas humanas capaces de conseguir que el pueblo español renuncie á su diversion favorita.

—Eso es ya prejulgar la cuestion, dijo Urquijo.

—Esto es únicamente la opinion de la experiencia.

—Allá lo veremos.

Aquella microscópica 'asamblea, compuesta como todas de pareceres distintos, comenzó á apasionarse.

Los asociados se retiraron, prometiendo verse al dia siguiente en casa de Forner para inaugurar sus tareas.

CAPITULO III.

La marquesa de la Llanana.

I.

A pesar del sigilo con que se habian prometido llevar á cabo los asociados el estudio de la árdua cuestion sometida á su exámen, Filiberto, que, conociéndose, habia buscado un medio para no enmudecer—cosa que le hubiera costado gran trabajo—fué débil, y en secreto refirió todo lo que le habia pasado en la comida del duque de la Alcudia á la marquesa de la Llanana, dama muy principal á quien el guardia hacia la córte.

La marquesa era una viuda de treinta y seis á treinta y ocho años, bien conservada, muy dada á los caprichos de la moda, muy devota, y para que nada faltase al tipo completo de la mujer aristocrática de aquel tiempo, muy entusiasta admiradora de las corridas de toros.

Para proporcionarla un ataque nervioso, que tambien en aquel tiempo tenian nervios las damas, hubiera bastado oponerse á que luciera su mantilla de casco y su peineta de teja en su palco de la plaza de toros,

palco que reunia durante todas las corridas de toros á las personas más elegantes en las lides taurinas, porque la marquesa, que se preciaba de conoedora, gustaba en extremo de discutir las suertes con las personas en quienes reconocia competencia en el asunto.

II.

Aunque la marquesa pertenecia á una familia ilustre, no eran muy bien vistas en la sociedad sus costumbres, un tanto libres por aquellos tiempos.

Pocas eran las damas que la visitaban.

En cambio su casa estaba siempre llena de caballeros y su tertulia era de las más animadas y divertidas, por más que dominase en ella el sexo feo.

Las únicas amigas que la acompañaban á hacer los honores de sus saraos eran viudas como ella, y las intrigas amorosas, la narracion de las aventuras que tenían lugar en la córte, las no ménos interesantes de los guardias reales, en una palabra, todo lo que podia constituir la sencilla y casi inocente crónica escandalosa de aquel tiempo, era el objeto predilecto de las conversaciones de los contertulios de la marquesa.

III.

Habíase casado muy jóven; su marido habia sido íntimo amigo de Olavide; este habia imbuido en él las ideas revolucionarias que le habian costado las perse-

cuciones de la Inquisicion, y dicho se está con esto que no habia reinado el mayor orden en su casa.

A la sombra de aquella libertad crecieron y se desarrollaron los caprichos de su esposa y llegó á ejercer en su casa una verdadera dictadura.

El marqués era muy aficionado á cazar, aficion que por tenerla el rey se habia generalizado en toda la grandeza, y en una cacería persiguiendo á un venado le arrojó el caballo contra unas piedras, y no sobrevivió más que algunas horas á la caída.

La marquesa sintió mucho su muerte, pero al cabo de algun tiempo comprendió que con ella no habia sucedido otra cosa más que haberse aumentado su libertad.

IV.

Necesitando distraccion, no podia vivir sin pasear por el Prado de San Fermin, sin asistir á las corridas de toros desde por la mañana hasta la noche, sin ir alguna que otra vez al corral del Príncipe y sin tener tertulia en su casa.

Los guardias de Corps, por su carácter alegre, constituian el mejor ornamento de su tertulia.

Verdadero tipo de la coquetería, coqueteaba con todos, asegurando á aquellas de sus amigas que le hacian ver los peligros de jugar con fuego que ya estaba curada de espanto, que ya no hacia otra cosa que distraerse y que no habia en el mundo quien pudiera perturbar su dormido corazon.

El bueno de Filiberto, como tantos otros, habia empezado á galantear á la marquesa.

—No se canse Vd., le dijo un dia la veleidosa dama, mi esposo se llevó al otro mundo mi corazon. No me ha quedado más que alegría para reirme de todos los que aspiren á conquistar mi voluntad.

—Lo que es por eso no desfallezco, dijo el guardia de Corps. Desde que se han inventado los postizos, nada más fácil que buscar un corazon artificial para una mujer que, como Vd., haya perdido el snyo.

V.

La marquesa se rió de Filiberto, y este, burlado á los ojos de los contertulios de la deidad, juró que no cejaría en su empeño hasta verla rendida.

Así lo hizo en efecto, y para justificar su tenacidad debo decir que el guardia era hijo tercero de una noble familia de Aragon, razon que explica la fuerza de voluntad con que habia acometido tan dificil empresa.

En la época en que doy á conocer á una y otro, solo habia conseguido que la marquesa, despues de haberle despreciado muchas veces, despues de haber sostenido una lucha empeñadísima con él, hubiera pedido una tregua, concediéndole el título de amigo íntimo, pero nada más que amigo.

VI.

Filiberto, que poco á poco iba enredándose más y más en aquella red amorosa, á pesar de su poca fijeza habia llegado á enamorarse verdaderamente de la marquesa, y, aunque lo ocultaba, lo cierto era que el dia que no lograba verla por cualquier motivo, y que al verla no podia hablar con ella á solas, estaba de un humor endiablado y su asistente pagaba su mal humor.

Tanto habia sufrido el doméstico las consecuencias de los desvios de la marquesa, que habiéndose enterado de las causas de sus tirones de orejas y de los puntapiés que recibia á menudo, aprovechó sus ócios en hacer el amor á la camarera favorita de la marquesa, para lograr con su auxilio que fuese más amable su ama con el guardia de Corps, á fin de ahorrarse las exclamaciones de dolor en que de otro modo tenia que prorumpir á cada instante.

Al recibir Filiberto el encargo de coadyuvar al estudio filosófico-tauromáquico que deseaba llevar á cabo el duque de la Alcudia, lo primero que pensó fué que, asociándose á la marquesa, encontraria en ella un poderoso auxiliar para defender á toda costa sus ideas, y al mismo tiempo un pretexto para hablar con ella en confianza y un medio de acelerar el triunfo que ambitionaba.

VII.

Las primeras insinuaciones de Filiberto irritaron profundamente á la marquesa.

—¿Cómo se entiende? exclamó. ¿Hay en España quien pretenda imaginar siquiera que es posible acabar con las funciones de toros? El que tal piense es un loco y además un mal español. Por mi parte declaro que le haré una guerra tenaz y llevaré tan lejos mi encono, que aunque estoy apartada de muchas damas de la grandeza porque no puedo transigir con su hipocresía, las buscaré, las hablaré, daré la voz de alarma, y todas juntas haremos una guerra sin cuartel á los que aspiran á privarnos de asistir á ese magnífico espectáculo, para premiar con nuestros aplausos y nuestras sonrisas á los valientes lidiadores que al influjo de nuestras miradas ven caer á sus piés las fieras más feroces é indomables.

VIII.

—¡Bravo, sublime! exclamó Filiberto; ya sabia yo que encontraria en Vd., mi querida marquesa, un fuerte apoyo. Yo no he ocultado mis ideas, y todos saben que estoy dispuesto á defender lanza en ristre las funciones de toros. Pero modere Vd. sus ímpetus. Vd. me

ha prometido ser mi amiga, y siéndolo no querrá comprometerme.

—¿Cómo puedo comprometer á Vd.?

—Poniéndose en campaña desde luego.

—Es que lo malo hay que atacarlo pronto.

—Y si yo le dijera á Vd. que los que estamos reunidos para resolver esa cuestion hemos empeñado nuestra palabra de guardar el mayor secreto, ¿qué diria Vd.?

—Que habian Vds. hecho muy mal.

—Y sin embargo, la hemos empeñado, y ya ve usted qué papel haria yo si se supiera que por mi conducto habia Vd. sabido los planes del duque de la Alcudia y se oponia desde luego á ellos.

—Pues bien; cuando un galan quiere que una dama no revele un secreto, lo primero que debe hacer es no confiársele.

—Eso está muy bien tratándose de una dama vulgar, pero de la marquesa de la Llana... Vamos á ver si es Vd. mujer fuerte. Yo le prometo á Vd. confiarle todo lo que suceda y darle cuenta detallada de las determinaciones que se tomen. Estoy seguro de que los partidarios de las lides taurinas triunfaremos; pero si así no fuera, yo pediré á Vd. auxilio, y entonces es cuando podrá desplegar todas las armas que posee para obtener el triunfo.

—¿Y si me oculta Vd. algo?

—Si mi propósito fuera ese habria empezado por ocultar á Vd. lo principal. Yo me inspiraré en todo y para todo en Vd., y á este fin, si Vd. me lo permite,

vendré todos los días en que no tenga guardia á la hora en que Vd. esté sola.

—¿Para hablar de este asunto nada más?

—Naturalmente.

—Es que si aprovecha Vd. la ocasion para insistir en sus impertinencias...

—Tendrá Vd. derecho para arrojarme de su casa.

—Ya sabe Vd. que soy débil.

—Ya sé que es Vd. fuerte, y tambien sé que sienta muy mal esa fortaleza en una dama tan bella, tan encantadora como Vd.

—Mal principio es ese.

—No veo motivo...

—Si en todas nuestras conferencias da Vd. en galantearme...

—Voy á demostrar á Vd. que sé vencerme. ¿Quiere usted que hagamos una apuesta?

—¡Una apuesta! ¿Con qué fin?

—Yo apuesto todo lo que Vd. quiera á que en un mes soy capaz de estar á su lado todo el tiempo que usted me lo permita sin decirle una sola galantería.

—Acepto la apuesta.

—¿Qué vamos á apostar? Apruebo desde luego lo que Vd. proponga.

—Pues bien, si al terminar el mes no he sido débil, me permitirá Vd. que estampe un beso en su nevada mano.

—¿Y si pierde Vd.?

—Me permitirá Vd. lo mismo.

—No; me reservo la libertad de imponer á Vd. la sentencia que crea más oportuna si, como creo, pierde.

IX.

En esto entró una visita y Filiberto tuvo que retirarse; pero iba seguro de que habia adelantado en aquella conversacion bastante terreno para la realizacion de sus designios.

CAPITULO IV.

Un jóven ambicioso.

I.

Aquel mismo dia la marquesa de la Llana, que era muy amiga de la camarista de la reina, que como recuerdan nuestros lectores protegió á Picornel, fué á verla y la enteró en secreto de los planes del duque de la Alcudia.

Como la Matallana no dejaba de aprovechar todas las ocasiones para contrarestar la influencia de Godoy, antes de dar cuenta á la reina de lo que le habia referido la marquesa, habló de aquel asunto precisamente á uno de los asociados, que en aquellos momentos tenia mucha amistad con ella.

Era este D. Mariano Luis de Urquijo.

Este personaje, que llegó más tarde á ser ministro de Negocios extranjeros y desempeñó en los últimos años del reinado de Cárlos IV uno de los más importantes papeles, figurando despues en la revolucion á que dió lugar la abdicacion del rey, era por su talento, por su ilustracion y por su figura uno de los hombres más importantes de su época.

II.

Hijo de una familia de labradores de Castilla, con natural ingenio y una afición vehemente por los viajes, desde muy joven emprendió algunos á Francia é Inglaterra con los agentes que tenía su padre para la venta de granos y de harinas.

Agradándole las costumbres inglesas, pidió al autor de sus días que le permitiese permanecer algun tiempo en Lóndres, y allí entró en una casa de comercio, permaneciendo en ella hasta 1791, época en que volvió á España imbuido en el espíritu revolucionario y con ánimo de plantear en su nación todos los adelantos que había aprendido en el extranjero.

Era de una figura arrogante.

Los viajes, el trato con distinguidas familias de Francia y de Inglaterra, la experiencia de los negocios, los medios de fortuna con que contaba, todo había contribuido á hacer de él un verdadero hombre de mundo, y apenas llegó á Madrid fué presentado en los salones más distinguidos, adquiriendo la protección de muchas ilustres señoras.

Pero Urquijo era muy avaricioso.

III.

A los pocos días de su llegada, movido de curiosidad, había acudido, como solían hacerlo gran número de ha-

bitantes de Madrid, á ver salir á los reyes de palacio para sus cuotidianos paseos.

El dia en que fué Urquijo habia salido muy temprano el rey á cazar al Pardo, y solo para ver á la reina acompañada de sus hijos iba á paseo á la Moncloa.

Desde luego descubrió en las facciones de la reina el carácter enérgico y apasionado que le dominaba.

María Luisa fijó los ojos en él y le saludó con su acostumbrada amabilidad.

Desde aquel momento concibió Urquijo un plan.

El de acercarse á aquella señora para buscar en su apoyo medios idénticos de los que habian servido á Godoy para alcanzar los triunfos que todos le envidiaban.

IV.

Por de pronto consiguió un empleo en el ministerio de Estado.

Su talento para resolver las dificultades, su elegante porte, su amena é instructiva conversacion le granjearon el aprecio de todos sus compañeros, y no tardó el mismo duque de la Alcudia en apreciar aquellas cualidades.

Mostróse Urquijo admirador de Godoy, y este, á pesar de su talento, cayó en la red que aquel le tendió.

Comprendió Urquijo que el mejor medio que tenia para realizar sus aspiraciones era hacer amistad con algunas de las damas que inspiraban confianza á la reina.

No tardó en conseguir la proteccion de la Matallana, reemplazando á Picornel en la mision de expiar al duque de la Alcudia.

La situacion en que se hallaba Urquijo era dificil.

Por una parte estaba conforme con las ideas de Godoy.

Los dos eran jóvenes.

Los dos estaban dominados por el espíritu reformista, que se habia apoderado de todas las inteligencias.

Los dos estaban conformes en que el mejor medio de cambiar por completo la faz del país y prepararle á una civilizacion conveniente para estar al nivel de las naciones más adelantadas, era apartar de su vista aquel espectáculo que le familiarizaba con la sangre y que desarrollaba sus instintos feroces.

Pero al mismo tiempo, su más constante idea era la de arrebatarse el poder de las manos del favorito, y por realizar sus deseos era capaz de todo.

VI.

Ya hemos visto que opinaba por la supresion de las corridas de toros.

Pues bien, no habian pasado veinticuatro horas, cuando despues de haber oido á la Matallana la relacion que de los deseos del duque de la Alcudia le habia he-

cho la marquesa, al oír que la reina se opondría resueltamente á aquella determinacion por ser una de sus mayores diversiones las corridas de toros, hizo, como suele decirse, un cuarto de conversion, y confió, tambien en secreto, á la Matallana, que formaba parte de aquella asociacion que debia estudiar los medios de organizar los planes de Godoy, y de aquí surgió la intimidad que algun tiempo despues le dió influencia bastante para que el mismo Godoy le nombrase ministro de Negocios extranjeros y para que estuviese á punto de realizar el plan de toda su vida desbancando al favorito de los reyes.

CAPITULO V.

Discusion preliminar.

I.

Al lado de las intrigas amorosas y políticas que vemos surgir en torno del plan concebido por el duque de la Alcudia, llevaban á cabo algunos de los asociados el proyecto del primer ministro, con la conciencia propia de los hombres de aquella época y con la satisfaccion del desocupado que encuentra una ocupacion amena y productiva.

Quien con más celo desempeñaba su comision era Melendez Valdés.

Este personaje tiene la fortuna de no necesitar un gran pintor para dar á conocer, no solo las muestras de su talento, sino la belleza de su carácter.

Ha dejado su alma en sus poesías, y una dulcísima composicion prueba que su alma era un alma privilegiada.

Al mismo tiempo, por su modestia, por la sencillez de sus costumbres, por el amor al progreso, que sentia y manifestaba en todas las ocasiones oportunas, no solo figura con honra en el Parnaso español, sino que forma tambien entre los hombres ilustrados y previsores

con que se honró España en los últimos días del siglo pasado y primeros del presente.

II.

Melendez Valdés vivía aquella vida lenta y sosegada de la época que en otro capítulo hemos descrito.

No sentía esos vértigos ambiciosos que tan admirablemente ha descrito Balzac en *La Piel de Zapa*, y que son, por decirlo así, la síntesis del siglo XIX.

Podía pasar horas enteras contemplando la aparición del lucero matutino, viendo inundarse el campo con los primeros rayos de un sol hermoso; podía detenerse á contemplar el cuadro que en el pórtico de una iglesia ofrecían los mendigos, y saborear las bellezas que presentaba á sus ojos á cada instante la caridad bajo la forma de tímidas y castas jóvenes ó de venerables ancianos.

Podía, después de haber alimentado su cuerpo con una frugal comida y una reparadora siesta, salir al campo á dar un paseo higiénico y detenerse á contemplar la hermosa florecilla silvestre balanceándose al contacto de la brisa, al bullidor arroyuelo deslizándose entre blancas arenas, y escuchar el trino del canoro ruiseñor oculto entre las ramas de las frondosas alamedas que amenizaban por entonces los alrededores del calumniado Manzanares.

Compréndese fácilmente que aquel hombre no sentía la fiebre del deseo que nos devora ahora.

Con muy poco, y eso poco lo tenia, podia satisfacer todas las necesidades de su vida.

¿Qué mayor alegría para él que la de hallar un pensamiento elevado, una figura inspirada, una cadencia dulcísima, una frase que penetrara en el corazon, un gemido que se identificara con las lágrimas de la desgracia?

III.

Pues bien, aquel hombre que con tan poco se contentaba, conocido y admirado por el duque de la Alcu-
dia, no tardó en ser objeto de su proteccion.

Con esto inauguró Godoy un ejemplo que en nuestro siglo ha sido imitado y desarrollado sobremanera, produciendo en gran parte la atonía en que se hallan las letras.

Le proporcionó un empleo que le dejaba, sin embargo, tiempo para consagrarse á su musa.

La delicia de Melendez Valdés era, despues de haber cumplido sus deberes, visitar de vez en cuando á su protector para hablar con él de la literatura clásica, y mantener correspondencias con algunos hombres ilustrados que vivian lejos de la capital, y entre ellos su amigo predilecto era Jovellanos.

Una de las primeras resoluciones que tomó Melendez Valdés para complacer los deseos del duque de la Alcu-
dia fué escribir al ilustre jurisconsulto, al sábio economista, que se hallaba á la sazón en Astúrias, su pa-

tria, desempeñando una comision del gobierno, que más que un agasajo era un destierro para él.

IV.

No hay hombres verdaderamente completos.

Al lado de las cualidades que me he complacido en reconocer en el duque de la Alcudia, tenia defectos cuyas proporciones aumentaba la vehemencia de su corazon.

Los que por su belleza ó su talento podian hácerle sombra, como se dice vulgarmente, eran objeto de su animosidad y de sus persecuciones.

El marino Malaspina habia tenido una pasajera influencia en palacio, y Godoy no habia respirado tranquilamente hasta que le alejó de la córte.

Jovellanos era por su talento y sus virtudes la admiracion de los hombres de más valer.

Todos le designaban como el que con más acierto podia gobernar la nacion, y esta circunstancia era bastante para que Godoy procurase tenerle alejado.

Al dirigirse Melendez Valdés al ilustre desterrado de Gijon, estaba seguro de proporcionarle agradable solaz, y al mismo tiempo de obtener en sus apreciaciones sobre el espectáculo taurino el juicio más exacto y más imparcial para inspirarle en las controversias en que muy en breve iba á verse empeñado.

No quedaron defraudadas sus esperanzas.

Jovellanos tardó en contestarle, pero no por culpa

suya, sino del correo, que en aquellos tiempos tardaba quince dias muy largos en ir desde Madrid á Gijon y otros tantos en volver.

Inmensa fué su satisfaccion al ver que Jovellanos opinaba como él, y atribuia una buena parte de las costumbres del pueblo á la influencia que ejercian en el vulgo las corridas toros.

Entre otras cosas le anunciaba que hacia ya mucho tiempo que habia consagrado largas meditaciones á tan importante asunto, y dejaba entrever el pensamiento de la obra, pequeña en el tamaño, grande en la intencion, que con el título de *Pan y Toros* se le atribuye.

V.

Yo bien sé que eruditos comentadores de las obras de Jovellanos piensan, quizá con fundamento, que el opúsculo tan acreditado que corre como suyo no le debe más que algunas ideas, que tienen motivos para adjudicar su paternidad á un hombre muy docto tambien, pero oscuro y desconocido en la historia de la literatura.

Así será; pero ¿qué quieren Vds.? será soberbia, y quizás pedantería, de mi parte: yo, que he leído casi todas las obras de los literatos de aquel tiempo, al que soy muy aficionado; yo, que he procurado identificarme con los hombres más distinguidos de aquel período histórico, no creo, no puedo creer, no quiero creer que hubiera uno solo que con aquella rápida, majes-

tuosa y omnipotente mirada pudiera sintetizar todas las debilidades y todos los vicios de un pueblo tan móvil, tan agitado, tan difícil de retratar como el pueblo español, sobre todo en aquel tiempo, si este hombre, si este retratista no es Jovellanos.

VI.

No es posible que este libro que voy escribiendo, no con todo el detenimiento, no con toda la inspiración que yo quisiera, deje de engalanarse con la opinión, harto olvidada por desgracia, de Jovellanos sobre las funciones taurinas, y á su tiempo engazaré esta piedra preciosa en mi histórico trabajo.

Que convenia á los planes de Godoy oponer á la revolución social y política que los vientos de Francia arrojaban á España desde la cumbre de los Pirineos otra revolución en las costumbres del país, no cabe duda alguna.

Era de todo punto imposible que dos naciones vecinas, estrechamente unidas por la ley de raza primero, por las familias reinantes de una y otra hasta entonces, no era posible, repito, que España pudiera contemplar á Francia con nuevo traje, con costumbres nuevas, sin que, movida por el espíritu de la novedad y por el espíritu de tradición desde el momento en que empezó á reinar en nuestra nación Felipe V, dejase de imitarla.

VII.

Asistamos á la primera conferencia que celebraron los encargados de estudiar aquella árdua cuestion, y alternando con las narraciones históricas los episodios de los personajes que he evocado con el deseo de hacerla más amena, podremos apreciar mucho mejor las opiniones de Jovellanos, que cerrarán esta parte de mi obra.

CAPÍTULO VI.

Un prólogo en acción.

Es muy posible que los lectores acostumbrados á leer novelas, al ver que hasta ahora vengo desarrollando algunas fábulas con más ó ménos acierto, echen de ménos la falta de hilacion en mi historia.

Pero recuerden bien que no he ofrecido una novela, sino las Memorias de la España de Pan y Toros.

Piensen tambien que para cumplir mi palabra necesito ofrecerles la historia del toreo, y lo que es más, las verdaderas causas que convirtieron á un pueblo fanático, abandonado, perezoso, lleno de vicios, en el pueblo valiente, heróico, grandioso de la guerra de la Independencia.

Necesito revelar al lector cuáles fueron los verdaderos móviles que impulsaron á nuestros padres á rechazar toda dominacion extranjera.

Hechas estas explicaciones, porque mi conciencia de novelista las reclama, háganme el favor los lectores de acompañarme á casa de Forner, que vivia en la calle de los Dos Amigos, próxima á la plazuela de Afígidis.

II.

Aquella sesion debia destinarse á formular el plan de los trabajos que habian de emprender para satisfacer los deseos del duque de la Alcu^{dia}.

El primero que llegó fué Filiberto, y manifestó desde luego á Forner que estaba decidido á defender á punta de lanza el espectáculo taurino.

Cuando llegaron los demás, comprendiendo sin duda que su influencia seria eclipsada por la de sus compañeros, se apresuró á hablar, pensando con razon que, lo mismo en las lides oratorias que en las de fuerza bruta, el que da primero da dos veces.

—Señores, dijo, yo que por mi carácter de guardia de Corps tengo ocasion de hablar con individuos de todas las clases de la sociedad, la he aprovechado, y sin decir el verdadero móvil que me inspiraba, solo hablando en sentido hipotético he podido convencerme de que es más fácil traer el mar á Madrid que desterrar en el pueblo español la aficion á las corridas de toros.

Empezando por las damas de la nobleza, ¿qué más? empezando por la misma reina (que Dios guarde) y concluyendo por la última manola del barrio de Lavapiés, no hay en el bello sexo, á no ser alguna beata, una española que no tenga pasion por ese espectáculo, que reúne el valor, la destreza, el arrojo y la animacion en un solo y magnífico cuadro.

Por mi parte estaba convencido, al oir al duque de

la Alcudia la manifestacion de sus deseos, de que todo lo que hiciera seria inútil para satisfacerlos.

Hoy me afirmo más y más en mi opinion, y creo que, no ya el hecho, sino la sola idea de perder el espectáculo favorito, produciria en Madrid y en toda España un motin mucho más trascendental y peligroso que el de las capas y sombreros.

III.

Como era natural, le arguyeron los que pensaban de distinta manera, y Forner, viendo que eran más en aquella reducida asamblea los que pensaban en contra que los que pensaban en pro, quiso mostrarles que no habia la imparcialidad que se necesitaba.

—Cinco personas estamos aquí reunidas, dijo, y de las cinco, tres atribuyen á las corridas de toros la causa de la decadencia, de la ignorancia y del fanatismo de nuestro pueblo.

De los dos que apoyan ese espectáculo, Conde lo hace más bien obedeciendo á sus aficiones orientalistas, porque, segun es fama, debemos á los árabes el origen de esas lides. El amigo Filiberto es el que representa aquí el espíritu popular, ó sea la costumbre ante la razon.

—Aunque así sea, exclamó el guardia, en este caso mi gozo es más competente que el de ningun otro. Pero yo estoy seguro de que, aunque seamos dos contra tres, al fin y al cabo venceremos los dos.

El momento era oportuno para que Urquijo pudiese hacer el cuarto de conversion que tenia proyectado.

—Paréceme, exclamó, que las opiniones se hallan divididas por igual. Yo que en principio atribuyo como ustedes y como el ilustre duque de la Alcudia á esa funcion bárbara la falta de civilizacion, despues de haber reflexionado mucho desde que emití mi primera opinion, teniendo en cuenta altas consideraciones politicas, sin dejar de condenar el espectáculo, creo firmemente que no es posible desarraigarlas sin hacer una verdadera amputacion en el cuerpo social de nuestra patria.

—Como ve Vd., amigo Forner, exclamó Filiberto, somos tres contra tres.

—Tanto mejor; con eso la lucha será igual.

—Creo, objetó Melendez Valdés, que de todas maneras, nada se perderá con las investigaciones que nos proponemos hacer; y si Vds. lo estimasen conveniente, yo celebraria que cada uno de nosotros se encargue de estudiar la cuestion bajo un punto de vista especial. De esta manera, si no lográbamos acabar con los circos tauromáquicos, al ménos conseguiríamos ilustrar la aficion de los españoles á semejantes funciones.

—La idea es excelente, dijo Forner.

Todos la aceptaron, y la verdad es que era oportuna.

IV.

Desde luego señalaron los temas sobre los cuales habian de versar los estudios particulares de cada uno, y los dividieron en seis.

El primero era una disertacion sobre la influencia de los espectáculos públicos en los pueblos.

El segundo debia tener por objeto la investigacion del origen de las corridas de toros hasta la aparicion en la arena de los primeros lidiadores asalariados.

El tercero debia ser el cuadro animado y pintoresco acerca del carácter, usos y costumbres y rasgos particulares de los lidiadores más afamados hasta el dia.

El cuarto tema debia ser un alegato en favor de las corridas de toros, y una demostracion de los motivos por los cuales era de todo punto imposible suprimirlas.

El quinto tenia que ser una disertacion demostrando los motivos por los cuales debian suprimirse las corridas.

Por último, el sexto tema debia ser el resumen, por decirlo así, demostrando la influencia social y política de las lides taurinas.

Verdaderamente todos aquellos asuntos completaban cuanto por aquel tiempo podia desearse acerca del toreo.

Haré gracia al lector de las discusiones que precedieron á la designacion de los asuntos.

No sucedió lo mismo con la distribución de los trabajos.

El primero correspondía á Urquijo.

El segundo, por su carácter histórico, á Conde.

El tercero, por sus inclinaciones y el estilo pintoresco de sus escritos, á Forner.

El cuarto á Filiberto, ardiente defensor de las corridas.

El quinto á Melendez Valdés, y el sexto convinieron todos encargársele al ilustre Jovellanos, único en quien reconocieron competencia bastante para tratar tan delicado asunto.

Arregladas las cosas de esta manera, hizo Filiberto una proposición.

—Yo pediría á Vds., exclamó, para que nunca se nos tratara de parciales, que completásemos nuestra asamblea con dos personas competentes: una de ellas Pepe-Hillo, el famoso torero, y la otra fray Jacinto, franciscano de Logroño, célebre en toda España por su afición á las lides taurinas y por su inteligencia para juzgar á los que en ellas se ocupan.

Estos dos votos consultivos serian de gran importancia.

V.

La proposición fué aceptada y convinieron en hacer cada cual su trabajo aisladamente y en un dia dado reunirse para someter el conjunto de sus investigaciones al primer ministro del rey.

Como no hay nada más vulgar ni más prosáico que seguir á los sábios en sus exploraciones por el terreno de la ciencia, sobre todo en los tiempos á que nos referimos, me permitirán los lectores que abandone á aquellos hombres estudiosos y no los vuelva á presentar hasta que terminada su obra la ofrecieron al duque de la Alcuía.

No han de ser ménos que Godoy.

Oigan y juzguen las elucubraciones de aquellos aplicados ciudadanos, y despues de saber por este medio cuanto se refiere á la historia y á la fisonomía del arte que aun subsiste á pesar de los poderosos enemigos que ha tenido siempre, veremos lo que ocurrió al desear Godoy acabar con aquel espectáculo.

CAPITULO VI.

Influencia de los espectáculos públicos en los pueblos.

I.

No era difícil para Urquijo desarrollar el tema que le habia sido adjudicado por sus compañeros.

Por el contrario, su larga estancia en Lóndres, sus viajes por Francia, sus relaciones con la buena sociedad, las impresiones que durante toda su vida habia recibido, le colocaban en la mejor situacion para poder apreciar la influencia de los espectáculos públicos en el pueblo.

Además, podia muy bien en su discurso dar un patron á los modernos ecléticos, es decir, podia á un tiempo aplaudir y condenar las corridas de toros.

El discurso de Urquijo era una obra maestra de oratoria, porque no le faltaba ninguno de los requisitos que pudieran exigir los más severos retóricos.

Pero yo haré gracia de los adornos y perfiles para reproducir solamente los párrafos más importantes.

—Todo buen gobierno, exclamaba, debe prestar por

su propio interés y por el de sus gobernados una atención asidua é inteligente á los espectáculos públicos.

Así como el descanso es una necesidad al cuerpo, la distracción es una necesidad del alma. Desde los tiempos más remotos, no solo en las sociedades, sino en los embriones de la sociedad, lo mismo en los pueblos civilizados que en los aduares ó tribus de los salvajes, las diversiones han sido, son y serán un verdadero elemento de vida.

El que ha trabajado durante algunas horas corporal é intelectualmente, necesita una tregua y se abandona sin recelo alguno á las expansiones, á la diversion, á la alegría.

Para comprender la importancia que debe tener á los ojos de un buen gobierno los espectáculos públicos, debe verse la influencia que ejercen en el reducido espacio de la familia.

Figuraos al jefe de una casa que abandona á sus propios instintos á los que están bajo su salvaguardia.

Las distracciones de cada uno, efecto de la casualidad, irian poco á poco impresionándole, desarrollándole sus inclinaciones, formando su carácter, y experimentaria tarde ó temprano fatales consecuencias por esta falta de direccion.

Todo buen padre debe emplear su experiencia y su talento en procurar que las expansiones de sus hijos sirvan al mismo tiempo que para ofrecer á su ánimo la tregua necesaria, para desarrollar sus buenos sentimientos, para despertar en su alma el amor á todo lo

grande, á todo lo bello, para dulcificar sus penas y para hacerles de este modo dignos individuos de una sociedad civilizada.

El mismo deber tienen los gobiernos, y si lo cumplieran evitarían muchas de las desdichas y acaso muchos de los crímenes que las leyes tienen que prevenir y castigar.

II.

Urquijo presentaba á grandes rasgos la historia de las diversiones públicas hijas de la imaginación, y desde las danzas de los salvajes en torno de las hogueras hasta las representaciones de óperas, en todas aquellas expansiones del espíritu veía cumplida una necesidad de las más apremiantes de los pueblos.

Para justificar su apreciación, ofrecía en reducido cuadro lo más notable de las fiestas públicas de la antigüedad.

Desde los griegos á los romanos, desde los griegos hasta los celtas solían entregarse á públicos regocijos, y esta alegría formaba parte del culto que tributaban á sus dioses.

Las fiestas de los judíos eran de tres clases.

Las primeras, instituidas por los patriarcas.

Las segundas, por Moisés.

Las últimas las fué inventando el pueblo para celebrar los sucesos notables.

El sábado, día de descanso, era solemnizado por los

judíos, y tambien celebraban las neomenias ó lunas nuevas.

Moisés instituyó cinco fiestas, tres mayores y dos menores.

Las tres primeras simbolizaban los beneficios de la agricultura y estaban enlazadas con la conmemoracion de acontecimientos religiosos.

La fiesta de Páscuas, en el mes de los frutos, recordaba la salida de Egipto y el rescate de los hijos primogénitos de los hebreos.

La de Pentecostés tenia por objeto recordar la publicacion de la ley en el monte Sinaí, y celebrándose en el mes de la siega, se ofrecia en ella el primer haz de mieses.

La de los Tabernáculos, enlazada con la recoleccion de los frutos, era tambien muy importante.

Las dos fiestas menores eran la de las Trompetas y la de las Expiaciones.

En la última hallaban los pueblos desahogo á su conciencia implorando el perdon de sus culpas y confiando en la misericordia divina.

En las tres primeras debian tomar parte los hombres: no eran obligatorias para las mujeres, y tambien se dispensaba la asistencia de los sordos, locos, mudos, esclavos, ciegos, cojos, ancianos y enfermos.

III.

Fundado en estos hechos, decia el individuo de la asamblea que la religion, primer elemento de gobier-

no en todos los pueblos, al fundar aquellas distracciones y al legislar sobre ellas, enseñaban la importancia, como medida de gobierno, de organizar las fiestas públicas en beneficio de los intereses de los individuos y de los pueblos.

IV.

Reseñando las demás fiestas judáicas, recordaban la de las Suertes, en memoria del triunfo de sus antepasados sobre Aman, que había querido destruir la Judea.

Por la noche encendían lámparas en sus casas y leían el libro de Esther. Apenas pronunciaban en esta lectura el nombre de Aman, arrancaban gran algazara y golpeaban el suelo con los piés y amenizaban con festines las horas de descanso.

Después del cisma de las dos tribus, Geroboan, cuya política previsora comprendió que podía atraerse á sus vasallos celebrando magníficas fiestas en Jerusalem, llevó á cabo con gran ventaja este proyecto.

Hoy que la raza judáica recorre el mundo sin patria y sin hogar, todavía celebra sus funciones, y la alegría que producen en su alma renueva la fé que tienen en sus creencias.

V.

Pasando Urquijo á reseñar las fiestas de los indios, citaba las que se celebraban en honor de Sri-Rama, jó-

ven héroe amigo de los placeres y de los combates, y predestinado á alcanzar el imperio del mundo.

Sus aventuras se reproducian por medio de representaciones escénicas, coros y danzas, acompañados con el ruido de instrumentos guerreros.

Tambien habia fiestas en honor de Cama, Dios del amor y de los placeres, y la primavera se solemnizaba con gran pompa.

El columpio, el baño, los juegos hípicas, la danza eran la expresion de la alegría.

Tambien encendian luminarias y ofrecian víctimas á los manes de sus gloriosos antepasados.

Los persas tenian muchos festejos.

El año, dividido por ellos en 360 dias, les inducia á dedicar los cinco restantes á la fiesta de las Almas. Creian que en este período de tiempo bajaban á la tierra á visitar á sus parientes y los festejaban con banquetes, plegarias y otras solemnidades.

El sol, el fuego, la libertad y la victoria reunian á los persas en animadas y magníficas funciones.

Con un espíritu irónico dividian la fiesta de la *Libertad* en tres, á saber: la de los *Locos*, la del *Maniquí* y la de los *Muertos*.

Pero ningun pueblo aventajó al egipcio en esta clase de expansiones.

Era necesario mucho espacio para referirlas todas, y el orador se limitaba á reseñar la de las Lámparas, que consistia en rodear las casas de luces; la del buey Apís; la del Nilo, en la época de su mayor crecimiento, en la

que se abrían las presas del río al ruido de aclamaciones universales y de los gritos de alegría de una inmensa multitud.

VI.

Los asirios brillaron por la magnificencia de sus festejos. Los que se celebraban en honor de Mylitas eran suntuosos; pero los más notables eran los consagrados á Adónis.

La fiesta de Cibeles era también muy importante. Los sacerdotes de esta diosa, en medio de los transportes de una alegría salvaje, se mutilaban á sí mismos.

Todas las fiestas del Asia menor eran verdaderas orgías, voluptuosas ó guerreras.

Nada más horroroso que las fiestas que celebraban en honor de la terrible Nécate, en la Taurida, donde la sangre humana corría á torrentes al sonido de una música infernal.

Las fiestas de Hércules, en Lidia, no eran más que saturnales, y las de Falo, en todo el Asia, eran la apotheosis de la lubricidad.

VII.

Recordando el carácter de los festejos de cada pueblo y completando su reseña con la de los juegos Hípicos, Pythios, Isthímicos, Agronios, Nemeos, Anocios, Alectorios, y las fiestas Ponateneas, Afrodicias, Amárisas

y Nadipedales de los griegos, como las Agonales, Carmentales, Faunales, Lupercales, Jerminales, Ferales, Leberales, Florales, Saturnales, etc., etc., de los romanos, deducia Urquijo en su trabajo que en estas fiestas podia estudiarse y comprenderse el carácter de cada pueblo, el criterio de su religion, la formacion de sus costumbres y el espíritu de su gobierno.

— Preciso es confesar que sus observaciones eran muy atinadas.

— No se conoce al hombre en visita, ni en los instantes en que, dominando sus instintos, cubre con la máscara de la conveniencia sus pasiones.

— Solo en los momentos de expansion, cuando se apodera de él la locura de la alegría, cuando la embriaguez le domina, arroja la máscara y se presenta tal cual es.

Entonces revela la educacion que ha adquirido; entonces resaltan los resábios, los vicios que le estimulan á obrar, y entonces es cuando el desprecio castiga la alegría mundana y la admiracion premia la alegría purísima de las dulces emociones del alma.

Y para demostrarlo así describia á grandes rasgos las fiestas del Cristianismo, en las que el espíritu de esta única y verdadera religion, saturando la alegría de los pueblos, demuestra la sublime moral de tan santa doctrina.

VIII.

El académico terminaba su tarea justificando las fiestas colectivas en la necesidad que tiene el hombre de

dar parte á los demás de sus alegrías y de sus dolores.

Los placeres colectivos ensanchan el alma y elevan el pensamiento.

A medida que la religion ha ido perdiendo algo de su primitivo imperio sobre las naciones civilizadas, los gobiernos han tenido que aumentar las fiestas religiosas con otras, más destinadas á debilitar los puros sentimientos que á mantenerlos en su grandeza incorruptible.

Los bailes, las romerías, las funciones teatrales, engalanadas con las inspiraciones del arte; las tertulias, los paseos, los cafés, los cumpleaños, en una palabra, todos los estímulos á la alegría han contribuido poderosamente á la civilización.

IX.

Urquijo terminaba su trabajo demostrando que las corridas de toros eran la herencia del carácter belicoso español.

El peligro era su mayor incentivo, y el pueblo, que se ufanaba con el recuerdo del valor de sus héroes, gozaba al ver á los diestros vencer la fiereza del toro con la rapidez de la vista y la fuerza de la mano.

Pero este espectáculo que halagaba su nacionalismo, que se identificaba con su carácter ardiente, le apartaba de los espectáculos y fiestas llamadas á educar su corazón, y convenia en que todo su atraso dependia de su afición á las lides taurinas.

El gobierno, como padre del pueblo, debía organizar las fiestas y procurar con ellas divertirle y enseñarle.

En resúmen, para Urquijo era una necesidad moral suprimir las corridas; pero opinaba que al suprimirlas, si ganaba el pueblo ilustracion, perderia su carácter generoso y valiente, causa principal en todo tiempo de los grandes hechos de su historia.

El discurso de Urquijo agradó en extremo, por sus curiosos datos, á sus cuatro compañeros.

Al dia siguiente oyeron la lectura del trabajo histórico de Conde.

CAPITULO VII.

Algo sobre el origen del toro.

Conde era un escritor muy concienzudo, y por lo mismo, durante los dias que habia estado consagrado á sus tareas, habia registrado multitud de libros y algunos manuscritos preciosos, con el objeto de desempeñar su mision cumplidamente y fijar el origen de las corridas de toros en España.

Su desesperacion habia sido inmensa al ver lo inútil de sus esfuerzos.

Ni en las historias, ni en las crónicas, ni en los papeles curiosos, ni en las bibliotecas, ni en los archivos aparecian, no ya documentos, sino datos y noticias aisladas, con las cuales pudiera irse formando la historia de las lides taurinas.

Pero el escritor tiene que contentarse con los elementos que encuentra, y esto es lo que hizo Conde.

Su cualidad de orientalista le facilitó desde luego un dato muy importante: tal fué el de que los españoles aprendieron de los árabes á considerar á los toros alcanzados por ellos como trofeos de victoria.

Bien sabia el ilustre escritor que se conservaban en algunas poblaciones de España restos de circos, contándose entre otras las ciudades de Toledo, Tarragona, Murviedro, Mérida y algunas otras.

Pero en estos circos, como en los romanos, no tendrían lugar, seguramente, lides taurinas.

Allí ostentarian sus fuerzas los gladiadores.

Allí lucharían las fieras unas con otras.

Allí dominaría la astucia del hombre la irascibilidad del león.

Pero el toro, animal consagrado á la agricultura, no habia hecho todavía adivinar al hombre que con el tiempo le inspiraría el deseo de luchar con él y la satisfacción de derrotarle.

II.

III.

A los romanos siguieron los godos, visigodos, etc., y como aquellos nuevos conquistadores no eran dados á la afición de semejantes fiestas, durante su dominacion solo procuraron formar leyes y levantar edificios, enriqueciendo á España con los tesoros del arte gótico.

✓ Pero el conde D. Julian, personaje más del siglo XIX que del siglo en que vivió, abrió las puertas de la Península á los árabes, y comenzó aquella guerra que puso de relieve la tenacidad, el fervor religioso, el valor heroico de los españoles durante siete siglos.

Sabido es que los árabes dominaron una gran por-

cion del territorio español, y exhibieron sus costumbres en presencia de aquellos á quienes sojuzgaban.

Conde y nosotros ignoramos si ya se amaestaban en el Africa en la lucha con los toros, ó si al verlos en España tan fieros como eran, para infundir pavor á los españoles inventaron entre sus diversiones la de alancear toros, con el objeto de admirar más y más á los vencidos.

Tiempos calamitosos eran aquellos, y seguramente los que vivian esclavos, los que no pensaban en otra cosa que en luchar con los sarracenos y en infundir en sus hijos el ódio que sentian hácia aquellos dominadores, no podian dedicar tiempo alguno al recreo de su ánimo, ni á expansiones de ningun género, y cuando más se distraian en luchas parciales y formidables, en batallas campales.

III.

Pero los nobles, que aspiraban á rivalizar en todo con los árabes; que querian demostrar á todas horas que todo lo que aquellos hacian y mucho más podian llevarlo á cabo, porque lo que sobraba á su espíritu era valor indómito; despues de tomar parte en justas y torneos unas veces, en imitar otras los juegos de cañas con que se divertian los musulmanes, quisieron probarles que su poderoso brazo podia tambien rendir á los toros más indómitos.

Pero la historia, con desesperacion entonces de Con-

de, y posteriormente de todos los que han querido hacer una reseña histórica del toreo, vuelve á callar, y solo cita, como el primer ejemplo de un torero español alanceando toros, al famoso Cid Campeador.

IV.

Al llegar Conde á esta parte de su discurso, que como ve el lector voy extractando, no pudo ménos de decir á aquella reducida pero docta asamblea:

—Si mi fortuna ha sido escasa para lograr descubrir los orígenes del espectáculo taurino, mi fortuna es muy grande al poder ofrecer á Vds. una verdadera joya literaria, que un jóven, á quien todos conocemos y estimamos por su ingenio y por su carácter, ha remitido desde Bolonia á uno de sus más íntimos amigos para que la dé á la estampa en Madrid.

—¿Quién es? ¿Quién es? preguntaron todos.

—Leandro Fernandez Moratin, el hijo del ilustre don Nicolás, el protegido del duque de la Alcudia, el restaurador de la literatura española. Ya saben Vds. que está viajando por Italia con una mision literaria. Pues bien; impresionado por una reseña histórica que hacen algunos cronistas de una magnífica fiesta que se celebró en Madrid durante la dominacion del alcalde Alíatar, fiesta en que el valeroso Cid Campeador dió á conocer á los árabes la bravura de su alma y la fuerza de su brazo, ha descrito en preciosas quintillas esta fiesta, y antes de que se publiquen, lo que sucederá muy pron-

to, puedo tener el gusto de deleitar á Vds. con su lectura.

—Sí, sí, exclamaron todos, y particularmente Melendez Valdés, que estimaba en extremo á Moratin.

V.

Acto continuo leyó Conde las célebres y conocidas quintillas, que, reproducidas como un dato curioso en cuantos libros se han consagrado á la tauromáquia, no puedo prescindir de reproducir aquí, primero para enriquecer mi libro con esta joya, y despues para trazar la página más brillante de las lides taurinas, y que sirvió á constituir la diversion favorita de la nobleza española.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso

que al rey moro alivia el miedo,

arde en fiestas en su coso

por ser el metal dichoso

de Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,

de la hermosa Zaida amante,

las ordena celebrar

por si la puede ablandar

el corazon de diamante.

Pasó yencida á sus ruegos

desde Aravaca á Madrid;

hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.
Aja de Jetafe vino
y Zahara la de Alcorcon,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo al camino
el moraiel de Alcabon.
Jarifa de Almonacid,
que de la Alcarria en que habita
llevó á asombrar á Madrid
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
dos, cada cual hermosa,
y Fátima la preciosa
hija de Alí el Alcadí.

Y en adargas y colores,
en las cifras y libreas
mostraron los amadores
y en pendones y en preseas
la dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía
y de lejos muchas de ellas,
las más apuestas doncellas
que España entonces tenia.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
 sus dorados miradores
 que el arte afligranó,
 y con espejos y flores
 y damascos adornó.

Añafiles y atabales
 con militar armonía
 hicieron salva y señales
 de mostrar su valentía
 los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
 pacieron la verde grama
 nunca animales tan fieros
 junto al puente que se llama
 por sus peces de Viveros

Como los que el vulgo vió
 ser lidiados aquel día;
 y en la fiesta que gozó
 la popular alegría
 muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
 y á Tarfe tiró por tierra,
 y luego á Benalguacil;
 después con Hamete cierra,
 el temeron de Conil.

Traía un ancho listón
 con uno y otro matiz,
 hecho un lazo por airón
 sobre la enhiesta cerviz
 clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
 ofrecerle vencedor
 á la dama que servia:

por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero,
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero:
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto
no se quiere aventurar,
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culparia,
va á ponérsele delante:
la fiera le acometia,
y sin que el rejon le plante
le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
la embiste el toro de un vuelo
cogiéndole entablerado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pié que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose se pára
con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir;
la plebe grita indignada;
las damas se quieren ir
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,

y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega
hincó la rodilla, y dijo:

—Sobre un caballo alazano
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.—

Mucho le pesa á Aliatar,
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar,
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
belfo lábio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abrilés.

Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube:
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube,

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
por los visos y celajes;
en el yelmo los plumajes

verjel de diversas flores: zobot

En la cuja gruesa lanza le b
con recamado pendon, q se in
y una cifra á ver se alcanza l
que es de desesperacion; neoad
ó á lo ménos de venganza: dede q

En el arzon de la silla pitrey
ancho escudo reverbera, xaxj eb
con blasones de Castilla, asM
y el mote dice á la orilla: eb y
Nunca mi espada venciera: e si

Era el caballo galan, e na nos
el bruto más generoso, si is y
de más gallardo ademan: 2—
cabos negros y brioso, jo sol las
muy tostado y alazan; un im eb

Larga cola recogida, eupreos
en las piernas descarnadas, e si
cabeza pequeña, erguida, noD
las narices dilatadas, noas otust
vista feroz y encendida. o bot é

Nunca en el ancho rodeo e so
que da Bétis, con tal fruto os le
pudo fingir el deseo: eeb ni 2
más bella estampa de bruto. X é
ni más hermoso paseo. blded el

Dió la vuelta alrededor: b roq
los ojos que le veían eb odu le
lleva prendados de amor: e Y
«Alá te salve,» decian, no si eb
déte el Profeta favor. nistiro le

Causaba lástima y grima steo
su tierna edad floreciente: ne y

y todos quieren que se exima
 del riesgo, y él solamente
 ni se precia, ni se estima.
 Las doncellas al pasar
 hacen de ámbar y alcanfor
 pebeteros exhalar,
 vertiendo pomos de olor,
 de jazmines y azahar.
 Mas cuando en medio se pára
 y de más cerca le mira
 la cristiana esclava Aldara,
 con su señora se encara,
 y así la dice, y suspira:
 —Señora, sueños no son:
 así los cielos vencidos
 de mi ruego y aflicción
 acerquen á mis oídos
 las campanas de Leon,
 Como ese doncel que ufano
 tanto asombro viene á dar
 á todo el pueblo africano,
 es Rodrigo de Vivar,
 el soberbio castellano.
 Sin descubrirse quién es
 á Zaida desde una almena
 le habló una noche cortés;
 por donde se abrió después
 el cubo de la Almudena.
 Y supo que fugitivo
 de la corte de Fernando
 el cristiano, apenas vivo,
 está á Jimena adorando
 y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
 con frecuentes correrías,
 y todo en torno la cerca
 observa sus saetías,
 arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
 que en medio de aclamaciones
 el caballo ha detenido
 delante de sus balcones,
 y la saludó rendido. —

La mora se puso en pié,
 y sus doncellas detrás;
 el alcaide que lo ve,
 enfurecido además,
 muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
 entre el vulgo de Madrid:
 no habrá mejor caballero,
 dicen, en el mundo entero;
 y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
 torciendo las riendas de oro,
 marcha al combate cruel,
 alza el galope, y al toro
 busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
 desde que le vió llegar,
 de tanta gala asombrado,
 y alrededor le ha observado
 sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
 despedida de la cuerda,
 de tal suerte le embistió:

detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada,
segunda vez acomete
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez la mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
con heróico atrevimiento;
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido:
el suelo huele y le moja
con ardiente resoplido.

La cola inquieto meneá,
la oreja diestra mosquea,
váse retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más.

El que en esta ocasion viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto le cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
el animal espantoso.
Jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso
se desgaja estrago haciendo;

Ni llama así fulminante

cruza en negra oscuridad
 con relámpagos delante,
 al estrépito tronante
 de sonora tempestad,

Como el bruto se avalanza
 en terrible ligereza;
 mas rota con gran pujanza
 la alta nuca, la fiereza
 y el último aliento lanza.

La confusa vocería
 que en tal instante se oyó,
 fué tanta, que parecía
 que honda mina reventó,
 ó el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
 Rodrigo, el lazo alcanzó
 con que el toro se adornaba:
 en la lanza le clavó
 y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
 la alarga á Zaida diciendo:
 —Sultana, aunque bien entiendo
 ser favores excesivos,
 mi corto don admitiendo,

Si no os dignáredes ser
 con él benigna, advertid
 que á mí me basta saber
 que no le debo ofrecer
 á otra persona en Madrid.—

Ella, el rostro placentero,
 dijo, y turbada:—Señor,
 yo le admito y le venero,
 por conservar el favor

de tan gentil caballero. —

Y besando el rico don
para agradar al doncel,
le prende con aficion
al lado del corazon
por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
de envidia ardiendo se ve,
y trémulo y amarillo
sobre un tremecen rosillo
lozaneando se fué.

Y en ronca voz, — Castellano,
le dice, con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

Así, — dijo el de Vivar,
respondo: — Y la lanza al ristre
pone, y espera á Aliatar:
mas sin que nadie administre
orden, tocaren á armar.

Ya fiero bando con gritos
su muerte ó prision pedia,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,

que viendo como tardó
se acerca, oyó el alboroto,
y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
por la puerta á su señor,
y Zaida á le despedir,
iban la fuerza á embestir;
tal era ya su furor.

El alcaide recelando
que en Madrid tenga partido
se templó disimulando;
y por el parque florido,
salió con él razonando.

Y es fama que á la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

VI.

Terminada la lectura entre los más entusiastas
aplausos de los concurrentes,

— Hé aquí la prueba, se apresuró á decir Conde, de
la imposibilidad que hay de acabar, como desea D. Ma-
nuel Godoy, con las corridas de toros. Representan una
gloria nacional, constituyen la tradicion del valor de
nuestro pueblo, y son para nosotros hoy el recuerdo
del brío, de la caballerosidad, de la bizarría de nues-
tros antepasados.

— Y el orgullo del pueblo, dijo Filiberto.

Mucho podían decir en contra los que no estaban de acuerdo con aquellas ideas.

Pero, en honor de la verdad, se hallaban tan agradablemente impresionados por los versos de Moratin, que no acertaron á hacer otra cosa que recordar sus inagotables bellezas.

—Pues bien, prosiguió Conde; el ejemplo del Cid fué imitado por otros muchos caballeros, y hasta en el siglo XVI y XVII no faltaron adalides que adquiriesen celebridad por el valor que demostraban en las luchas con los toros. En tiempo de Cárlos II llegaron aquellas fiestas á su mayor apogeo, y un caballero del rey, llamado D. Gregorio Gallo, inventó la *espinillera*.

No habla muy en favor de las corridas de toros, prosiguió, el que llegaron á su mayor esplendor en aquella época de verdadera decadencia para España.

Pero por otra parte se comprende que el pueblo, que veía en la corte los excesos del fanatismo, que estaba sumido en las tinieblas, empequeñecido, enervado, buscase un desahogo, tratase de evocar gratos recuerdos de otros días, reavivando aquellas lides, que eran el símbolo para él de días mejores pasados y la esperanza de una reaccion saludable.

Pero con Cárlos se extinguió la dinastía de Austria, y después de una guerra civil ocupó el trono Felipe V.

Llegaba de la corte de Luis XIV, y natural era que, aficionado á las costumbres de su país, de la corte de aquel rey poeta, artista, galante, mirase desde luego

con repugnancia aquellos ejercicios, en los que solo lucian el valor y la destreza.

Los nobles, dominados por esa adulacion que se apodera de todos los que rodean á un monarca, comenzaron tambien á mirar con desden las luchas con los toros y no *ab irato*, no oponiéndose abiertamente á las costumbres del pueblo, sino con suavidad, por medio de un abandono lento y estudiado, fué cayendo en desuso la costumbre de alancear toros, y á las funciones tauromáquicas reemplazaron en la aficion del público las comedias, las tonadillas y los sainetes de los corrales de la Cruz y del Príncipe, y más tarde, en el reinado de Fernando VI, los bailes pantomímicos y las óperas de espectáculo en el coliseo de los Caños del Peral.

VII.

La nobleza abandonó aquellos ejercicios, en los que se habian distinguido el Cid y otros bizarros caballeros; pero la herencia no puede perderse, y el pueblo español, que sentia en sus venas la sangre de aquellas generaciones, que habian luchado incesantemente contra los árabes, que en las guerras de Italia y de Flándes habian dado tan señaladas muestras de valor, reinvidicó para sí la gloria, y cupo la fortuna á un hijo del pueblo, á Francisco Romero, de resucitarlos en otra forma, bajo condiciones muy parecidas á las en que hoy se encuentran las lides tauromáquicas.

Comenzaron á construirse plazas en algunas ciuda-

des del reino, y los productos de las funciones, que al principio eran muy exiguos, se destinaban á objetos de beneficencia.

Comenzaron por la suerte del harpon, primera forma de la banderilla.

Otra de las suertes era la de poner parches] á los toros.

Pero Francisco Romero fué el primer lidiador de á pié, y su destreza, su arrojo, todas las cualidades que le adornaban impresionaron tanto, que en breve tiempo corrió su fama por España y no hubo poblacion que no quisiera admirar á aquel hombre.

Al llegar aquí terminaba el trabajo de Conde.

VIII.

Pero considerando incompleto su trabajo, leyó á la docta asamblea la notable carta que sobre el origen] de las corridas de toros escribió D. Nicolás Fernandez Moratin al príncipe Pignatelli, carta que ¡van á ver mis lectores en el siguiente capítulo.

CAPITULO IX.

Una carta célebre.

I.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su origen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado y con violencia; porque las fiestas de aquella nacion en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá tambien afirmar que todas las acciones humanas deben su origen precisamente á los antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios de Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no ménos destreza que nuestros capeadores á los toros: y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos paises ha sido siempre ejercicio de las nacio-

nes, que tienen valor naturalmente, aun antes de ser este aumentado con artificio.

II.

La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la más remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; solo pasaré á decir que habiendo en este terreno la prévia disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercido esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirian en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y caerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Ruy, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo.

Esto debió de ser por bizarría particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo undécimo, tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la

mano buscaba como podia al cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo; siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apalea bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda en su Resumpta historial de España, llegando al año de 1100, dice: «se halla en Memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo solo de España, etc.»

III.

Tambien se halla en nuestras crónicas que el año de 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo tambien fiestas de toros.

Hubo tambien dicha funcion, y la anunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Leon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don García de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacian con las circunstancias del dia, y mucho ménos fuera de España, en donde se corrian tambien, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser ménos que con este desórden y atropellamiento la fatalidad que acaeci6 en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos y diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos; desgracia que no se verificara en España, siendo el ganado mucho

más bravo. Por este suceso se prohibieron en Italia, pero en España prosiguieron, perfeccionándose más cada día dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de D. Juan el II, en que, dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, según dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarría.

Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas, y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena, y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca D. Juan se casó con doña María de Aragon, en 20 de Octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó más el génio caballeresco y el arte de la Gineta (como consta de Jorge Manrique), y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable de torear á caballo, como una condicion indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla, y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrísimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Bibarambla, y de es-

tas hazañas están llenos los romanceros, y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los reyes católicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevía á prohibirla, como lo dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor Fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «De los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»

IV.

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Carlos V, aun con haber nacido y criádose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un javalí, que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro javalí en el bosque de Heras, donde le hirió al caballo, y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borceguí de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballo.

ro de Jerez, llamado por excelencia el Torcador. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente del rey D. Sebastian de Portugal; se escribe que ejecutó el rejonear con mucha ciencia, y se celebra tambien al famoso D. Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas cara á cara, y á galope, y sin antojos ni banda el caballo. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey D. Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató más de cuatrocientos javalíes, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

V.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse solo con los toros, sino que, pasando al Africa, no quisieron ser ménos que sus naturales; y así el marqués de Velada, siendo virey de Orán, salia muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tánger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y que nadie le socorriese por ningun accidente. Llegó este ejercicio á extremo de reducirse á arte, y hubo autores que le trataron, y entre ellos se cuenta D. Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballero de S. M., que imprimió en Madrid unas reglas de torear muy breves. D. Luis de Trejo, del órden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de

obligaciones y duelo de este ejercicio. D. Juan de Valencia, del orden de Santiago, imprimió tambien en Madrid advertencias para torear. Y el año de 1643, D. Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero del orden de Santiago, imprimió en Madrid tambien ejercicios de la Gineta, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacian los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años há admiró la córte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho D. Gregorio de Tápia da varias reglas para torear y tratar la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo más notable, que D. Lope Venezuela se queja entonces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. D. Diego de Torres escribió unas reglas de torear, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pié, y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de D. Nicolás Antonio, hallará ciertamente más autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Cárlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la más solemne que hubo fué el dia de 30 de Julio del año 1725, á la que asistieron los reyes á la Plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia, y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas; y esto produjo otra nueva habilidad, y formar una cierta y nueva época de la historia de los toros.

VI.

Estos espectáculos con las circunstancias notadas los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas córtes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los moros las tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

«Para ver acosar toros valientes,
fiesta un tiempo africana y despues goda,
que les irrita la soberbias frentes, etc.»

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y solo se apeaban al empeño de á pié, que era cuando el toro le heria algun chulo, ó al caballo, ó el ginete perdía el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercen de una cuchillada, como D. Manrique de Lara y D. Juan Chacon, etc.

VII.

Los moros toreaban aun más que los cristianos; porque estos, además de los juegos de cañas, sortijas, etc., que tambien tomaron de aquellos, tenían empresas, aventuras, justas y torneos, etc. De que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Búrgos y el Sitio

del Pardo; pero extinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun más en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Cárlos II, á quien sirvió autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la Plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la córte. Ya se ha dicho que estas fiestas era solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros: entre estos hay memoria de Muza, Malique, Alabez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárata, Sástago, Riaño, etc. Tambien fué insigne el conde de Villamediana, y D. Gregorio Gallo, caballero de S. M. y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de D. Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, tambien diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla. Y el duque de Medina-Sidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy

dia, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decia que las verdaderas cinchas habian de ser las piernas del ginete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Cárlos II con doña María de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros.

D. Nicolás Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 una cartilla de torear; y en su tiempo eran buenos caballeros D. Jerónimo de Olazo y D. Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballero del duque de Medina-Sidonia, y tambien fué muy celebrado D. Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey, con mucho aplauso, el año 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos), porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza, pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo, con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo ménos su perfeccion) es hazaña de este siglo.

VIII.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desórden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubilo del Aragon, del cual no hablaré por ser barbaridad

inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquier nacion; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló más de cincuenta.

Solo se hacia lugar á los caballeros, y despues tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entonces no habia toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometian al toro, acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Alhóndiga.

Hoy esto es insufrible; y no obstante, en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes, y en la plaza de Madrid, se mataron así los toros desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la tauromaquia escrita aquel año; prueba evidente de que no habia mayor destreza.

Los que desjarretaban eran esclavos moros; despues fueron negros y mulatos, á los que tambien hacian los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalen* de desjarretar, dice:

«Que en Castilla los esclavos
hacen lo mismo con los toros bravos.»

IX.

Cuando no habia caballeros, se mataba á los toros tirándolos garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos, y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban tambien, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacian con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Cárlos II, dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los piés del suelo, por más que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuacion, lo que agradó mucho á la córte.

El año de 26 se evidencia por Noveli, que todavía no se ponian las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte, usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matando cuerpo á cuerpo, y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas.

X.

Hoy, que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetan, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto, no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid en tiempo de Felipe IV.

Tambien debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto, ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó tambien Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Despues vino el Fraile de Pinto, y luego el Fraile del Rastro, y Lorençillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrísimo licenciado de Falcer. Antiguamente hubo tambien en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y tambien hácia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

XI.

Pero despues que se hizo la plaza redonda en el soto Luzon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo, el Malagueño, que aun vive, y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodriguez, ha puesto en tal perfeccion este arte, que la imaginacion no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años há, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro ó seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni en que le despaldillase, ó le degollase, etc, pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe.

Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion, y nuestra difunta reina Amalia, al verla, sentenció «que no era barbaridad, como la habian informado, sino diversion, donde brilla el valor y la destreza.»

XII.

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla, ó sobre una mesa y con grillos á los piés, poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros cuando caen suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamon le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros, entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros, que con destreza y mucha fuerza pican á los toros con varas de detener; entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tiene dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varó, Gomez y Nuñez.

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo más noticias. Quedo, no obstante, muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

CAPITULO X.

El primer lidiador de á pié.

I.

Para cumplir su cometido, creyó Forner que el método más oportuno era el de ir presentando uno á uno á los toreros, cuyos datos biográficos, aventuras é influencia que habian ejercido en el desarrollo del arte tauromáquico debia ofrecer á la docta Asamblea.

No era hasta entonces muy larga la galería de retratos que podia presentar.

Los grandes lidiadores eran escasos, y si despues los hubo, en los momentos en que se llevaban á cabo aquellas investigaciones eran todavía aprendices y nadie fijaba sus miradas en ellos.

Forner indicaba desde luego, fundándose en los datos que le proporcionaba la *Cartilla de torear* que en 1726 publicó en Madrid D. Nicolás Rodriguez Novelli, que los primeros lidiadores de á pié fueron D. Jerónimo de Olaso, D. Luis de Peña Terrones y D. Bernardino Canal.

Pero se limitaban á poner harpones y á esquivar los encuentros con la fiera.

El primer diestro, el verdadero lidiador, el que con su maestría constituyó aquella diversion en arte, fué Francisco Romero, fundador, por decirlo así, de una familia que durante cuatro generaciones ha vivido rodeada de la más grande popularidad por el mérito, el arrojo y destreza de sus individuos en las lides taurinas.

Conozcamos al jefe de esta familia.

II.

Allá por los años de 1723 ó 1724 vivia en Ronda un carpintero de ribera, y como á la habilidad para trabajar en su oficio unia su carácter franco, expansivo y unas costumbres intachables, todas las familias importantes de la poblacion le estimaban, le proporcionaban trabajo y parecian gozarse en la felicidad que disfrutaba.

Era jóven; tomó estado, casándose con una muchacha que servia á uno de los más distinguidos maestran-tes de Ronda, y esto fué causa de que su boda, apadri- nada por las principales familias, proporcionase á todo el pueblo un verdadero dia de regocijo.

Un año despues nació su primer hijo, y le llevó á la pila el padrino de su boda, D. Francisco Garcés de Aya- la, razon por la cual tomó el niño el nombre de Fran- cisco.

En vano los protectores de su padre quisieron encar- garse del cuidado y de la educacion del rapaz, destinán-

dole á una profesion algo más distinguida que la que tenia su padre.

No faltaba quien desease que siguiera la carrera de la Iglesia.

Otros, teniendo en cuenta las proporciones atléticas del jóven, su valor personal y su bella presencia, querian dedicarle á la carrera de las armas.

Pero su padre, inflexible en esto,

—Carpintero he sido, decia, y mi hijo carpintero será tambien.

III.

Aunque halagaban al muchacho los propósitos que en su favor abrigaban los maestrantes sus protectores, era, como los de aquel tiempo, hijo sumiso, obediente, y pasaba todo el dia en el taller de su padre labrando la madera.

Desde muy niño tuvo ocasion de presenciar la diversion, conservada por los maestrantes de Ronda cuando ya habia caído en desuso en Madrid por la repugnancia de Felipe V, esto es, la suerte de alancear los toros.

La idea de poder dominar á las fieras, no ya desde el caballo y con la lanza en ristre, sino á pié, frente á frente y burlando su fuerza con la astucia, hirió su imaginacion, se apoderó de ella, le aprisionó y no pensó en otra cosa más que en realizarla.

Todos los ratos de ocio los dedicaba á ir al matadero á jugar con las reses.

La mayor parte de los dias de fiesta los empleaba en visitar las vegas donde pacian los toros, y conversando con los vaqueros y estudiando instintivamente las particularidades de aquellas fieras, iba poco á poco reuniendo todos los elementos para sacar al toreo del estado embrionario y convertirle en un arte complicado y perfecto.

IV.

No tardaron los maestrantes en conocer la aficion de Francisco, y declarándose sus protectores, le proporcionaban á menudo novillos, que el jóven carpintero trasteaba, logrando de este modo divertir á los que tan generosamente le protegian y adquiriendo conocimientos que debian serle muy útiles en adelante y hacerle ganar en la estimacion de todos sus paisanos.

Tan enloquecido estaba con los plácemes y felicitaciones que recibia, y aumentaba de tal modo sus conocimientos, que no vaciló en abandonar su profesion de carpintero para dedicarse á la de lidiador de toros, prometiéndose gran cosecha de aplausos y de dinero con solo recorrer las poblaciones de Andalucía, en donde habia aficion á aquella clase de bichos.

¡Así es el mundo!

Francisco Romero creia llegar al límite de sus aspiraciones presentándose en las improvisadas plazas de una provincia. Si se le hubiera dicho entonces que andando el tiempo los discipulos de sus discipulos habian

de hallar en las principales capitales de España plazas magníficas para la lidia, habian de recorrerlas todas y hasta habian de pasar las fronteras de Francia y de Portugal para lucir su habilidad y su destreza en estos países vecinos, hubiera creído que todo aquello era un sueño.

Y, sin embargo, él mismo, poco tiempo despues de haber resuelto cambiar el cepillo y la garlopa por el estoque y la muleta, salió tambien de Andalucía y se presentó en otras poblaciones á recoger aplausos y dinero.

Como buen andaluz, era muy enamorado; y muy joven aun, á los veinte años, se resolvió á oír la epístola de San Pablo.

V.

La popularidad que adquirió con sus actos de valor enfrente de las fieras, con su destreza, con su gracia para sortear á las reses, con su esbelta y arrogante figura, aumentaba su mérito á los ojos de su esposa, y esta era la que más le estimulaba para que abandonase la profesion de carpintero y se consagrarse por completo á la de lidiador.

Así lo hizo en efecto; y despues de dar á conocer en Ronda el uso de la muleta, invencion suya, para poder presentarse frente á frente del toro, irritarle y vencerle con la astucia, se extendió su fama por las demás poblaciones de Andalucía, y de todas partes acu-

dian á Ronda emisarios para rogarle que fuera á otras ciudades.

Todavía conserva la historia noticia de la primera corrida de toros formal, en la que Francisco Romero exhibió los pases de muleta y mató un toro despues de sortearle.

El lidiador se presentó en la plaza con un traje á propósito, invencion suya, puesto que era distinto del que usaban todas las personas de aquella época.

Consistia en un calzon y colete de ante, correon ceñido, mangas acolchadas de terciopelo negro y redecilla en la cabeza.

Fué tan grande el efecto que produjo la invencion de Romero, que al ver el público caer el toro á los piés del lidiador, prorumpió en frenéticos aplausos, y abandonando todos sus puestos, cogieron en triunfo al lidiador y le llevaron á su casa en medio de las mayores aclamaciones.

VI.

Poco á poco fué inventando nuevas suertes, y entre ellas la de matar recibiendo, progreso que pareció asombroso á cuantos lo presenciaron.

Hombre de buenas costumbres, amante de su familia, al final de todas sus expediciones volvia á Ronda, donde adquiria con el producto de su trabajo tierras y casas, y gozaba con la idea de dejar á su hijo Juan una buena fortuna.

Trascurrieron muchos años, en los cuales solo Francisco Romero era el lidiador de toros que gozaba en España de fama completa.

Pero como habia trabajado mucho, no tardó en inutilizarse, y aunque habia querido que su hijo tuviera otra profesion, viendo la aficion que le dominaba y queriendo que heredase y aumentase la fama que ya él habia adquirido, consintió que su hijo, que hasta entonces solo habia lidiado como aficionado, se dedicase á la misma profesion, y gracias á esto, en la familia de Romero pueden vincularse los adelantos del toreo.

VII.

Juan, su hijo, nació tambien en Ronda, y ayudado por los amigos de su padre, amaestrado con el ejemplo de este, no tardó en adquirir reputacion.

Pero su amor propio le obligaba á buscar algo nuevo con que aumentar el aparato de las lides, y gracias á esta idea que le perseguia, inventó las cuadrillas, no como hoy están organizadas, sino en un estado embrionario; pero ya acompañaban al matador ocho ó diez jóvenes, los cuales divertian al público hasta que llegaba el momento de acabar con el toro, sorteando á la fiera, procurando montarse en ella, clavándole harpones y amenizando la funcion.

VIII.

La fama que adquirió Juan Romero en Andalucía llegó hasta Madrid y fué llamado á la córte.

La primera plaza que se construyó en Madrid se hallaba junto á la casa del duque de Lerma, y más abajo de la plazuela de Anton Martin.

El toril de esta plaza era la calle que hoy se llama del Tinte.

En esta plaza se presentó Juan Romero, y llamó la atención de los madrileños hasta el punto de hacer que durante algunos años viniera á la córte.

Más tarde conoceremos un episodio muy dramático de la vida de Juan Romero.

Para completar su retrato diremos que era un hombre de bien en toda la extension de la palabra y en extremo devoto.

Cuando concluía la temporada de Madrid regresaba á Ronda y daba una funcion en accion de gracias por haber salido con bien.

El producto de la entrada lo destinaba á las ánimas.

Pero su mayor mérito es haber sido padre de Pedro Romero, el célebre maestro, el rival de Pepe-Hillo, el que elevó el arte del toreo al último grado de perfeccion.

Demos á conocer á este famoso matador de toros.

CAPITULO XI.

Pedro Romero.

Ofreceré á mis lectores, con más detalles que ofreció á sus oyentes Pablo Forner, el retrato de Pedro Romero.

No solo por su mérito, y eso que era tal que todos le consideraban como el gran maestro de tauromáquia sino por vivir en el tiempo de Pepe-Hillo, ser su rival y tener influencia en los actos y en los sucesos de nuestro protagonista, merece que yo consagre un lienzo algo más extenso para dar una idea más acabada de él.

La historia de Pedro Romero, más accidentada, si cabe, que la de Pepe-Hillo, hubiérase prestado mejor que la de este á una verdadera novela, si en vez de morir, como murió, tranquilamente en su cama, hubiera sucumbido de una manera violenta y dramática.

Hijo de Juan Romero, nieto de Francisco, con las noticias que tienen de uno y otro mis lectores, fácilmente comprenderán que desde los primeros años habia de aficionarse á las lides taurinas, no solo para hacer honor al nombre que llevaba, sino para participar

por su cuenta de las ganancias y de los aplausos que había visto tributar á su abuelo y á su padre.

Como estos, nació en la ciudad de Ronda.

II.

Este suceso tuvo lugar el 19 de Noviembre de 1754.

Era el primer hijo de Juan, y como el torero gozaba por completo del cariño de sus paisanos, se celebró con gran pompa su bautizo.

Desde muy temprana edad se distinguió por el desarrollo de sus fuerzas y su carácter dominante.

Mimado por sus padres al principio, pasaba todo el santo dia en la calle, jugando con los otros muchachos, y era tan travieso y daba tales zurras á sus camaradas, y al mismo tiempo tan poco apegado á la enseñanza, que, á pesar del cariño que le tenían sus padres y de la posicion desahogada que ocupaban, para que no diera mal ejemplo á sus otros hermanos le dedicaron al oficio de carpintero de ribera, lo cual, segun afirma un escritor, no disgustó á sus compañeros, que esquivaban toda clase de lucha con él, porque á todos vencía y dominaba.

Si en aquellos tiempos hubiera sido moda enseñar la gimnasia, aplicándose á estos estudios el jóven Pedro Romero, hubiera sido el asombro de su época.

Poseía una agilidad tal, una ligereza y una fuerza tan desarrolladas, que era, en una palabra, un Hércules, pero un Hércules flexible y fuerte como el acero.

Natural era que con todas estas cualidades quisiera dedicarse á la profesion de su padre; pero su madre se habia empeñado en apartarle de aquellas ideas y no perdía ocasion de emplear todos los medios, los persuasivos y los coercitivos, para disuadirle de su intento.

Cuando regresaba su padre de alguna de las muchas correrías que hacia todos los años para lidiar y matar en las plazas de España, no se separaba de él; preguntábale todos los episodios de la lidia, llevaba hasta la pesadez su afan de conocer los medios de que se valia su padre para que el toro no le cogiese, y de este modo adquirió una educacion teórica, que no hacia más que animarle á buscar en la práctica la perfeccion de la teoría.

III.

Los señores de Ronda, muy aficionados á aquella clase de diversion, animaban á Pedro, y no tardaron en facilitarle una ocasion de realizar sus designios.

Debía tener lugar en la poblacion de Los Barrios una corrida de toros, y preguntaron al jóven Romero si seria capaz de matar dos bichos.

Pedro se comprometió á despachar los dos animalitos.

Sin contar con su familia, sin anunciarla siquiera su propósito, acudió á cumplir su compromiso y mató los dos toros; pero tuvo la desgracia de que el segundo le cogiese, haciéndole pedazos el calzon, que fué lo que

sintió más, porque este incidente iba á delatarle á los ojos de su familia.

En premio de su trabajo le regalaron 120 rs.

IV.

Antes de que regresase á Ronda, habia ya llegado la noticia del fracaso que habia sufrido.

Su pobre madre estaba angustiadísimá, y aunque es verdad que habia estado pensando un discurso muy enérgico para recibir con él á su hijo, no es ménos cierto que al verle le estrechó contra su corazon llorando de alegría.

Despues le echó una reprimenda, y hasta le amenazó con escribir á su padre, que á la sazón se hallaba en Madrid.

Pedro tenia mucho respeto á Juan, y suplicó á su madre que ocultase aquel pecadillo, prometiéndola solemnemente que no volveria á torear.

A los pocos dias le anunciaron que en Algeciras iba á haber dos corridas de novillos, y olvidando su promesa, se escapó de su casa y mató dos cada tarde, recibiendo por su trabajo veinte duros; pero en las dos corridas fué cogido, y estos percances, en vez de desanimarle, produciendo heridas más profundas en su amor propio, le exaltaban y disponian á continuar por la senda empezada.

Segunda reprimenda de la autora de sus dias; nuevas promesas de Pedro Romero.

V.

Pero los maestrantes de Ronda quisieron dar una corrida de novillos y le invitaron á que matase dos, lo que hizo con gran éxito, aunque contra la voluntad de su madre, que pasaba las horas llorando al ver que no podia realizar sus deseos de que su hijo abandonase aquella malhadada aficion.

—¡No es bastante, decia la pobre, que esté siempre con el alma en un hilo por su padre; tambien me ha de dar este disgusto mi hijo!

—Y ¿qué quiere Vd., madre? respondia Pedro. Yo no puedo remediarlo; en oyendo hablar del toreo, me baila el corazon y me olvido de mis promesas; pero yo me enmendaré.

Y con cuatro carocas que la hacia, contentaba á la pobre madre.

—Lo que más siento, decia, es que tus dos hermanos, al ver que ganas más dinero toreando que trabajando en el taller, se aficionen tambien al arte, y con tu mal ejemplo, el dia ménos pensado voy á quedarme sin esposo y sin hijos.

VI.

Viendo que todos sus esfuerzos eran vanos, decidió la pobre mujer hablar sériamente á su marido cuando regresase á Ronda, y así lo hizo en Noviembre de 1772

cuando volvió Juan de Madrid, despues de haber concluido la segunda temporada del año.

Juan oyó la noticia con la mayor tranquilidad.

No esperaba ciertamente su esposa aquella calma; por el contrario, se habia figurado que apenas oyera sus primeras indicaciones se pondria furioso, llamaria á su hijo y le calentaria las espaldas; así es que, para evitar este disgusto á Pedro, trató la cuestion con toda la diplomacia de que podia ser susceptible.

—¡Bah! no hagas caso, dijo Juan; esas son cosas de la edad, y durante cuatro ó cinco dias no habló del asunto ni á su esposa ni á su hijo; pero al cabo de este tiempo llamó á su hijo, y quedándose á solas con él, tuvo lugar entre los dos una conversacion que la tradicion conserva íntegra, y que voy á reproducir tal como ha llegado á mi noticia.

—¿Con que quieres ser torero, Periquillo? dijo Juan á su hijo. ¡Vaya, hombre!

Pedro fijó los ojos en el suelo, y nada se le ocurrió contestar, quizá por temor á la cólera de su padre. Juan, que adivinó cuanto por su hijo pasaba, se vió precisado á decirle:

—Respóndeme, chiquillo; ¿quieres ser torero?

—Sí, señor padre, dijo Pedro; eso no es ninguna deshonra; Vd. lo es, y yo quiero seguir la misma profesion.

—Pues mira, Periquillo, para ser torero se necesita ser muy bueno, ó no serlo; con que así, mírate en ello; piénsalo esta noche, y mañana me contestarás.

VII.

No se volvió á hablar más palabra sobre este asunto la noche en cuestion, ni Juan quiso dilatar la tertulia por más tiempo. Pidió de cenar, y despues de rezar lo que tenia de costumbre, se retiró á su lecho á esperar la salida del sol del siguiente dia. Todos los que pertenecian á la familia descansaron tranquilos, excepto Pedro, que solo ansiaba la venida de la aurora, y cada momento que trascurrea era para él un pesado siglo que entorpecía su carrera para privarle de su vehemente deseo en expresar á su padre lo que por conclusion habia resuelto. En tan penosa intranquilidad existia Pedro, cuando las campanas de la parroquia, que convocaban á misa primera á sus feligreses, le hicieron conocer que el dia se acercaba; á este acto religioso concurría Juan diariamente, y cuando salió de su habitacion para este objeto, ya su hijo le aguardaba con impaciencia para manifestarle el resultado de su meditacion. Despues de dar los buenos dias y besar la mano á su padre en testimonio del respeto que le profesaba, le dijo:

—Padre, quiero ser torero; lo he pensado bien, y estoy resuelto.

—Bien, hombre, bien. ¿Y cuántos toros has matado? preguntó Juan á su hijo.

—Ocho novillos, padre.

—¿Y todos te han pegado? interrogó Juan seguidamente.

—No señor, algunos no han podido cogerme; pero en dándome Vd. algunas lecciones, yo procuraré aprovecharlas para que no me enganchen.

—Pues bien, dijo Juan, deja que esté el animal delante, y yo te diré lo que has de hacer y de la manera que lo has de pinchar.

VIII.

De este modo consiguió Pedro el permiso paternal para abrazar la profesion en que tanta gloria debia alcanzar.

Ante la esperanza de que su padre le enseñaria, llegó á considerarse el más afortunado de la tierra.

Como hemos indicado en el capítulo anterior, appena regresaba Juan Romero á Ronda despues de concluir la temporada de Madrid, verificaba una funcion de toros, gratuita por su parte, en accion de gracias por haber salido ileso de los peligros á que se habia expuesto.

Aquel año anunció en los carteles que su hijo Pedro le ayudaria á matar los seis toros que deberian lidiarse, y esta noticia produjo gran sensacion de alegría en la ciudad.

Llegó el momento, y Juan Romero se presentó en la plaza con su hijo Pedro, siendo los dos recibidos con una salva de aplausos.

Hasta entonces no habia dado Juan leccion alguna á su hijo.

—Yo mataré el primer toro, le indicó. Observa tú lo que yo hago y hazlo despues.

Aquel dia fué el primero en que Pedro Romero vió á su padre torear, y tan bien aprendió la leccion práctica, que de los seis toros mató cuatro con un acierto, una destreza y una seguridad que entusiasmaron al público.

A partir de aquel momento, Juan llevó á todas partes á su hijo como segundo espada.

IX.

Un testigo ocular hace su retrato manifestando que le acompañaban buenas formas, robustez, agilidad y una fuerza colosal, cuyas cualidades reunidas hicieron concebir gran esperanza á favor del jóven lidiador.

En efecto, no tardó en acreditarse en toda España, porque en breve tiempo recorrió las principales plazas, y como la aficion del público era entonces un verdadero frenesí, todos los aficionados se conocian y hasta se carteaban, y unos á otros se referian las proezas de Pedro Romero.

La muleta en su mano era una maravilla; con ella no temia al toro, y se defendia de los peligros más grandes; con ella salvaba á sus compañeros comprometidos en las lides; pero lo que principalmente le dió

fama fué la destreza con que llevaba el trapo y recibia toros á la muerte.

—El matador de toros, decia en sus expansiones, debe presentarse al bicho enteramente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca teniendo la espada y la muleta en las manos.

—Delante de la res, decia otras veces, no debe contar el torero con sus piés, sino con sus manos, y cuando el toro arranca y viene derecho no tiene más remedio que matar ó morir.

—Parad los piés, muchachos, y dejarse coger, decia á veces en las plazas á los de su cuadrilla; ese es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.

X.

Con estas teorías y sus privilegiadas facultades físicas, su reputacion llegó á ser inmensa, dejando muy atrás á su abuelo y á su padre, y eclipsando la gloria del célebre Costillares, que era, al aparecer Pedro Romero, el lidiador más famoso de la época.

Desde los primeros años en que empezó á lidiar en público Pedro Romero encontró enfrente á Pepe-Hillo y fueron rivales, como no podia ménos de suceder, durante el largo período de tiempo en que compartieron el favor del público.

Romero tenia más aplomo que Pepe-Hillo, y cuando los dos diestros tomaban parte en una misma corrida, era tal el deseo que tenian de eclipsarse el uno al otro,

que más de cuatro veces la vehemencia de Pepe-Hillo le hizo sufrir cogidas graves, al paso que Pedro Romero, con su aplomo, no solo procuraba lucirse, sino favorecer á su rival para enseñorearse sobre él.

Casi al principio de su carrera se celebraba en la plaza de Sevilla una corrida, en la que debían alternar los dos espadas.

Entonces fué cuando obtuvo Romero el primer triunfo sobre su rival.

Cogido Pepe-Hillo por el último toro que debía matar, tuvo Pedro Romero que encargarse de él, después de haber librado con su capote á Pepe-Hillo, porque el toro, ensañándose, quería acabar con él.

Pepe-Hillo estrechó la mano de su camarada, y en el fondo de su alma le agradeció el favor que acababa de dispensarle Pedro, aunque interiormente se decía: Mejor querría haber muerto.

XI.

El año en que fué jurado príncipe de Asturias don Carlos IV se celebraron fiestas reales, y entre ellas corridas de toros, en las que se contó con los tres grandes maestros de la época: Romero, Pepe-Hillo y Costillares.

Los tres se presentaron al corregidor, y este, según es fama, les dijo:

—Señores: creo que en virtud á la igualdad de crédito de que los tres disfrutaban como matadores de toros,

no debe haber categorías entre Vds. en las funciones que se preparan, y para evitar toda clase de rencillas, que decida la suerte cuál de los tres es el que se ha de encargar de la direccion de la plaza.

Las proposiciones en aquel tiempo, eran poco ménos que órdenes, sobre todo cuando las hacia el corregidor.

Los tres guardaron silencio, y se procedió á la suerte.

La fortuna favoreció á Pedro Romero.

—Ya que le ha tocado á Vd. el honor de representar á los demás lidiadores, dijo el corregidor, quiero saber si se obliga Vd. á matar toros de Castilla.

Estos toros eran los más temibles, y muy pocos diestros se comprometian á lidiarlos.

—Me obligo á matar todos los toros que pastan en el campo, contestó Pedro Romero.

—Perfectamente, añadió el corregidor.

—¿Quiere decirme V. S., preguntó Romero al dia siguiente estando á solas con el corregidor, por qué ha mentado los toros de Castilla?

—Amigo mio: ha de saber Vd. que el famoso Costillares y el aplaudido Pepe-Hillo han solicitado, por medio de un memorial, que se proscriban de la plaza los toros castellanos.

—Pues yo mato todos los que vengan, contestó Romero definitivamente.

XII.

Las funciones se verificaron, y Romero cumplió su palabra; pero ocurrió un incidente que quiero referir:

El encargado de encerrar las reses era un viejo llamado el *tio Gallon*, y aunque estaba acordado que no saliesen toros castellanos más que para Romero, soltó uno á Pepe-Hillo.

No tardó en conocerlo nuestro protagonista, y pensando que aquello era producto de una intriga fraguada por Romero, lleno de rábida se preparó á darle muerte.

Buscando defensa el animalito, se pegó á los tableros y Pepe-Hillo corrió á buscarle con el arrojo que le era natural.

Pedro Romero, que en realidad no tenia la culpa de lo que pasaba, presintiendo que iba á suceder algo grave, se acercó á Pepe-Hillo.

—Compadre, le dijo, échese Vd. fuera y sacaremos de ahí el bicho; mire Vd. que ese torillo es un tunante.

Pepe-Hillo miró á Romero, y por toda contestación le dirigió una mirada despreciativa.

—Bien está, pensó Romero; arréglatelas como puedas.

Preparábase Pepe-Hillo á matar al toro; pero este arrancó de pronto y con tal furia, que cogió al matador, dejándole muy mal herido.

No era rencoroso Pedro Romero, y cogiendo á su camarada, le condujo al palco de la condesa de Osuna, protectora de Pepe-Hillo, y desde allí á la enfermería, en donde le prestaron eficaces auxilios.

XIII.

Despues volvió á la plaza, y viendo que el toro estaba en el mismo sitio en donde habia causado el daño sin que ninguno de los sobresalientes de espada se atreviera con él, se dirigió á matarle.

Verle, y querer todos los segundos espadas ir al bi-cho, fué uno.

—Quietos, caballeros, quietos, les dijo; yo le despacharé.

En efecto, le dió un cambio en la cabeza; el toro se revolvió, y liándole Romero, aguardó la embestida.

Un segundo despues cayó muerto el animal de una buena recibiendo por todo lo alto de los rubios.

En otras dos ó tres ocasiones prestó idénticos favores á Pepe-Hillo, y de aquí que existiera una rivalidad entre los dos que cesaba al salir de la plaza para convertirse en cariñosa amistad; pero que en el redondel no veia más que por los ojos del amor propio.

CAPITULO XII.

Recuerdos tauromáquicos.

Vamos á reunir en este capítulo algunos rasgos más para completar el retrato de Pedro Romero.

A fin de que sea auténtica nuestra narracion, transcribiremos los párrafos más interesantes de algunas cartas escritas en aquella época, en las que se da cuenta de los sucesos á que aludimos.

Con referencia á una funcion que se verificó en la plaza de Jerez de la Frontera, escribió uno de los espectadores:

«Hoy ha estado felicísimo Pedro Romero, y ha hecho lo que no harian todos los matadores del mundo; ha muerto un toro que se habia hecho receloso y de sentido, y cuando iban entrando en el ruedo las mulillas para arrastrarlo se le dieron las voces de «Romero, huye, huye;» en efecto, volvió la cara y se encontró con un toro escapado que estaba entre puertas para entorilarle, y viéndose perdido si echaba á correr, determinó recibirlo á la muerte, y lo agarró tan bien, que acabó en el mismo instante que el que tenia á su espalda,

y las mulas sacaron los dos á la vez, valiéndole muchos aplausos y obsequios.»

II.

La segunda carta, notable por su contenido, está fechada en Madrid á 17 de Julio de 1789, y firmada por el picador de toros Manuel Jimenez; dice así:

«Esta tarde he podido quedar en los cuernos de un toro, y debo mi vida á la inteligencia y oportuno capote del maestro Pedro Romero, cada día más celebrado y admirado de sus discípulos y aficionados.

»El tercer toro me ha puesto en un aprieto: animal de mucha cabeza, de bastantes libras y rematando al bulto, tan luego como le cité me arrancó, y le puse una vara por cima del buguero; cuando sintió el hierro se acreció, y recargando de nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastradero; se levantó el caballo y me quedé tendido á la larga á cuerpo descubierto: Romero se hallaba á una distancia regular con el capote en la mano, y el toro puso la vista en mí, sin embestirme, y solamente se alegraba cada vez que miraba á Romero, y de cuando en cuando lo hacia á mí; pero tan luego como lo advertia aquel le meneaba el capote y volvía el toro á mirarle. Esta disposicion del bicho era fatal, y mi vida corria un inminente riesgo, porque no partiendo á ninguno de los dos y permaneciendo aplomado, le daba lugar á dirigirse á cualquiera y haber una cogida: en esta confusion oigo la voz de Romero: «Tío Manuel,

levántese Vd. sin cuidado.» Yo quise hacerlo; pero como estaba tan pesado, tardé en verificarlo, y en seguida tomé barrera: Romero se fué retirando, andando para atrás hasta una cierta distancia: el bicho se mantuvo quieto en el mismo sitio, y aquel no corrió no fuese que la fiera se volviese, y en vez de seguirle, diese conmigo, en cuyo caso no hubiera podido librarme, porque aun permanecía en el estribo de la barrera.»

III.

La tercera carta la escribió un aficionado de esta corte á otro que residia en Cádiz, fecha 23 de Mayo de 1785, y hablando del matador de toros de que nos ocupamos, por cierto con bastante dosis de entusiasmo, entre otras cosas le decia:

«Entren todos y salga el que pueda. Romero es el mejor torero del mundo; su muleta es de un mérito especial y de lo que no hay ejemplo; los toros de esta mañana, á pesar de ser muy bravos, los ha muerto con gracia y mucha maestría; pero le hemos visto hacer un quite al picador Carmona, que solo estando presente puede apreciarse cual corresponde: no obstante, como Vd. es inteligente, se lo expresaré con algun esmero para que se persuada de lo que vale esta cuadrilla con semejante jefe á la cabeza. Es el caso que se lidiaba el quinto toro de la corrida, y el picador Carmona se hallaba preparado para la suerte debajo del balcon del señor corregidor: el bicho desafiaba al bulto escarbando,

y Carmona le obligaba en su terreno, en cuya situacion permanecieron dos ó tres minutos, hasta que por último el toro le arrancó; sin perjuicio de que el ginete le agarró bien con la puya, el bicho era muy duro y empujaba, en términos que le derribó el caballo, dándole una caída á Carmona, de la cual resultó que este quedase tendido debajo de aquel, aunque sin lesion alguna. El torillo era pegajoso y remataba bien, por lo que no cesó de dar cornadas al jamelgo, levantándole enganchado en una de ellas: en estos momentos metió el capote Romero y despegó á los dos animales, saliendo á la carrera el caballo y quedando el toro aplomado. Carmona, que solo se habia cuidado de incorporarse para tomar la barrera, no atendió á la situacion que la res ocupaba; pero ya de pié, notó con sorpresa que su posicion era expuestísima, puesto que se hallaba colocado entre el toro y el capote de Romero; á este último, que le constaba la índole del bicho, y por consecuencia el riesgo infalible del picador, se le ocurrió en este momento el único medio de evitar la catástrofe que debia terminar aquella escena, y con una velocidad inexplicable se pasó el capote á la mano izquierda, y dando con la derecha un fuerte empujon á Carmona, cayó este de boca al suelo, y el bicho, en su arranque, no encontró otra cosa que el capote de Pedro Romero, que lo llamaba al lado opuesto de donde el picador se encontraba.

»Este quite, tan habitualmente practicado, y con la oportunidad y ligereza que exigia tan peligroso lance,

no pudo ménos de entusiasmar á los espectadores, que hasta entonces habian padecido una terrible ansiedad durante toda la escena que llevo relatada. Tan luego como el picador Carmona se levantó dirigióse á Romero y le estrechó entre sus brazos, como prueba del distinguido servicio que le acababa de hacer librándole de la muerte.»

IV.

Ocasion tendremos más adelante de conocer las particularidades de Romero en su vida privada.

Rival de Pepe-Hillo, al reanudar el hilo de nuestra historia, interrumpida momentáneamente para condensar en breves páginas la del toreo, tendremos ocasion de verle de cerca y de saber la influencia que ejerció entre sus contemporáneos.

Para terminar este capítulo describiremos acaso el episodio más dramático de su accidentada vida.

El lance sucedió en la plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados.

Lidiaban él, su padre y su hermano Francisco.

Este último fué cogido por un toro.

Apenas Pedro Romero, jóven entonces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada y corre hácia el toro sin pedir licencia á la autoridad ni escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veía probable la de este otro, que amarillo de có-

lera, erizado el cabello, con la sola espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hácia la fiera, y para llamarla la atencion y separarla del cuerpo de su hermano da un grito espantoso.

«Cuando oí aquel grito, ha escrito un testigo ocular, no tuve por increíbles aquellos gritos que en las batallas de Homero daban los guerreros y eran oídos en medio del combate.»

Aquel grito produjo un general silencio; el interés de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la función el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalariadas y de poca importancia que le persiguen.

En efecto, ¡qué escena! Un padre arrodillado en medio de la plaza, y que pide al cielo le conserve un hijo al tiempo que acaba de ver espirar el otro.

Todo el mundo se interesa ya por esta desgracia de familia.

El terror y la compasión en el más alto grado se han apoderado de todos.

En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores.

Las voces y palmadas de aplauso resuenan por todas

partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas.

El público y la gloria le son indiferentes.

No es aquel el Pedro Romero airoso y gallardo que, concluida la estocada, se solia congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pié; es un desgraciado hermano, es un individuo que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de un padre.

Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza.

La funcion no prosigue; el espectáculo se da por concluido con este acto; los espectadores salen de la plaza convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena alguna que pueda interesarles.

CAPITULO XIII.

Costillares.

En la época en que, para satisfacer los deseos del duque de la Alcudia, se hallaban reunidos los doctos personajes que conoce el lector, puede decirse que no habia llegado la lidia tauromáquica á su mayor apogeo.

Hasta entonces solo habian brillado como verdaderos maestros los tres Romeros, de quienes ya hemos dado noticia, Pepe-Hillo y Costillares.

Algunos otros habian logrado distinguirse, como banderilleros unos, como picadores otros, como sobresalientes de espada; pero en buena ley solo los mencionados eran los que habian logrado fijar la atencion del público.

Formábanse á su lado otros muchos que dieron más tarde gran esplendor á las corridas de toros; pero mal podian ocuparse de aquellos lidiadores, niños aun, los que con tanto interés estudiaban cuanto concernia al arte tauromáquico para ilustrar la opinion de Godoy.

Nosotros completaremos más tarde, en algunos capi-

tulos suplementarios, lo que Forner no podia redactar á la docta asamblea.

Pero para seguir el curso de sus investigaciones, consagraremos algunas páginas al famoso Costillares, que habiendo aparecido antes que Pedro Romero y Pepe-Hillo, fué eclipsado por ellos en el favor del público; pero dejó memoria imperecedera en los fastos del toreo, porque, sin duda alguna, á su ingenio, á su destreza y á su valor debieron, lo mismo Romero que Pepe-Hillo, la perfeccion que alcanzaron, y, por lo tanto, la lid taurina su desarrollo y apogeo.

Joaquin Rodriguez nació en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, á principios del siglo XVIII.

Su padre era operario del matadero, y no teniendo recursos ni siquiera para sostener el aprendizaje del chico en cualquier oficio, desde sus primeros años lo llevaron al matadero para que ayudase en las faenas propias de aquel establecimiento.

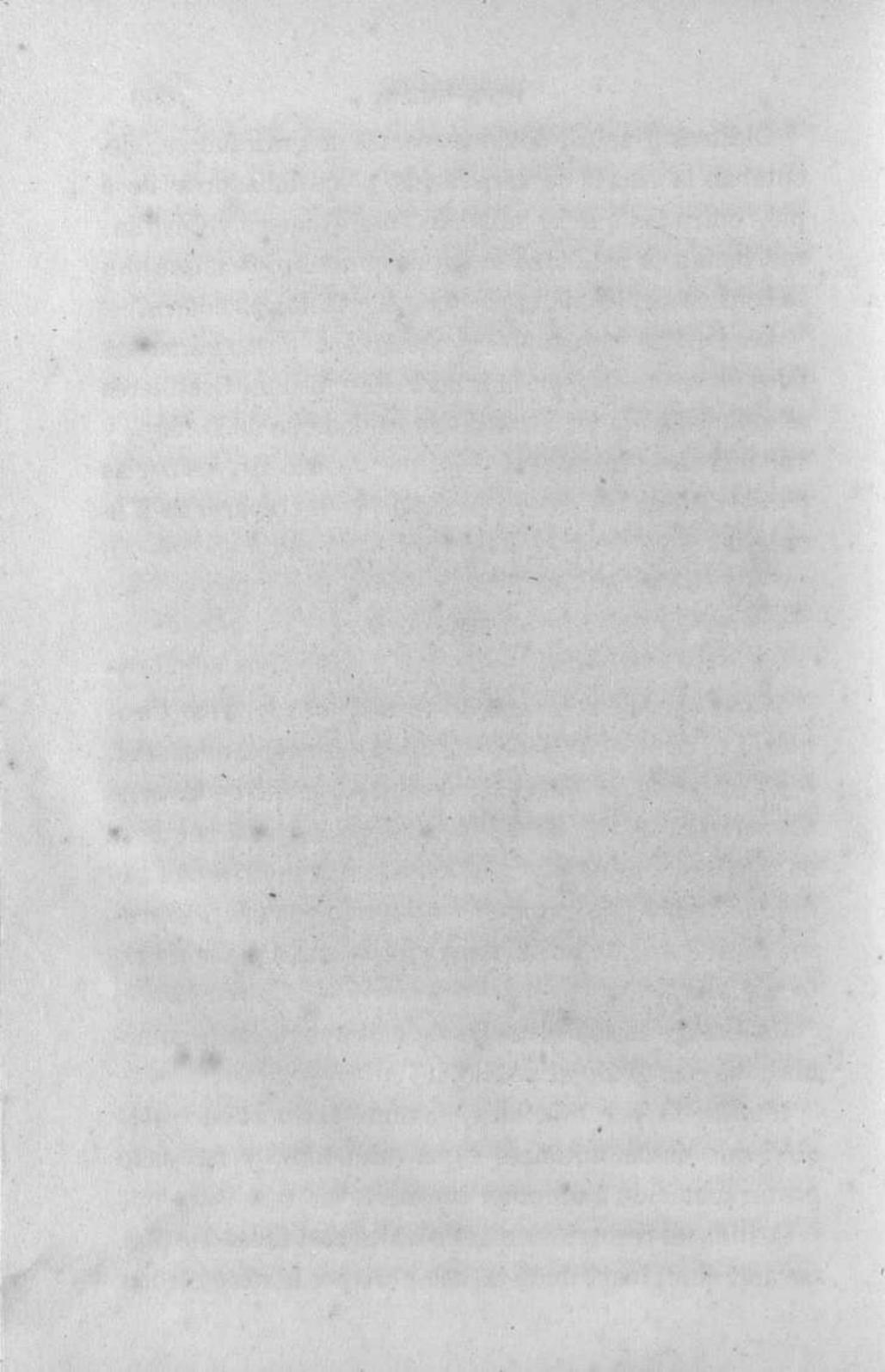
Allí fué donde se desarrolló la afición de Joaquin á la lid tauromáquica.

Uno de sus mayores goces era divertirse con las reses, y tanto se amaestró en el arte de sortearlas, que muy en breve reveló las cualidades que tenia para la profesion que más tarde abrazó.

Por aquel tiempo la parte principal de las lides era, por decirlo así, la que desempeñaba el picador.



Pedro Romero cae desmayado entre los brazos de su padre.



Diestros ginetes, dotados además de gran fuerza, ejecutaban la suerte de vara larga, y los lidiadores de á pié, entre los que se hallaban Juan Romero y Costillares, lucian su habilidad evitando con los *quites*, que aun se conservan, los peligros que corrian los picadores.

Pero como se adoptó la costumbre de terminar las lides de cada toro con la muerte del mismo, Costillares se aplicó á estudiar el modo de defenderse de la fiera, y valiéndose de la muleta, dejó, por decirlo así, las reglas para trastear las reses, arreglarlas y prepararlas á la muerte.

No se conocia más método para acabar con los toros que el de recibirlos; pero cuando el animal se aplomaba, ó no embestia, el lidiador se retiraba, y uno de los criados de la plaza, armado de una larga lanza, á la que se daba el nombre de *punzon*, remataba á la fiera con indignacion del público, que, impulsado por sus generosos arranques, no podia ver á sangre fria aquella muerte traidora.

Costillares buscó el medio de evitar aquella ignominia y de dar gusto al público.

Impulsado por esta idea, inventó la suerte de *vola-piés*, que desde entonces sigue usándose, y ha dado gran reputacion á algunos toreros.

Costillares recorrió con gran éxito casi todas las plazas del reino, inspirando tal asombro por la exacta com-

binacion de las *suertes* que ejecutaba, que su esclarecida fama se extendió por toda España, y gozó del favor del público durante largo tiempo.

No solo era matador de toros, sino maestro de cuantos deseaban dedicarse á la misma profesion.

IV.

Quando aparecieron en la arena Pepe-Hillo y Romero, poseido de natural estímulo, quiso Costillares, luchando con más denuedo que nunca, conservar frescos los laureles que habia alcanzado en su larga carrera, y en efecto, la tradicion refiere que, no solo cuando trabajaba con aquellos aventajados discípulos, convertidos ya en maestros, sino cuando lidiaba solo en alguna plaza, hacia esfuerzos inauditos para eclipsar con sus *suertes* el recuerdo de aquellos y fascinar al público con los *golpes* de su invencion; pero una desgracia le obligó á dejar el campo á sus rivales. Se le formó un tumor en la palma de la mano derecha, y no pudiendo coger el estoque, y mucho ménos manejarlo, tuvo que retirarse, y al poco tiempo murió poseido de la mayor tristeza.

Ferner continuó su tarea dando á conocer todos los antecedentes de la vida de Pepe-Hillo, de los que hacemos aquí caso omiso porque más adelante tendremos ocasion de conocer minuciosamente y en accion todos aquellos datos.

Citó entre los toreros que más porvenir tenían, al famoso Jerónimo José Cándido, y condensando su opinión en vista de los datos que había reunido, terminó su trabajo manifestando que la profesión tauromáquica era fascinadora para el pueblo por los aplausos que adquirirían los que á ella se dedicaban y la fortuna que lograban reunir, apartando á muchos menestrales y artesanos de su trabajo sin conseguir otra cosa que llegar á ser víctimas de los vicios despues de haber vivido dominados por la pereza.

De las investigaciones hechas hasta entonces por los amigos de Godoy, solo se desprendía que la fiesta taurina era, bajo el punto de vista histórico, la herencia de la antigua grandeza española, abandonada por sus descendientes y recogida por el pueblo.

Símbolo del valor, de la destreza, del arrojo de los españoles, había llegado poco á poco á constituir un espectáculo que entusiasmaba hasta el delirio al pueblo, y como al mismo tiempo en todas las funciones de toros encontraba recursos para sus buenas obras la beneficencia administrativa, puesto que del total del ingreso de la corrida se destinaba una parte á los hospitales é Inclusa, eran poderosísimas las dificultades que se oponían á la supresion de aquella fiesta nacional.

Era preciso convenir en que el ejemplo que veía el pueblo al asistir á aquellas funciones no era el más á

propósito para suavizar su fiereza, para encauzarle por la senda de la nueva civilizacion que venia de Francia.

En vez de amortiguar sus pasiones las excitaba, y las continuas riñas que con la afilada navaja de Albacete alteraban la paz de las calles y el júbilo de las romerías, se atribuian en gran parte á la costumbre que tenia el pueblo de ver correr la sangre en las funciones de toros, y ocupando á todas las clases de la sociedad, pero particularmente al populacho, le distraian de sus quehaceres, alejaban de su imaginacion toda idea de economía, y por el contrario, le estimulaban á sacrificar su comodidad y hasta su estómago para poder sacar de este sacrificio la cantidad necesaria á satisfacer su aficion á los toros.

Entonces, como hoy, habia quien empeñaba la camisa para ver desde la contra-barrera la corrida y para poder entrar en la taberna á la salida de los toros á discutir sobre las suertes verificadas con mayor ó menor acierto, á entusiasmarse con sus ídolos y á reñir, si era preciso, con el que hablase mal de su matador predilecto.

Todo esto constituia ese estado febril nada propio á la buena organizacion de los Estados y al bienestar de todas las sociedades.

VI.

Bajo este punto de vista formuló sus conclusiones el dulcísimo Melendez Valdés, esforzando sus argumentos para demostrar que era necesario apartar de

aquel espectáculo al público, pero no de pronto y con violencia, sino con suavidad y cariño, fomentando su afición á la música, deleitando su imaginación con poesías populares, dando interés á los espectáculos escénicos, placeres que en su opinión distraían el ánimo y preparaban al público para el más saludable progreso.

Pero Filiberto, el entusiasta aficionado á la tauromaquia, pintó con vivísimos colores las cualidades del pueblo español, recordó el espíritu caballeresco que hasta en las ínfimas clases de la sociedad existía, encomió la generosidad de los fuertes hácia los débiles, llegó á demostrar que el valor indomable de los hijos de España se debía al continuo espectáculo de los peligros, razón por la cual estaba naturalizado con ellos, y llevó su argumentación hasta tratar de probar que los triunfos que habían obtenido los voluntarios españoles del ejército republicano francés en las fronteras de Cataluña se debían á la costumbre que todos ellos habían adquirido desde la niñez desafiando los peligros y arrojando toda clase de sacrificios á la dicha de alcanzar un aplauso.

Aun fué más lejos Filiberto.

«Las corridas de toros, añadió, son convenientes para los gobiernos, puesto que, convertidas en juguete del pueblo, le distraen y le apartan de los negocios públicos, y los que rigen los destinos del país pueden consagrarse á administrarle sin que les moleste su observadora atención.»

Todo este cuerpo de doctrinas, todos los datos que en desórden hemos ofrecido fueron presentados á Godoy, y solo lograron convencerle de que tenia razon al desear poner término á aquel espectáculo; pero al mismo tiempo veia que su razon tenia que doblegarse á la costumbre y á la pasion de los españoles, porque de lo contrario, tropezaria con el conflicto que queria evitar.

Y sin embargo, aquel hombre previsor, aquel politico, cuya perspicacia no puede negarse, preveía grandes catástrofes en España si no lograba dominar al pueblo.

Jovellanos, estimulado por su amigo Melendez Valdés, y más que nada por el recto juicio que habia formado de las cosas de España, vino en auxilio, sin saberlo, de los deseos de Godoy, dando á conocer el famoso opúsculo «*Par y toros,*» retrato admirable de la sociedad de 1794, y que, si no en la forma, porque la moda ha variado los trajes, en el fondo es tambien el retrato de la sociedad de 1871.

Recordemos algunos rasgos siquiera de esta fisonomía para reanudar en seguida el hilo de nuestra historia.

CAPITULO XIV

Pan y toros.

I.

Nunca es más oportuno que en el cuadro que voy trazando, y sobre todo en los tiempos en que vivimos, el admirable retrato que de su época hizo el inmortal Jovellanos.

El trabajo que hizo, según unos, ó inspiró, según otros, es una obra maestra, y no lo reproduzco íntegro, aunque debiera, porque deseo hacerle servir al propósito de esta parte de mi obra.

«Las fiestas de toros, decía, son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas.

«Estas fiestas que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear, templan nuestra codicia ferosa, ilustran nuestros entendimientos delicados, dulcifican nuestra inclinación á la humanidad, divierten nuestra educación laboriosa y nos preparan á las acciones generosas y magnánimas...

»¿Quién podrá dudar de la sabiduría del gobierno, que para apagar en la plebe todo espíritu de sedición la reúne en el lugar más apto para todo desorden? ¿Quién dejará de concebir ideas sublimes de nuestros nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperacion y la locura y proteger á porfia á los hombres más soeces de la república? ¿Quién no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un Romero, un Costillares y un Pepe-Hillo, con otros héroes del matadero sevillano, que entrando en lid con un toro lo pasan de una estocada desde los cuernos á la cola? ¿Quién no se deleitará con la concurrencia de un gentío innumerable, mezclados los dos sexos con ningun recato, la tabernera con la grande de España, el barbero con el duque, la meretriz con la beata y el seglar con el sacerdote; donde se presentan el lujo, la disolucion, la desvergüenza, el libertinaje, el atrevimiento, la estupidez, la truhanería, y en fin, todos los vicios que afean á la humanidad, como en el sólio de su poder? ¿Donde el lascivo petimetre hace fuego á la incauta doncella con gestos indecorosos y expresiones mal sonantes, donde el vil casado permite á su esposa el deshonoroso lado del cortejo, donde el crudo majo hace alarde de la insolencia, donde el necio chispero profiere frases más sucias que su misma persona, donde la desgarrada manola hace gala de la imprudencia, donde el continuo griterío aturde la cabeza más bien organizada, donde las apreturas, los empujones, el calor, el polvo y el

asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los olores del tabaco y el vino? ¿Quién no conocerá los innumerables beneficios de estas fiestas?»

II.

La sátira es de lo más fina y punzante que puede darse y justificaba los deseos que tenían Godoy y otras personas ilustradas de su época.

Es al mismo tiempo la acusacion de aquéllos gobiernos, que dejaban abandonado el pueblo á sus instintos y á sus placeres sin temer su perdicion, sin comprender las consecuencias de su abandono y satisfechos al verle gozar, sin pensar á dónde podia conducirle aquel goce.

Contemplando Jovellanos desde el punto de vista de su criterio la situacion de la España en la última década del siglo XVIII, hacia la admirable pintura de que he hablado.

Como esta pintura es el retrato de la época en que pasan los sucesos que constituyen la accion de mi historia; como sin embargo de aquel caos brotó la luz, de aquella incuria la diligencia, de aquel fanatismo la fé y de aquellos vicios las más preclaras virtudes, voy á recordar á los lectores la obra maestra del gran pensador español del siglo pasado.

Ella describirá la escena y yo continuaré en tan detallado escenario la accion que ha de demostrar cómo

los santos principios de la religion, de la pátria y de la monarquía pueden ser siempre perlas aunque se hallen ocultas en el más deleznable lodo.

III.

España ofrecia al objetivo de Jovellanos una nacion á un tiempo en todos los períodos de la vida.

El estudio que de nuestra nacion habia hecho le presentaba...

Pero oidle:

«Se ha ofrecido á mi vista, decia, niña y débil, sin poblacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico y aun sin gobierno conocido.

»Unos campos yermos y sin cultivo;

»Unos hombres nécios y desaplicados;

»Unos pueblos miserables y sumergidos en sus ruinas;

»Unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad;

»Y una constitucion, que más bien puede llamarse un hatiborrillo confuso de todas las constituciones.

»Me ha presentado una España muchacha, sin instruccion y sin conocimientos; un vulgo bestial; una nobleza que hace gala de la ignorancia; unas escuelas sin principios; unas universidades depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros; unos doctores del siglo x, y unos premios destinados á los súbditos del emperador Justiniano y del Papa Gregorio IX.

»Me ha ofrecido una España jóven, y al parecer llena de espíritu marcial, de fuego y fortaleza; un cuerpo de

oficiales generales para mandar todos los ejércitos del mundo, y que si á proporcion tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del universo; una multitud de regimientos que, aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina su uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas, gastar pólvora en salvas en las praderas y servir á la opresion de sus mismos conciudadanos; una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo ménos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas, de que abundan; unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil, y unas orquestas bélicas capaces de afeminar á los más rígidos espartanos.»

IV.

¿No ven Vds. algunos rasgos de nuestra época en la fisonomía que traza Jovellanos?

Si, ¿eh? Pues continúen Vds. oyendo.

«Me ha mostrado, continuaba, una España viril, sábia, religiosa y profesora de todas las ciencias.

»La ciudad metrópolo tiene más templos que casas, más sacerdotes que seglares y más aras que cocinas.

«Hasta en los sucios portales, hasta en las infames

tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita y lámparas religiosas.

»No se da paso sin que se encuentre una cofradía, una procesion ó rosario cantado; por todas partes resuenan los chillidos de los sopranos, los rebuznos de los sochantres y la algarabía de los músicos entreteniéndolo las almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composición tan séria y unos conceptos tan elevados que, sin entenderlos nadie, hacen reir á todos.

»Hasta los más reconditos y venerables misterios de la religion se cantan por ciegos á las puertas de los hodegones, al agradable y majestuoso compás de la guitarra.

»No hay esquinzazo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros tan creíbles como las trasformaciones de Ovidio.

»Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias cuyo cultivo hizo sudar á los padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay ordenadillo desbarbado que no se encarama á enseñarlas desde la cátedra del Espíritu Santo.

»El delicadísimo ministerio de la predicacion, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, á un Orígenes, hoy es permitido á un invito epóscopo, á cualquier frailezuelo, que lo toma por oficio mercenario.

»Las escrituras santas, incorruptibles cimientos de la religion, son manoseadas por simples gramáticos,

que cada día nos las dan en castellano de una manera tan nueva, que no las conoce la madre que las parió.

»Las lenguas extranjeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los hebreos.

»La filosofía se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observación de la naturaleza se la ha hecho esclava del ergo y del sofisma.

»La moral, que fué la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y los Sénecas, solo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que, dejando de ser filósofos, se han de meter á procesistas y llegan á legisladores.

»El derecho natural se reputa por inútil y aun nocivo.

»El derecho patrio se estudia por la legislación de una nación que ya no existe.

»La poesía es despreciada como una expresión de locura, y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad.

»Nuestros predicadores y nuestros abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras y vender caras las más insulsas arengas y pajosos informes.

»Las obras con que cada día nos enriquecen estos sábios nos harán sin duda notables en los siglos venideros.

»Sus sermonarios y sus papeles en derecho servirán

de envoltorio de pimienta y especias, y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

»El venerable nombre de teólogo apenas se concedía en la antigüedad hasta que las largas vigili-
as, continuadas tareas y profundas meditaciones habian blanqueado el cabello y arrugado el rostro; pero en el dia se logra aun sin apuntar la barba y sin más trabajo que arrastrar bayetas seis ó siete años en una universidad, y haber ejercitado el pulmon á disputas pueriles sobre bagatelas despreciables.

»Un jurisperito creía Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazon humano y sin la observacion infatigable de la ley eterna; y un jurisperito lo ve España formado con unos miserables principios de lógica, con un superficial del vicio y con unos cuantos años de instruccion en los errores forenses y en las iniquidades de los pleitos.

»En la medicina no tenemos que envidiar á ninguno; tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del universo.

»La riqueza de nuestros boticarios es una prueba de la sabiduría de nuestros médicos y de su propension al arte jaropístico y á la ciencia recetaria y curandera.

»Las matemáticas las estudiamos poco, porque sirven para poco, y reduciendo á demostracion todas sus proposiciones, nos dejan campo al entendimiento su-

blime para hacer lo blanco negro y lo negro blanco.

»El comercio, que los extranjeros ponderan, con razon, como canal de las riquezas de un Estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber que lo que vale cuatro deben venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda al seis por ciento cada mes, y esto aun los más religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas.»

Hé aquí un punto en el que hemos dejado atrás á nuestros abuelos.

V.

«Me ha mostrado, añadía, una España vieja y regañona brotando leyes por todas las coyunturas. El cuerpo de un maldito derecho engendrado en el tiempo más corrompido del imperio romano, para servir á la monarquía más despótica y llena de confusion que han conocido los siglos; el Código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los jurisconsultos, y la Compilacion de Graciano llena de decretales falsos y cánones apócrifos sacaron á luz nuestras Partidas y abrieron las puertas á las más ridículas cavilaciones de los leguleyos.

»Nuestra Recopilacion, nuestros Autos acordados, nuestros Modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen.

»La legislacion castellana reconoce por cuna el si-

glo más ignorante y turbulento; siglo en que la espada y la lanza eran la suprema ley, y de que el hombre que no tenia pujanza para envasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia; siglo en que los obispos mandaban ejércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos; siglo en que los silbidos del pastor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunion encendia la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria; siglo en que la moda del derecho feudal tenia los vasallos de mano en mano como pelota, é iba introduciendo entre los hombres la misma variedad de castas que entre los caballos y perros; siglo, en fin, que no conocia más derecho que la fuerza ni más autoridad que el poder.

»En esta infeliz cuna se adormeció, y en los reinados más calamitosos y violentos anduvo vacilando hasta que el gran Felipe II, el Escorialense, la sacó de entre pañales y la puso andaderas, de que jamás saldrá.

»Me ha mostrado una España decrepita y supersticiosa, que pretende encadenar hasta las almas y los entendimientos. La ignorancia ha engendrado siempre la supersticion, así como la soberbia, la incredulidad. Entre nosotros ha estado por muchos siglos en un miserable abandono el estudio de las Santas Escrituras, que son las fuentes y el cimiento de nuestra creencia.

»Las antigüedades eclesiásticas han yacido bajo la lápida de las decretales y de los abusos furtivamente introducidos; las decisiones de la curia y las opiniones

particulares han corrido parejas con las verdades dogmáticas é incontrovertibles.

»En cuanto atañe á la Iglesia, se ha tenido por incompetente el tribunal de la razón y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. La demasiada libertad en escribir de los extranjeros ha hecho que nosotros hayamos sido en leer esclavos. El culpable desprecio con que han tratado los protestantes la disciplina dogmática de la Iglesia nos ha determinado á venerar los más perjudiciales abusos de los siglos bárbaros.

»El rebaño de los fieles ha sido apacentado por rabadanes, introducidos sin autoridad de los pastores que el Espíritu Santo puso para seguirle, y la sal de la doctrina y de la caridad se ha repartido al pueblo católico por coadjutores de los párrocos, á quienes incumbe el saber lo que se ha de dar á cada uno.

»Millares de obispos ha visto España que, muy cargados de decretales y fórmulas forenses, jamás han cumplido el objeto de su misión, que no fué otro que predicar el Evangelio á todo el mundo, dirigiendo á los hombres por la vía de la paz y no la de los pleitos. El influjo frailesco ha hecho pasar por verdades reveladas los sueños y delirios de algunas simples mujeres y mentecatos hombres, desfigurando el eterno edificio del Evangelio con mil supercherías.

»La moral cristiana se ha presentado bajo distintos aspectos, y siendo uno el camino del cielo ya nos lo han pintado llano, ya difícil y ya inaccesible. La sen-

cillez de la palabra de Dios se ha oscurecido con los artificiosos comentarios de los hombres.

» Aquello que dijo el Señor para que todos lo entendiesen, se ha creído que apenas uno ú otro doctor lo puede entender, y dando tormento á las expresiones más claras, se las ha hecho servir hasta erigir sobre ellas el ídolo de la tiranía; millones de santurrones apócrifos han llenado el mundo de patrañas ridículas, milagros increíbles, y de visiones que contradicen á la soberana majestad de nuestro gran Dios: en ellas vemos á Cristo alumbrando con un candil para que eche una monja el pan del horno, tirando naranjitas á otra desde el sagrario; probando las ollas de una cocina, y jugando con un fraile hasta serle importuno; en ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada y cuartillo de vino derramado, sin más fin que consolar á un mancebo á quien se le cayó al salir de la taberna; á otro convirtiendo unas cubas de agua en vino para beber la comunidad, y á otro resucitando un pollinejo que había nacido muerto, porque no lo sintiese una hermana de la orden; en ellas vemos un hombre, muerto de muchos años, conservar la lengua viva hasta confesar sus culpas; á otro tirarse de un balcon, y caer sin incomodidad á la calle por ir al rosario, y un voraz incendio apagarse de repente sin más que arrojar un escapulario de estameña; en ellas vemos á la Virgen María sacar su virginal pecho para dar leche á un monge; los ángeles en hábito de frailes cantar maitines porque en el convento dormían, y los santos más hu-

mildes degollando á los que no eran afectos á su religion.

»Los pintores imbuidos de estas supercherías, han representado en sus tablas estos títeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoracion.

»La Iglesia ha trabajado de continuo en desterrar de los fieles la preocupacion de atribuir virtud particular á las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerlas. Una imagen de Cristo ó de la Virgen se ve en un rincon descuidada, súa y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos y no se muestran sino con mucha ceremonia y gran suntuosidad.

»La religion la vemos reducida á meras exterioridades, y muy pagados de nuestras cofradías, apenas tenemos ideas de la caridad fraternal; tenemos por defecto el no concurrir con limosna á una obra de piedad y no escrupulizamos de retener lo que es suyo á nuestros acreedores; confesamos todos los meses, y permanecemos en los vicios toda nuestra vida; somos cristianos en el nombre, y peores que gentiles en nuestras costumbres; en fin, tememos más el oscuro calabozo de la Inquisicion que el tremendo juicio de Jesucristo.»

VI.

Basta ya; que sobra con lo dicho para que el lector pueda abarcar de una sola ojeada la situacion en que

se hallaba España cuando Godoy queria abolir el espectáculo taurino para cambiar la faz de la nacion y hacerla entrar en el concierto de la civilizacion europea.

Veamos ahora el efecto que produjeron las investigaciones, estudios y debates de la docta corporacion encargada de informar sobre cuestion tan árdua al favorito de Cárlos IV.

«La religion la vemos reducida a meras exterioridades, y muy pagados de nuestras confesiones apenas tenemos ideas de la caridad fraternal; tenemos por defecto el no concurrir con limosna a una obra de piedad y no escrupulosos de tener lo que es suyo a quienes acreedores; confesamos todos los meses, y bernamos en los vicios toda nuestra vida; somos caridosos en el nombre, y pecos que gentiles en nuestras costumbres; en fin tenemos más el cacato galafozo de la indignacion que el tremendo juicio de tenerlo».

«La religion la vemos reducida a meras exterioridades, y muy pagados de nuestras confesiones apenas tenemos ideas de la caridad fraternal; tenemos por defecto el no concurrir con limosna a una obra de piedad y no escrupulosos de tener lo que es suyo a quienes acreedores; confesamos todos los meses, y bernamos en los vicios toda nuestra vida; somos caridosos en el nombre, y pecos que gentiles en nuestras costumbres; en fin tenemos más el cacato galafozo de la indignacion que el tremendo juicio de tenerlo».

«La religion la vemos reducida a meras exterioridades, y muy pagados de nuestras confesiones apenas tenemos ideas de la caridad fraternal; tenemos por defecto el no concurrir con limosna a una obra de piedad y no escrupulosos de tener lo que es suyo a quienes acreedores; confesamos todos los meses, y bernamos en los vicios toda nuestra vida; somos caridosos en el nombre, y pecos que gentiles en nuestras costumbres; en fin tenemos más el cacato galafozo de la indignacion que el tremendo juicio de tenerlo».

CAPITULO XV.

Lo que hacen los poderosos cuando no pueden.

I.

En tanto que los doctos académicos dilucidaban la cuestion sometida á su inteligencia, la intriga se agitaba en otro terreno.

Urquijo visitaba frecuentemente á doña Isabel de Matallana y la referia todo cuanto se hablaba en las juntas á que asistia.

Filiberto, por su parte, no dejaba de ver á la marquesa, porque queria ganar la apuesta, y las circunstancias en que se hallaba, con motivo de Godoy, eran las más á propósito para poner de su parte á aquella aristocrática mujer, que tanto podía influir no solo en la fortuna del guardia real, sino en que no pudiera conseguir el ministro destruir un espectáculo que tanto le agradaba.

Hay muchos que envidian á los que ocupan en las naciones el primer puesto, es decir, á los que dirigen

las riendas del Estado. En honor de la verdad, son más dignos de compasion que de envidia. Es muy cierto que ejercen un poder absoluto, ó poco ménos; que pueden disponer á su antojo de la felicidad y de la desdicha de los ciudadanos, que tienen á cada instante roce con las personas reales, las dominan y las convierten á veces en ciegos instrumentos de sus deseos; pero por lo mismo que alcanzan tan grande poderío, la envidia crece y se desarrolla á su lado y es gérmen de multiplicadas intrigas, que constituyen una red, en la que tropieza á cada paso el hombre político favorecido por la suerte.

Godoy se hallaba en este caso y no habia ocasion que no aprovecharan sus enemigos para destruir su influencia.

—Bien dice el refran, exclamaba la Matallana en una de sus entrevistas con Urquijo: «Cuando Dios quiere perder á los hombres, les ciega.» Para Godoy ha llegado ya la hora de la perdicion. Está empeñado en abolir las corridas de toros, y esto como una medida de gobierno; pero el pueblo y los reyes van á ser sus mayores enemigos, y le vamos á ver caer desde el pináculo de la fortuna, en donde se encuentra, á lo más hondo del abismo que ha labrado su ambicion.

—No veo las cosas tan próximas como Vd. me anuncia, dijo Urquijo. Godoy es hombre de talento.

—La soberbia le ciega.

—Es más cauto que soberbio.

—No le conoce Vd., si piensa así.

—Vivo frecuentemente á su lado; he visto su actitud en los negocios más árdulos; y su serenidad, su aplomo, y sobre todo la viveza de su imaginacion para encontrar remedio á todas las situaciones difíciles, son auxiliares poderosos que le salvarán de cualquier fracaso.

—Tiene muy malos enemigos; las mujeres le odian.

—Sí, dijo Urquijo; pero ese ódio, no se ofenda Vd., mi buena amiga, es más despecho que otra cosa. Debe á la Providencia una hermosa figura, un palmito agraciado; tiene imaginacion, talento; aseguran que su conversacion cuando galantea á las damas es encantadora.

—Por de pronto, añadió la Matallana, puedo asegurar á Vd. que la reina va notando de dia en dia sus defectos. Ya no habla de él con tanta admiracion, con tanto entusiasmo. En cambio no faltan algunas personas que fijen su atencion...

Al decir esto, acentuó la frase y dirigió una mirada significativa á Urquijo.

—¡Ah! contestó este, si algun dia puedo heredar la influencia que hoy tiene el duque de la Alcudia, no habrá nada que niegue á mi buena amiga y protectora, doña Isabel de Matallana.

Estas y parecidas pláticas eran las que solían tener la camarista y el diplomático, los cuales, con distinto fin, procuraban minar los cimientos de la fortuna de Godoy para que se desplomase el edificio de su poderío.

Las conversaciones de Filiberto con la marquesa no eran tan políticas; por el contrario, eran más tauromáquicas.

Los dos tenían verdadero entusiasmo por las corridas de toros.

La amistad de Pedro Romero ó de Pepe-Hillo les entusiasmaba; asistir al espectáculo era su mayor delicia.

A la marquesa le agradaba, no solo la funcion en sí misma, sino el tener ocasion de lucir sus gracias, de coquetear con sus adoradores, de demostrar, en fin, al pueblo que tambien en la aristocracia habia mujeres graciosas que sabian llevar la peineta de teja y la mantilla de casco con tanto donaire, ó más aun, que las *manolas* de Lavapiés.

Y á Filiberto le sonreia y halagaba aquella animacion, aquella continua ocasion que tenia de hacer que coqueteaba con otras mujeres para inspirar celos á la marquesa.

Hay que advertir tambien que, en premio de su aficion á los toros, solian contar los toreros con él para

sus francachelas y aun abrirle la bolsa siempre que acudia á ella en sus apuros.

Esto sucedia á menudo, porque sabido es que los guardias andaban siempre á la cuarta pregunta.

Forner, Conde y Melendez Valdés eran los más inocentes de los que componian la docta asamblea.

Servian con gusto al duque de la Alcudia, pero sin obedecer á otro fin que el de ilustrarle para que resolviera con acierto.

IV.

La noticia de que Godoy habia dispuesto que se estudiase el modo de suprimir las corridas de toros, habia circulado, y para ser justo, debo decir que con indignacion de los madrileños.

Godoy reunió en otro banquete á sus cinco amigos, y como ya habia leído sus disertaciones y al mismo tiempo se habia informado del efecto que su deseo habia producido en el vulgo, formó su juicio y vislumbró en aquella derrota que, segun suponian sus enemigos, se preparaba él mismo el medio de obtener un gran triunfo.

La reina habia declarado categóricamente que no consentiria que se suprimieran las corridas de toros.

El rey, que no tenia aficion á aquel espectáculo porque toda su pasion la tenia reconcentrada en la caza, pero que gustaba de ver al pueblo reunido en el circo, porque el pueblo en aquellas funciones le aclamaba

dándole repetidas muestras de su leal adhesion, se inclinaba tambien en favor de las ideas de su esposa y no ocultó á Godoy su acuerdo.

Se hallaba, pues, el favorito, en presencia de dos obstáculos poderosos: los reyes y el pueblo.

Fácilmente podria dominar, vencer aquellas dificultades; pero ¿qué adelantaba con aquel triunfo?

V.

Un dia encontró en uno de los salones de palacio á la Matallana.

—Adios, mi querida enemiga, la dijo.

—V. E. me honra con ese título, pero no le merezco; porque si alguna amiga tiene V. E., esa soy yo.

—Tanto lo creo así, dijo Godoy, que para dar á usted una prueba de amistad, voy á confiarla un secreto.

—Eso es demasiado honor.

—Es un secreto que deseo vivamente permanezca ignorado de todo el mundo.

—Entonces...

—¿Va Vd. á decirme que no podrá callarle?

—Tal vez.

—Tengo mejor opinion de Vd. que la que Vd. tiene, y en prueba de ello, oiga Vd. mi secreto. Mis enemigos han hecho circular la voz de que quiero abolir las más antiguas costumbres españolas y reemplazarlas por otras que nos hagan tributarios de Francia. Entre

otras cosas aseguran que yo me he propuesto suprimir las corridas de toros.

—En efecto, esos propósitos se atribuyen á V. E.

—Me juzgan mal.

—¿Será posible?

—Sí, amiga mia, sí.

—Sin embargo, lo cierto es que nunca se ve á V. E. en la plaza.

—Hago un verdadero sacrificio.

La Matallana no pudo ocultar una sonrisa maliciosa.

—Veo que Vd. tambien participa de la opinion general.

—Vivo tan cerca de V. E., que no es extraño.

—Pues bien, sepa Vd., mi querida doña Isabel, que yo he encargado hace poco á las personas más doctas de Madrid para que me proporcionen todos cuantos antecedentes puedan recoger acerca de ese espectáculo nacional; y ¿sabe Vd. con qué objeto?

—Con el de suprimirle de una plumada.

—Oiga Vd. mi secreto: con el de darle toda la importancia que merece, con el de poder demostrar que los que lidian en esas fiestas no hacen más que imitar el ejemplo que les dió la nobleza en otros tiempos, razon por la cual son acreedores á las mayores consideraciones.

—¿Será posible? dijo la Matallana admirada y pesarosa.

—No descubra Vd. á nadie lo que le acabo de decir, pero me propongo inclinar el ánimo de SS. MM. pa-

ra que premien públicamente el mérito de los toreros más afamados. Aquella hábil declaracion de Godoy destruyó una vez más los laboriosos planes de la camarista para derribar su influencia. Desde luego se dió por vencida y se apresuró á llamar á Urquijo para confiarle la actitud en que se habia colocado Godoy. —

Sabiendo, como sabia, la aficion de la reina por el espectáculo taurino, estaba segura de malquistarle con Godoy si este se obstinaba en llevar á cabo su primer proyecto; pero la resolución que á última hora habia tomado entusiasmada á doña María Luisa, habria en su alma una reaccion favorable hácia Godoy, y los sueños de la Matallana y de Urquijo se quedarían, al ménos por entonces, reducidos á sueños. —

En el banquete confirmó Godoy el secreto que habia confiado á la Matallana. —

— Amigos míos, dijo: He leído con placer los ilustrados discursos que me han ofrecido Vds. Yo aprecio en lo mucho que vale la discreta opinion del ilustre Jovellanos. Despues de darles las gracias más expresivas, tengo que pedirles excusa por haber abusado de su buena fé.

— ¡Cómo! exclamaron todos. —

— Yo dije á Vds. que me proponia suprimir ese espectáculo. ¿Loco seria el que se empeñase en contener las olas del mar antes de que llegaran al límite que la

Providencia les ha marcado! Los pueblos son como las olas; no hay que oponerse á su corriente, porque se ensoberbecen y se sublevan como las olas cuando hallan rocas inexpugnables en su camino. Pero yo queria que imbuidos Vds. en el espíritu que, segun les comuniqué, me animaba, dilucidasen la cuestion con entera libertad, y así ha sucedido. Es necesario que sepa el país entero los estudios que Vds. han hecho; ellos servirán para hacer que los toreros, recordando el noble origen de la lidia, en vez de vivir confundidos con la plebe, en lugar de entregarse á los vicios, se enorgullezcan de su origen y busquen en la educacion, en el trato con las personas de la clase elevada una perfeccion moral que iguale á su valor y á su destreza.

Y para dar una prueba ostensible de que este es mi deseo, y de que mi deseo obedece á la voluntad de su majestad el rey (que Dios guarde), se ha presentado una ocasion y voy á aprovecharla. El famoso torero Pepe-Hillo tiene un hijo; este hijo ha tomado parte en la guerra contra los franceses; se ha distinguido en ella; en uno de los últimos combates fué hecho prisionero; arrostrando los mayores peligros pudo volver á las filas y ha contraido tales méritos, que S. M. el rey, teniéndolo en cuenta y queriendo honrar á la vez los servicios del hijo y la popularidad del padre, le otorgará la charretera de capitán.

Filiberto, lleno de alegría, pidió permiso al duque de la Alcudia para darle un abrazo.

Conde felicitó á Godoy.

Fornier y Urquijo permanecieron impasibles.

Melendez Valdés sintió una profunda tristeza en el fondo de su alma.

—¿Nos da V. E. permiso, dijo Filiberto, para propagar tan fausta noticia?

—Son Vds. dueños, contestó Godoy, de comunicarla á quien quieran.

VII.

El banquete terminó con la mayor alegría, y al retirarse todos se quedó Melendez Valdés.

—Señor duque, dijo á Godoy cuando estuvieron solos, tengo una profunda tristeza.

—Lo comprendo, mi buen amigo.

—Por más que quiero, no me es posible desecharla, y necesito ser indiscreto.

—Hable Vd.

—Soy su admirador; soy su amigo sincero. Dígame Vd., por favor, que al hablarnos como hace poco nos ha hablado, nos ha engañado. De no ser así, se ha engañado Vd. mismo.

—Mi querido poeta, dijo Godoy expresando en su mirada la contrariedad que sufría interiormente; no es lo mismo vivir con las musas que vivir con los hombres. Aquellas son dóciles, cariñosas; la belleza las encanta. Inspirar poesías, revelar el dulce sentimiento del alma, el encanto de lo ideal, recibir los tiernos homenajes del poeta, constituye su felicidad; estos viven de

sus pasiones, de sus caprichos, y ¡ay del gobernante que intente corregir los vicios de la sociedad poniéndose en pugna con ella! Para dominar al caballo salvaje es necesario maña; hasta que logra el domador ponerle el freno, tiene que recurrir á la astucia y estudiar todos los medios posibles; adula sus instintos, si es preciso; despues, ya es otra cosa. Yo, á Vd. se lo confieso, tarde ó temprano destruiré ese espectáculo que nos tiene sumidos en la barbárie; pero si no obro como he obrado, toda mi grandeza, todo mi poderío hubiera desaparecido al primer soplo de indignacion de la plebe irritada, del caballo desenfrenado.

—Agradezco en el alma, señor duque, esa confesion. Cuente Vd. conmigo para todo. Yo quiero un pueblo libre, pero civilizado.

—Para hacerle el bien, es necesario sujetarle antes.

VIII.

A este punto llegaban de su conversacion, cuando un lacayo anunció á Godoy la llegada de Pepe-Hillo.

—Voy á comunicarle la fausta nueva respecto de su hijo, exclamó Godoy.

Y separándose de Melendez Valdés, fué al salon en donde le aguardaba el célebre torero.

de las pasiones de sus caprichos y de las pasiones que
 en el mundo de la sociedad se encuentran en
 para dominar al caballo salvaje. es un
 CAPITULO XVI.

— tiene que recurrir á estudiar todos
 los medios posibles, adula sus instintos, si es preciso;
 después, ya es otra cosa. Yo á Vd. se lo confieso, tarde
 ó temprano des- De necesidad, virtud.

tridos en la barbería, pero si no otro como he obrado.
 toda mi grandeza, todo mi poderío hubiera desapareci-
 do el primer soplo de indio de la noble tribu.

I.

Quando Pepe-Hillo habia ido á visitar á Godoy para darle gracias por los favores que habia dispensado á Juan Picornel, animado como se hallaba el duque de la Alcudia de los propósitos que conoce el lector, procuró sondear su ánimo y tropezó desde luego al oír sus manifestaciones con una de las mayores dificultades que debia encontrar para llevar á cabo su propósito.

No insistió, y se limitó por entonces á manifestar al torero el aprecio con que le distinguia.

Posteriormente habia sabido por los partes que acerca de los acontecimientos de la guerra habia enviado al rey el general Ricardos, los méritos que habia contraído el hijo de Pepe-Hillo batiéndose por la patria.

Godoy habia llegado á convencerse de que no tenia fuerza bastante para contrarestar el espíritu público, tan favorable á las corridas de toros, comprendiendo, como hemos visto en el capítulo anterior, que seria ar-

rollado por el ímpetu popular si se oponía á su corriente, y procuró destruir el mal efecto que habian producido sus insinuaciones, aunque sin renunciar á su fin; pero dispuesto á emplear otro sistema.

II.

Habia obtenido del monarca que se elevase á Antonio por sus sobresalientes servicios al grado de capitán.

En el campo de batalla habia ganado la capona y la charretera, y aquella nueva gracia debia servir no solo para premiarle, sino para demostrar al pueblo que aquellos de sus hijos que más se distinguieran, aun cuando procediesen de las familias más humildes, hallarian galardón en la munificencia de S. M.

Al mismo tiempo queria Godoy dar á aquella gracia mucho aparato, mucha solemnidad, porque recayendo en el hijo de Pepe-Hillo, demostraria de esta manera que no odiaba, como suponian sus enemigos, á los que se dedicaban á las lides tauromáquicas.

Cuando le anunciaron la llegada de Pepe-Hillo hacia ya bastante tiempo que no le veia.

El famoso diestro habia hecho sus correrías de ordenanza trabajando en algunas plazas de España para cumplir las escrituras que habia firmado, y acababa de regresar al lado de su esposa y de sus dos hijos menores.

Tanto para ver si habia recibido noticias de su hijo Antonio, como para indagar el paradero de la marquee-

sa del Puente, de Dolores, y al mismo tiempo destruir algunas cábalas de sus enemigos, que querian á toda costa alejarle de la plaza de Madrid para que solo campease en ella su rival Pedro Romero, deseaba con vivo interés ver á Godoy.

III.

Preocupado por estas ideas cuando recibió aviso del favorito de los reyes,

—Este es el camino más corto, se dijo, de realizar todos mis deseos. Si su excelencia me dispensa la amistad que me ofresió cuantas veces he dío á visitarle, podré tener notisias de mi hijo, y con su influjo y el del duque de Osuna, mi señor, conseguir que er mismo rey si es presiso hable al Corregior pa que me haga justicia y no me quiten er puesto que he arcansao en el reondel de la córte.

Ajeno estaba, pues, al entrar en el palacio de la plaza de los Ministerios de la buena noticia que iba á darle el duque de la Alcudia.

—Tome Vd. asiento, dijo este á Pepe-Hillo tendiéndole la mano.

—Güesensia siempre bueno y campechano connigo.

—Hago justicia á las cualidades personales que le adornan á Vd. y á la popularidad de que goza. Pero no quiero retardar la nueva que tengo que comunicarle. Estoy seguro de que le agradará á Vd., y por lo mismo me apresuro á dársela.

—Eche güesensia por esa boca, dijo el torero.

—¿Qué noticias tiene Vd. de su hijo?

—¿Del melitar?

—Naturalmente; los otros, segun creo, viven en compañía de Vd.

—Pus si no son mejores las notisias que tenga güesensia de él que las que han llegao á mis oidos, son bien tristes. Y no es que crea que er probesito haya espi-chao; que las malas notisias corren mucho y no me habria fartao argun amigo que hubiá venio de ayá des-profeso pa isírmelo. Pero está prisionero, y aunque no le traten mal, la verdá es que no pué servi á su patria ni saber de su amor, y la verdá, estará mu aburrío.

—¿Segun eso, no sabe Vd. que ha logrado escaparse?

—¿Qué me cuenta güesensia?

—¿No le han escrito á Vd.?

—No he resibió denguna carta, ni mi mujer tampoco.

—Pues en el ministerio se ha sabido que el teniente de los reales ejércitos D. Antonio Delgado...

—¿Ya tié don y tó?

—Es un oficial distinguido.

—Miste, yo no tengo fantesía denguna, pero me sarran las lágrimas á los ojos al pensar que er chiquillo sa ganao la señoría con sus puños. Pero dígame güesensia, dígame cómo sa escapao ese mardito, que no me extrañará que haiga hecho alguna atosíá. Era un muchacho de mucho génio y...

—Ignoro los detalles de su evasión. Lo único que sé es que habiendo logrado escaparse y encontrando dispersos en el camino á algunos soldados, les reunió y reanimó con su palabra, y al frente de ellos atacó á un destacamento que custodiaba un convoy, le puso en fuga y volvió al campamento del general Ricardos con los víveres y municiones de los vencidos. El general le ha recomendado á la benevolencia de S. M. el rey (que Dios guarde), y se ha servido conferirle el grado de capitán, con lo cual, si en la próxima campaña sigue dando pruebas de valor y lealtad como hasta ahora, tendrá Vd. el gusto de verle tornar hecho un hombre de pró.

IV.

La emoción embargaba á Pepe-Hillo y no podía articular los sentimientos de su corazón.

—Miste, señor duque, dijo al cabo de un rato, me he visto muchas veces en las astas del toro; me he dao por muerto; no ha habío peligro que yo no desafie; jamás han llorao mis ojos, y sin embargo, al oír lo que acaba de isir güesensia, me parese que yo no soy ná en er mundo al lao de mi hijo, y que tó el orguyo y la fantesía que yo tengo poique mato los toros, no sirve ni siquiá pa que la pise mi hijo con la planta der pié. ¿Con que er muchacho sa espabilao, con que es un valiente, con que va ser ná ménos que capitán el hijo de un torero, de un hombre der pueblo, sin más aquel que su

honraez y su mano erecha y sin saber ná de letras ni de números? Vamos... si esto es pa gorverse loco de alegría. ¡Y habrá luego quien no se deje matar sien veses por el rey! ¡Y habrá toavía quien diga que solo dan honores á los nobles...! ¡El hijo de un torero, capitán...!

—Con su conducta ha ganado ese premio.

—Pus bien, señor duque. Yo voy á isir á güesensia mi sentir. Me alegro más que si hubiá tenio la probaliá de sacar de las astas der toro á Pedro Romero, que es lo que más deseo en este mundo, poi que él ya ma librao la vía dos ó tres veses, y esto lo tengo yo sobre el arma. Pero yo soy así; quiero á mis hijos más que á las niñas de mis ojos, y ha de saber güesensia que mi Antoniyo ha hecho tó lo que ha hecho poi que le hasia cosquillas en er corason una pena. En fin, voy á isír-selo tó á güesensia.

Ha de sabé güesensia que mi Antoniyo estaba perdiamente enamoraao de una mosa que recogió mi mujé de pequeña, que se crió en la casa y que despues nos ha salío con que es la hija de un marqués.

—¿De un marqués?

—Sí, señor. ¿Conose güesensia á la marquesa er Puente?

—Es una de las damas más distinguidas de la córte.

—Pus bien; su hijo fué er pecaor, y... ¡ya se ve! como era un presonaje y la mare de la chiquiya una probe mujé, la dejó abandoná. Pero le remordió la consensia, y ¿qué hiso? nos arrebató la muchacha. Dispues

la encontré yo hecha toa una marquesa, pero á pesar de tó, chalaita por mi hijo. Él que lo supo, se desidió á marchá á la guerra. «Ayí, se dijo, podré arcansá tó lo que nesesito pa que no me despresie la familia de mi Dolores.» Y ya lo ve güesensia; si dura la campaña y el rey le premia como hasta ahora, lo ménos viene de general.

V.

Godoy, que no tenia noticias del lazo que unia á Antoniyo con la nieta de la marquesa del Puente, vió una ocasion propicia para dar un paso en favor de sus propósitos y la aprovechó.

—Celebro en el alma, dijo á Pepe-Hillo, que me haya Vd. confiado el móvil secreto que ha inspirado tan heróico valor á su hijo. Por mi parte, me constituyo desde ahora en protector de sus deseos; pero por la misma razon va Vd. á hablarme con franqueza. Si la felicidad de su hijo de Vd. exigiera que renunciase usted á la profesion en que tanto brilla, ¿renunciaria usted á ella?

—¿Sabe güesensia cuándo? Cuando me mate un toro.

—Voy á ser más esplicito. Su hijo de Vd. ha conquistado con su valor una posicion que le ennoblece. Aun hay más: me consta que ha salvado la vida al hijo de la marquesa del Puente, y por lo tanto, este tendrá un placer en pagarle esa deuda de gratitud otorgándole la mano de su hija. Ahora bien; Vd. no ignora que la

aristocracia de España, que se complace en poseer la amistad de los toreros, que no se desdena en estrechar su mano, que les protege verdaderamente, y Vd. es un ejemplo de ello, puesto que todo el mundo sabe las deferencias que con Vd. tienen los duques de Osuna; pero ¿no cree Vd. que los que envidien la dicha de su hijo, al verle en una esfera muy superior á la en que ha nacido, le recordarán á cada instante su origen oscuro? Y los mismos toreros, ¿no cree Vd. que, envidiosos de la suerte que Vd. ha alcanzado educando á su hijo en tan elevada esfera, le tenderán lazos, murmurarán de Vd., y hasta procurarán escatimarle á Vd. los aplausos para que sus desdichas caigan sobre su hijo?

—Miste, señor duque, contestó Pepe-Hillo, yo no pueo tragar saliva; he de isir lo que siento, aunque sea al mismísimo rey, y voy á ser franco con güesensia. Por ahí corre el rumor, dende hase tiempo, de que güesensia no pué ver las corrias de toros, de que se le metió á güesensia entre seja y seja er deseo de suprimirlas. Estos rumores los confirma er que no va güesensia nunca á la plasa, ni en jamás ha regalao moñas, ni ha hecho na por dengun torero á no ser por mí, y eso dende que la guerra nos ha puesto en relaciones; y ¿sabe güesensia lo que yo me figuro al oirle hablar como está hablando? Que güesensia lo que quiere es que yo me las guiye der toreo, y si despues consigue güesensia otro tanto de Romero y los demás sobresalientes... muerto er pájaro, pa na sirve la jaula. ¿Es ó no verdá?

—Está Vd. en un error, dijo Godoy. Los que me calumnian dicen por ahí que yo no estimo las corridas de toros. ¿Cómo no he de estimarlas, si ese es un espectáculo que nació en España en aquella época en que la nobleza derramaba á todas horas su sangre para arrojar á los árabes de España; en aquella época en que, para descansar de la lucha con los hombres, luchaban con las fieras? No; yo reconozco la destreza y el valor de los lidiadores. Lo único que lamento es la mala conducta que observan algunos. Viven siempre en los barrios bajos; sus compadres, sus amigos les escogen en la hez del pueblo, y si se enorgullecen con la amistad de algun gran señor, es más como humildes criados suyos. Están tan equivocados los que suponen que yo pretendo suprimir las corridas de toros, que puesto que ha llegado la ocasion, se lo diré á Vd. Mi único deseo es que todos los diestros de verdadero mérito vivan en otra esfera, adquieran costumbres más distinguidas.

—¿Lo ise güesensia de verás, señor duque?

—No creo que tenga Vd. derecho á dudar de mi sinceridad.

—Perdone güesensia mi atrevimiento; no es farta de respeto; es que yo soy así, mu campechano, mu echao pa lante; pero yo seria er mas felis de toos los hombres si pudiera convenserme de que el señor duque de la Alcudia quiere realisar tó lo que acaba de isirme.

—Mi pretension, mi anhelo es que esa diversion, cuyo mérito no desconozco, se convierta en un verdadero arte, y para eso los diestros como Vd. deberian fijar

las reglas, escribir ó mandar escribir un tratado sobre el arte de torear; en una palabra, mostrar á las naciones que nos motejan por ese espectáculo que no es efecto de una lucha brutal, sino del resultado de un arte que tiene por objeto dominar á una fiera, no con la fuerza, sino con la astucia.

—Pus ese es er toreo.

—¿Y no cree Vd., añadió Godoy, que el hombre que posee ese arte, esa astucia, esa habilidad, debe ser un hombre distinguido, debe abandonar la sociedad que le rodea en las tabernas y alternar con las personas más distinguidas y dar ejemplo con sus costumbres de moralidad? ¿Por ventura la mayor parte de las riñas que hay en los barrios bajos no son producidas ó por los toreros, ó por aquellos de sus admiradores que aprecian más á unos que á otros? ¿No entran en la cárcel de Córte ó en los hospitales los dias en que hay funcion gran número de personas que á la salida de los toros, enardecidos por el espectáculo que acaban de presenciar, riñen en las tabernas y confían á la navaja la solución de sus contiendas?

—Tó eso es mucha verdá; tiene rason güesensia, y dende ahora mesmo yo ofresco haser tó cuanto esté de mi parte pa enmendar esas fartas, y ar mesmo tiempo voy á haser una cosa que de seguro le va á gustá. Yo tengo en mi cuadriya muchachos mu espabilaos y con mucho sentío. Pus bien: voy á poner escuela y les voy á enseñá toas las reglas del arte, y ar mesmo tiempo voy á buscar arguno que sepa escribir bien pa que

vaya apuntando tó lo que yo les diga á mis camarás. Verá güesensia cómo sale un arte é toreá hasta ayí. Y que venga Pedro Romero á disputarme la gloria de haber sio er primero en dar las reglas presisas y terminantes pa tratar con esos bichos y salir bien librao de eyos. En la práctica no hay naide que le eche la pata; pero no sa fijao tanto como yo en las oservansias que hay que tener presentes, y al leer mi tratao veremos lo que isen entonses toos los que saben argo der toreo.

—La idea de Vd. me parece excelente, y desde luego la apadrino.

—Venga esa mano, dijo Pepe-Hillo.

Y tan entusiasmado estaba, que no solo la estrechó con efusion, sino que no pudo ménos de darle un abrazo.

VI.

Cuando se fué Pepe-Hillo.

—Es imposible lo que deseo, dijo Godoy con la mayor tristeza; pero yo necesito que el pueblo esté de mi parte. Sacrificaré mis creencias y mis designios hasta que adquiera toda la fuerza necesaria para imponer mi voluntad.

Pepe-Hillo corrió entusiasmado á confiar á su esposa lo que habia sabido, y al dia siguiente salió para Sigüenza con objeto de ver á la marquesa del Puente y á Dolores, para comunicarles la suerte que habia alcanzado Antonio.

La entrevista fué muy cordial, y el padre de la jóven ofreció solemnemente que Dolores seria esposa de Antonio.—En cuanto termine la guerra, le dijo, yo mismo iré á pedir al rey que apadrine la boda de mi hija con su compañero de la infancia.

Solo una condicion le impuso, y esta condicion hirió en el alma á Pepe-Hillo. Pero ante todo era la felicidad de su hijo, y devoró en silencio el dolor de aquella herida.

—Yo reconozco, le dijo Enrique, la honradez y el mérito de Vd.; pero las circunstancias de mi familia me obligarán á hacer que mi hija y su esposo, llamado á heredar el título que poseo, vivan alejados de la córte. Vd. podrá verles de cuando en cuando; pero por su mismo interés ocultará Vd. á todo el mundo que el futuro marqués del Puente es su hijo de Vd.

—Sea en buen hora, contestó Pepe-Hillo. Yo me contento con la reputacion que ma dao er público.

Allí mismo escribieron una carta á Antonio, manifestándole las resoluciones que acababan de tomar, y Dolores, con la vénia de su padre, le escribia tambien, asegurándole que seria fiel á su cariño y la más feliz de las mujeres cuando pudiera darle el título de esposo.

VII.

Tornó Pepe-Hillo muy afligido á Madrid; pero la idea que se habia despertado en su imaginacion durante su conversacion con Godoy, le ofreció un dulcísimo consuelo.

—Si, decia, voy á fijar las reglas del arte; voy á ser el primero que demuestre á tó er mundo que no es solo valor, sino destresa, la que da er triunfo á los lidiadores.

Y convocando á los de su cuadrilla, les anunció su propósito, pero encargándoles el mayor secreto y ocultando su proyecto de mandar escribir las reglas y preceptos que se proponia darles.

La idea de humillar á Romero presentándose ante el público con el doble titulo de primer matador y maestro del arte, le halagaba en extremo.

IV

CAPÍTULO XVII.

La tauromaquia de Pepe-Hillo.

Lo primero que hizo Pepe-Hillo para llevar á cabo aquel propósito que le halagaba tanto fué visitar al guardian del convento de San Francisco.

Habia un lego en aquella comunidad entusiasta aficionado á las corridas de toros, y tanto, que, con permiso del guardian, no perdía ninguna, y se estimaba hasta tal punto su juicio acerca de las suertes, que le citaban como texto vivo, al apreciar el resultado de las corridas, los que con más calor discutían sobre sus peripecias.

Fray Aniceto, que así se llamaba, conocía á todos los toreros; sabía el tecnicismo del arte, y Pepe-Hillo pensó que ninguno mejor que él podría servirle para escribir las reglas que fuese enseñando á sus discípulos.

Pidió vènia al prior para que permitiese á fray Aniceto asistir á las lecciones que diera á los muchachos de su cuadrilla, y aunque á duras penas, porque el

guardian lo que queria era apagar en el lego el entusiasmo tauromáquico, consiguió el permiso, y fray Aniceto, muy satisfecho de la mision que le ofrecian, asistió desde el principio á las lecciones prácticas.

Por más que á algunos de los lectores de esta obra no interesen en gran manera las teorías del famoso Pepe-Hillo, á otros, quizás á la mayor parte, les agradará recordar ó conocer los principios en que el protagonista de nuestra obra fundaba el arte de torear.

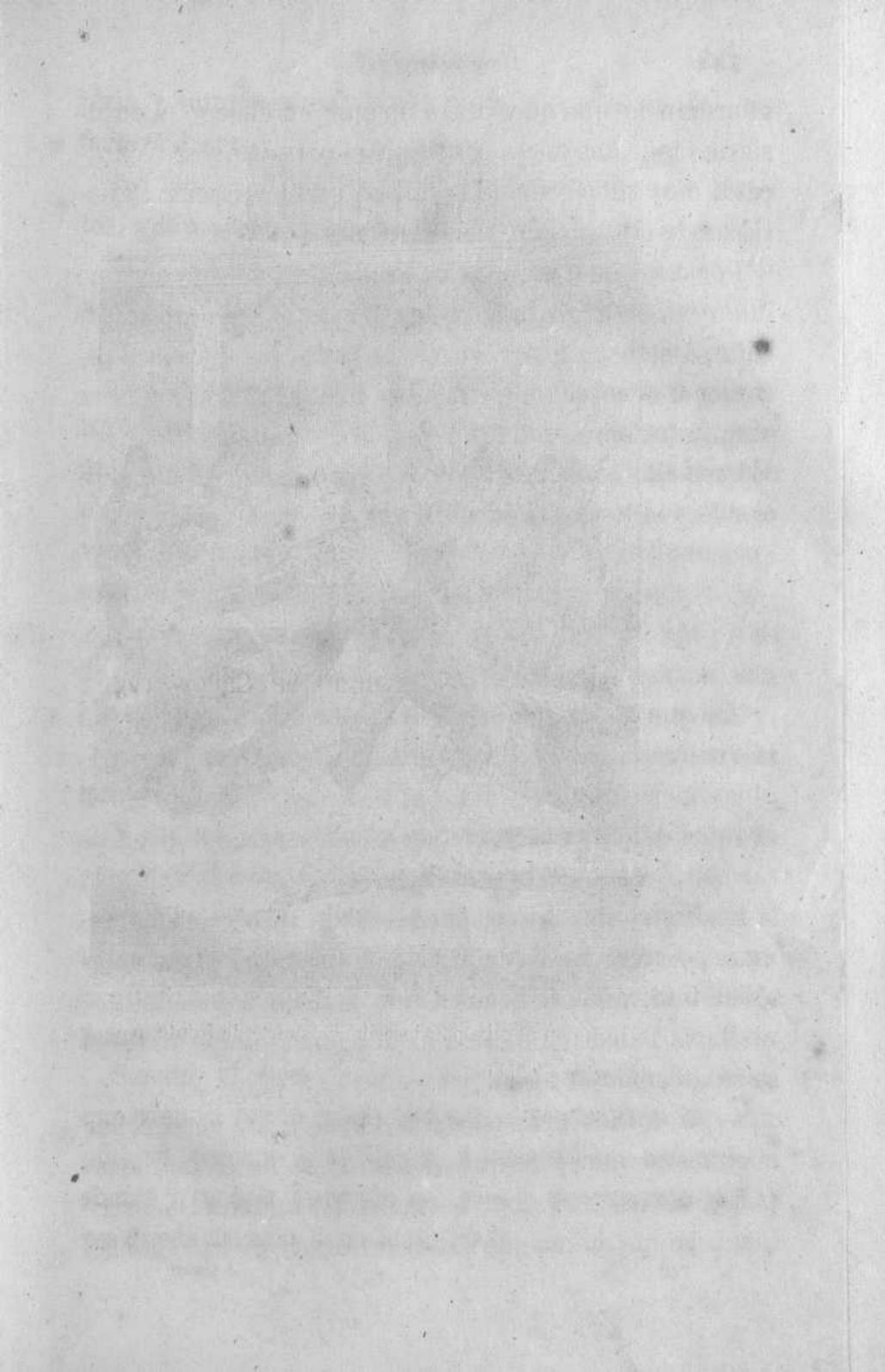
Para ello condensaré las reglas en este capitulo, haciendo que los lectores puedan saber sus teorías.

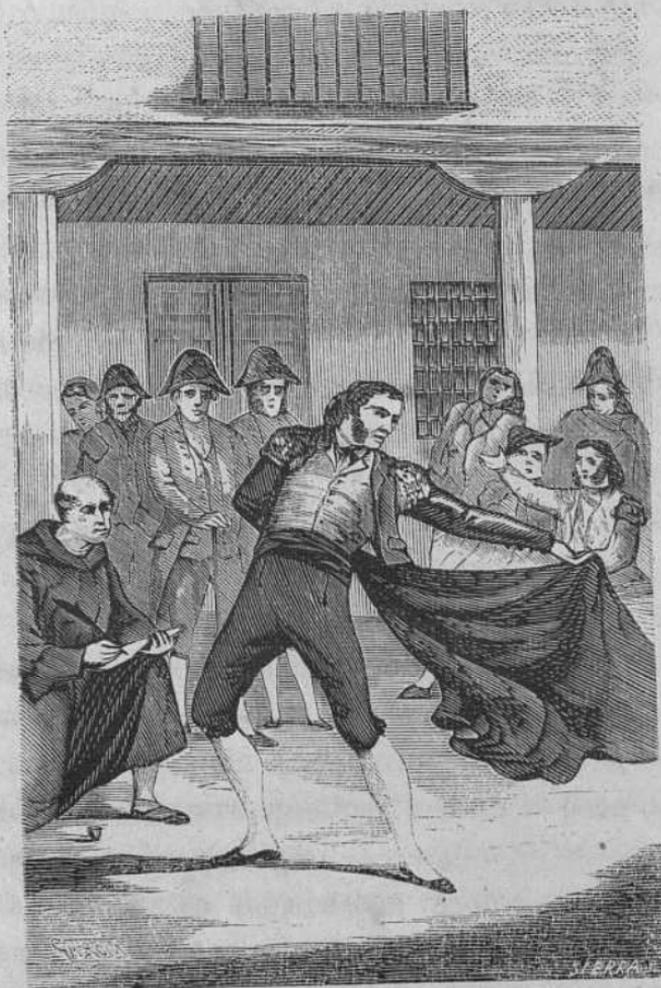
II.

Los que no tengan interés en conocer un extracto de la *Tauromáquia* de Pepe-Hillo pueden pasar estas páginas; pero fué tan grande el efecto que produjo el libro que dió á luz el torero, que bien merece la pena de ser condensado en breves líneas.

El diestro lidiador se quejaba con razon de que, en una época en que hasta el arte de tocar las castañuelas habia inspirado un concienzudo trabajo á un literato, no habia habido ni diestro ni aficionado que consagrarse su atencion al toreo.

—Yo, á Dios gracias, decia Pepe-Hillo, pueo echar argunas plantas y revestirme un si es no es de maestro, y aun así y tó tengo bastante desconfiansa de asertar; pero me anima que soy el primero que trato la ma-





Comenzaba por describir la suerte de frente, ó á
la Verónica.

teria, y aunque se adviertan algunos yerros en ella, no faltarán despues quien los corrija.

Así fué, en efecto, y ahí está el famoso libro de Montes, que no nos dejará mentir.

Lo que deseaba Pepe-Hillo era dar reglas para que el torero se condujese con seguridad en las suertes, y para que el público, instruido á fondo en los fundamentos elementales de la tauromaquia, pudiera comprender el verdadero mérito de los lidiadores, con lo cual sacarían más partido del espectáculo.

Es sorprendente ver cómo aquel hombre, sin estudio, sin principios, como suele decirse, presentase con claridad los fundamentos de lo que él llamaba arte.

—Toda suerte, decia, tiene sus reglas fijas; reglas que nunca fallan.

Y sentado este principio, comenzaba por describir la *suerte de frente, ó á la verónica*.

—Esta suerte, decia, es la que se hace de cara al toro, situándose el diestro en la rectitud de su terreno. Segun la condicion de los toros debe obrar el lidiador para ejecutarla.

Siendo el toro franco, boyante, sencillo ó claro, que viene á ser lo mismo, debia el torero dejarle venir por su terreno y al llegar á jurisdiccion cargarle la suerte y sacarla parando los piés y procurando que la res quede derecha y no atravesada.

IV.

En sus lecciones y en sus conversaciones familiares respondía á todas las objeciones que le hacian, y el lego fray Aniceto, que no se separaba de su lado, previo el permiso del guardian, iba apuntando todas las reglas que dictaba el maestro.

—Diga Vd., señor Pepe-Hillo, le preguntó uno de sus discípulos una vez que explicaba la *suerte á la verónica*. ¿y cuando el toro tiene muchas piernas?

—Entonces debe el diestro situarse á bastante distancia para citar lo á la suerte; pero si carece de ellas se ha de citar sobre corto, porque de no obrar así puede quedarse por falta de piernas antes de llegar al engaño ó en el centro y entonces peligrá el lidiador.

—¿Y cuando el toro se ciñe?

—Hay que llamarle de frente.

—¿De qué modo, maestro?

—Tomando el lidiador la rectitud de su terreno, ya lejos, ó ya cerca, segun las piernas que advierta al toro; cuando le parta le empezará á cargar y tender la suerte, con cuyo quiebro el toro va desviándose del terreno del diestro, y cuando llega á jurisdiccion ocupa el de fuera y puede dársele un remate seguro.

—¿Y hay que tirar la capa?

—Hasta que el toro esté bien humillado, en el centro de la suerte, no hay que sacarla ni tirarla.

V.

—Sucedc algunas veces, decia otro de sus discipulos, que el toro gana en la suerte el terreno que ocupa el lidiador. ¿Cómo hay que obrar en este caso?

—Esos son muy difíciles de llamar, pero no obstante tienen su suerte segura. Luego que el diestro se sitúe con la capa y vea que el toro parte, tiene que hacer el quiebro que para el que se ciñe he prevenido antes; pero si ve que no cede y se le cuela, lo que corresponde es que mejore de terreno dando al toro las tablas y echándose á la plaza, que es lo que entre nosotros se llama *cambiar el terreno*.

Hé aquí cómo explicaba los *toros de sentido*.

—Entre estos bichos, decia, los hay de dos clases. Una la de los que atienden á todo objeto sin contraerse especialmente al que los cita y llama, pero que en la suerte son claros, y otra de los que no obedecen al engaño, y aunque lo tomen rematan en el bulto, tengan ó no piernas y se les cite ya sobre corto ó ya sobre largo.

Para llamar á los primeros, es preciso que no vean más objeto que el diestro, y con esto se evita el peligro de que parta con desproporcion.

A los segundos hay que tratarlos como á los toros que ganan terreno, pero haciéndoles siempre el cambio, porque nunca dan lugar á la mejora del sitio.

—Estos toros, añadia, son los más difíciles de llamar y los que han dado más cogidas, porque sus remates ti-

ran al bulto y le cogen en *embroque* sobre corto; pero cuando esto suceda procure el diestro cubrir la cabeza y los ojos con el engaño y salirse *con piés* por donde pueda.

Del *toro revoltoso* decía que era aquel que, aunque franco y yéndose al engaño por el terreno de fuera, precipitadamente, al darle el remate, volvía sobre él sosteniéndose con firmeza sobre las piernas, y prescribía que fuese tratado como el toro boyante.

—El toro revoltoso, añadía, es el que más divierte y llena el gusto de los espectadores y al mismo tiempo el que más satisface á los que sortean con conocimiento; pero para los que no lo tienen son más expuestos, y particularmente al principio, que es cuando con más facilidad se vuelve sobre las piernas.

El *toro abanto ó temeroso* le pintaba en estos términos:

—Es aquel que, ya parta de lejos ó cerca, antes de entrar en la jurisdicción del engaño se *vacia y escupe fuera*. También suele pasarse al terreno contrario y aun entrarse por el que ocupa el diestro.

Para evitar estas contingencias aconsejaba que se le llamase y sortease por las reglas y suertes prescritas para el toro que gana terreno, con lo cual puede el diestro fácilmente mejorar el suyo ó darle tablas si se le colaba dentro.

—Este toro temeroso, añadía, suele también partir con prontitud, pero al llegar á jurisdicción se quedan cerniéndose en el engaño, y si el diestro tira de ellos ó

se mueve del terreno, con facilidad le dan una cogida. Para evitarla tiene que procurar no mover los piés y citarle hácia el terreno de afuera.

Del toro *bravucon*, es decir, del que saliendo manso embiste despues algo, decia que era fácil burlarle, pero previniéndole siempre en el terreno de afuera; tanto porque en último extremo suele *rebrincarse*, como porque muchas veces se queda en el centro sin hacer suerte.

VI.

Reseñada de esta manera la calidad de los toros, complaciáse en explicar las suertes de que eran susceptibles.

Pocos son hoy los aficionados á este espectáculo que no las conozcan y sepan apreciar su mérito.

Bueno es que recuerden, al ménos, cómo las explicaba Pepe-Hillo y las reglas que daba para salir airoso de ellas.

La de *recorte*, que es la que hace el diestro cuando cita al toro á distancia proporcionada y saliendo enfrente de su cabeza, forma con él una especie de semi-círculo, á cuyo remate se reune con el toro en un mismo centro, y dándole un quiebro de cuerpo salen los dos cada uno por distinto lado.

Puede hacerse, segun él, de dos modos; ó con el cuerpo solo, con la capa terciada por debajo del brazo, ó recibiendo al toro con la misma capa suelta por detrás al tiempo del quiebro haciéndole una *gallada*.

—Estas suertes, decia Pepe-Hillo, solo deben ejecutarse con las reses sencillas ó boyantes, aun cuando tengan muchas piernas; pero son muy peligrosas con las que se ciñen, ganan terreno ó rematan en el bulto.

VII.

Suerte de frente, por detrás, llamaba á aquella que hacia el diestro situándose de espaldas en la rectitud del terreno que ocupa el toro, teniendo la capa puesta por detrás al modo que de frente y dando el remate con una vuelta de espaldas y formando un semicírculo con los piés cuando la bestia parte y le carga la suerte.

Al hablar de ella, exclamaba Pepe Hillo entusiasmado:

—¡Soy su inventor y la he ejecutado siempre con fortuna, aunque solo la he hecho con las reses boyantes cuando tienen piernas para rematarlas bien! En otras circunstancias no aconsejo á ninguno que la ejecute.

Para llevar á cabo la *suerte á la navarra* queria que el diestro se situase en la rectitud del terreno que ocupase el toro, tendiéndole la suerte cuando embistiera. Al entrar en jurisdiccion y estar bien humillado, debia arrancar la capa por bajo y dar con ella una vuelta sobre los piés, volviendo á quedar de cara con el toro.

La *suerte á lo chatre* es sobre poco más ó menos como la anterior, con la diferencia que se hace con los brazos cruzados.

Respecto de las banderillas opinaba Pepe-Hillo que era una de las suertes de más mérito que se hace á los toros, y para colocárselas con precision, limpieza y seguridad daba las siguientes reglas:

«El toro claro y sencillo, decia, se banderilla á *cuarteo*, situándose el diestro delante del toro á corta ó larga distancia, ya esté parado ó venga levantado; y citándole á que le embista, luego que le arranca, sale formando con él un cuarteo á manera del de los recortes, con la distincion que cuando llega al centro de los quiebros, y el toro humilla, se cuadra con él, y le mete los brazos para ponerle las banderillas en el cervigullo hasta los rubios.

»Las banderillas á media vuelta se ponen de dos modos; ó situándose el diestro tras del toro, ó saliendo algo largo por detrás. Del primer modo lo ha de citar, y luego que se vuelva (que es siempre humillado para tirar la cabeza por lo cerca que ve el bulto) se cuadra con él y le mete los brazos. Y del segundo, luego que sale con piés, cuando llega al centro lo cita, y al acudir el toro (que es por el mismo orden que queda dicho) hace igual diligencia para ponerle las banderillas.

»Esta suerte á media vuelta es más fácil que la de cuarteo; pero con todo, en el primer modo hay este peligro: cita el diestro al toro por detrás á la mano derecha, y él acude á la izquierda con prontitud, enton-

ces, como que están sobre corto, y casi en el centro, recibe precisamente el diestro un embroque de cara, y en esta cogida indispensable no tiene otro remedio que dejarse caer de espaldas y meter las banderillas al toro por el hocico ó cara para que rebrinque por cima de él. Y para evitar este embroque tan peligroso, aconsejo al que haga semejante suerte que luego que se sitúe por detrás en el terreno del toro y lo cite para la vuelta, no salga en manera alguna hasta que observe por qué lado se vuelve.

»Cuando el toro es de los de *sentido*, que rematan en el bulto, es difícil banderillearlo, ya sea á cuarteo ó á media vuelta: lo uno, porque estos toros cuando arrancan cortan el terreno, de forma que no dejan pasar al diestro, y lo otro, porque aunque lleguen en suerte al centro de los quiebros, se tapan sin humillar, quedándose sobre las manos y sin tomar salida. También sucede con ellos que luego que los citan y parten, antes de llegar al centro se quedan sostenidos sobre las mismas manos, observando el viaje del diestro.

»El toro que *se ciñe* y gana terreno, cuando todavía tiene piernas puede muy bien banderillearse de cuarteo, saliendo á él el diestro con la delantera de dos ó tres cuerpos de perfil, ó más, que gradúe precisos para poder pasar: y luego que llegue á meter los brazos en la humillacion, ponga ó no las banderillas, sin pararse un punto se desviará del centro, y es la razon por que el cuarteo que se les da á semejantes toros por lo regular es imperfecto; porque como vienen ceñidos,

ó ganando terreno, padecen muy poco en el centro de los quiebros, y así están más aptos y prontos para seguir desde luego al torero. Y cuando dichos toros van con el viaje á sus querencias, de ningun modo se citarán á cuarteo, pues por más cuerpos de perfil que se tomen no ha de dejar parar al diestro. Y por último, la suerte de banderillas á media vuelta, sea de cualquiera de los dos modos propuestos, es muy fácil para con estos toros.

Los celosos son á propósito para las banderillas de cuarteo; pero luego que el diestro meta los brazos con ellas, procurará salir con piés, porque aunque no corra ni pise en el terreno, y haga por consiguiente buena suerte, padeciendo en ella un quiebro total, como que son celosos por el objeto que se les acerca, luego que se enmiendan salen buscando el bulto con todas sus piernas; y si el diestro se ha parado ó tardado en salir, pueden alcanzarlo y cogerlo.»

Sus consejos para el uso de la muleta, sus reglas de matar y su opinion respecto de las cogidas merecen capítulo aparte.

CAPITULO XVIII.

El arte de matar toros en tiempo de Pepe-Hillo.

I.

Consideraba el famoso torero la muleta como el instrumento defensivo, como el auxilio más poderoso del lidiador.

—Para la suerte, decia, debe ponérsela al lado del cuerpo y siempre cuadrada. Situándose en el terreno del toro, lo incita á partir y lo recibe con dicha muleta al modo de la suerte de capa al paso regular.

Indicaba con maestría todos los pases, y despues añadia:

—La suerte de muleta es muy fácil y lucida con los toros boyantes, con los celosos y aun con los que se ciñen, haciéndoles el quiebro con la capa; pero muy expuesta con los que ganan terreno y rematan en el bulto, pues como la muleta está solo en una mano y se desvia tanto del cuerpo, se cuelan estos toros, y cuando no arrollan en la suerte al diestro le embrocan por la espalda, y es necesario que salga con piés para librarse.

II.

Original en sus teorías, tanto por esto como por haber sido el primero que fijó las reglas de la tauromaquia, voy á reproducir sus consejos y advertencias acerca de la muerte de los toros.

«Llegamos ya á la suerte de más mérito, decia, la más lucida, la más difícil, y la que llena más cumplidamente el gusto y la satisfaccion de los espectadores. Sus reglas son muchas, y guardan proporcion con las clases que hay de toros. Consiste esta suerte en situarse el diestro en la derecha, metido en el centro del toro, con la muleta en la mano izquierda, más ó menos recogida, pero siempre baja, y la espada en la otra, cuadrado el cuerpo, y con el brazo reservado para meter á un tiempo la estocada; cita así al toro; y luego que le parte, llega á jurisdiccion y humilla; al mismo tiempo que hace en el centro el quiebro de muleta, mete la espada al toro, y consigue por este orden dar la estocada dentro y quedarse fuera al tiempo de la cabezada.

»El toro sencillo y claro se mata con mucha facilidad, tenga ó no piernas, las cuales no se les quitarán nunca para la muerte, y si se hace, perderá mucho mérito la estocada, aunque sea una sola y dada en ley.

»Al toro que se ciñe se le citará con la muleta, y hará la suerte que queda prevenida en su lugar, y para llamarlo á la muerte no se acortará mucho el engaño: y luego que llegue á jurisdiccion y humille, se le dará la estocada en el tiempo y forma que al toro boyante;

pues aunque el que se ciñe es de más cuidado, siendo como es esta una cualidad propia para la muerte, no debe haber diferencia, y más cuando este no embroca, que es donde solo está el peligro. Y así se ve de ordinario que, aunque al pase regular se cuelen estos toros, sean después á la muerte con la mejor proporcion.

»Los que ganan terreno y rematan en el bulto son los más arriesgados para la muerte. A estos se les debe quitar las piernas cuanto sea posible, y sin pasarlos á la muleta salirles al encuentro para matarlos, de forma que al meter la estocada esté el diestro fuera del centro que lleve al toro.

»Suelen estos también usar del ardid de taparse sin humillar á la muerte, y tirando derrotes sobre alto desarmar al torero. Este es el lance más apurado que sucede con los toros, y donde el diestro teme por instantes una cogida, y mayormente si conservan piernas. Si no se les puede salir al encuentro, no hay otro remedio que tentarlos en buenas suertes, y siempre con el cuidado de acercarles al engaño y vaciar el cuerpo del centro; y si no quieren de ninguna forma humillar, por último y único refugio elegirá el diestro el irse á estos toros, citándolos á la muerte, y de pronto les tirará la muleta al hocico (con cuyo espanto siempre humillan), yéndose al mismo tiempo á volapié sobre ellos, y dándoles las estocadas como mejor se pueda. Y aunque sea casi á media vuelta, siempre tiene mérito; pues este se fija principalmente en sortear y matar al toro del modo que sea posible.»

Ocupándose de la suerte del *volapié*, la más notable de todas cuantas hasta entonces se conocían, se expresaba Pepe-Hillo en estos términos:

«Fué inventada por el famosísimo torero de nuestros dias Joaquin Rodriguez (alias Costillares). Consiste en que el diestro se sitúa á la muerte con el toro, ocupando cumplidamente su terreno, y luego que al cite de la muleta humilla y se descubre, corre hácia él poniéndosela en el centro, y dejándose caer sobre el toro, mete la espada y sale con piés.

»Esta suerte es lucidísima, y con ella se dan las mejores estocadas y se hace á toda clase de toros como humillen y se descubran algun poco.

»Pero no es siempre ocasion de ejecutarla, sino solo cuando los toros están sin piernas y tardos en embestir.

»Hasta aquí he hablado de los toros y reses que guardan en las lidias las aprensiones con que salieron; pero debo advertir que regularmente se ven en ellos varias transformaciones. Sale un toro valiente y sencillo, pero apenas siente el hierro empieza á apartarse; llegan las banderillas y se maneja como el que gana terreno, y con estas cualidades va á la muerte. Otros, que en el principio fueron abantos, ó porque cogen un caballo y se consienten, ó porque se hacen dueños de un sitio, adquieren tal sentido y aprenden tanto en el

corto tiempo de la lidia, que, ó se ciñen, ó rematan hácia el bulto. Y tambien sucede que el toro que desde que salió partió ciñéndose ó ganando terreno, se haga de las calidades del boyante y claro con solo una vara que se le ponga por ser blando y dolerse del castigo: y como este lo recibe acercándose al bulto, temeroso de que se lo repitan, se desvia de él.»

IV.

Previsor en extremo, no terminaba su enseñanza sin hacer á sus discípulos todas las advertencias necesarias para que lucieran en la plaza y evitaran los peligros.

1.º Para llamar con más comodidad, lucimiento y seguridad, se usará de capotes que tengan algun peso y suficiente vuelo, pues con este se despiden y escupen fuera los toros que se ciñen y ganan terreno. Y en los días de viento, que impide el manejo de estos engaños, no se llamará nunca á dichos toros sino solo los francos y boyantes, porque estos, como que llegan por el terreno de afuera, con facilidad se despiden, y á los otros es necesario cargarles y tenderles las suertes, quebrándoselas al rematar, y esto es impracticable con el viento.

2.º Para que las suertes de frente sean limpias y lucidas, se situará siempre el diestro en la rectitud del terreno del toro, parando bien los piés: y de esta forma, si es franco, á poco trabajo lo echa fuera; si se ciñe, con más facilidad se hace el quiebro; y si gana

terreno, ó remata en el bulto, se le podían dar las tablas con ménos riesgo, y todo ello es casi imposible hacerlo bien y sin peligro situándose el diestro algo fuera, ó atravesado.

»3.º Como el arte de torear tiene por fundamentos principales el espíritu y conocimiento, aquellos aficionados y toreros sobresaldrán más que tengan ménos aprensiones de miedo y conozcan mejor las suertes. Y es constante que sin valor para ver llegar los toros no hay ninguno que las ejecute bien. Y así se ve cada día que el torero bueno, por tomar aprensiones de miedo, pierde el salto en las suertes que ejecutaba bien.

»4.º Otro constitutivo esencial del toreo es ver llegar los toros, consiste en el que llama de frente: verlos entrar á jurisdicción, pasar y rematar; en el que recorta ó gallea: mirarles la colada en el centro del cuarteo, y la salida volviendo la cara de un lado á otro. En el que pone banderillas: observarles bien la humillacion y quiebro, tanto al meterles los brazos como cuando se forman los toros y le reconocen el viaje. En el que mata: verlos llegar á la espada cuando les da la estocada, y cuando sale. Y los que huyen, ó van á sacar y trastear los toros, deberán siempre mirarlos; lo uno, para procurar salirse de la cabeza en los embroques sobre largo; y lo otro, para flamearles los engaños, y entretenerlos en la carrera, y no correr con desatino, si acaso no lo sigue el toro. Esta cualidad de verlos llegar es tan precisa, que sin ella no se puede acertar suerte alguna; y con ella lleva el diestro la ma-

por seguridad, y tanto que, en los embroques sobre corto, se ha libertado mucho haciendo un quiebro de cuerpo al tiempo de desarmar al toro: cuya defensa no hubieran usado si no lo hubieran visto llegar.

»5.ª Si el toro que va á banderillearse es boyante y claro, aunque tenga muchas piernas, se le dejarán, pues no tiene peligro alguno. Pero en los cuarteos en que lleve su viaje á las querencias naturales, se le tomará la delantera que al toro que ciñe; mas á los que ganan terreno y rematan en el bulto se procurará no dejarles piernas; y ya sea con las banderillas, ó ya con los capotillos, se les llamará de continuo sin darles lugar á que se reparen.

»6.ª Las querencias naturales de los toros en la plaza son dos: una, la puerta por donde entran, y la otra la corraleja de donde salen. Cuando van á rematar á ellas son buenas las suertes de capa y muleta; pero malas y encontradas cuando arrancan desde dichas querencias. Tambien toman otras, que llaman casuales, y son ya con otros toros que estén muertos en la plaza, ya con algun sitio particular de ella, y ya, finalmente, con las tablas. Y es de advertir que estas querencias particulares las prefieren á las naturales; así, para torearlos en ellas, aunque se eche el cuerpo á la plaza, se procurará siempre dejárselas libres en los remates.

»7.ª Como que toda clase de suerte se hace por lo regular cuando embisten levantados ó corriendo, es necesario que el diestro use de las reglas muy á tiempo para no peligrar. Y como por la violencia que regular-

mente interviene es el acierto tan contingente, de aquí es que es raro el que sea diestro en toda clase de suerte; así se ve por experiencia que unos sobresalen en la capa, otros en recortes, en banderillas otros, y muy pocos en matar. Y es la razón también porque es muy difícil coger el tranquilo á toda clase de suertes, que pende de reglas tan diversas, y en que unas veces aprovecha la mayor agilidad, y otras es perjudicial. Y también suele suceder que los que son diestros en algunas de ellas se atrasen y pierdan el tanteo (que se llama perder el salto): lo que nace ya de haber llevado alguna cogida, ó ya por tomar alguna aprension de miedo.

8.º Todos los toros por lo comun son claros y sencillos, segun su naturaleza, y quien los hace aprender á ceñirse, ganar terreno y rematar en el bulto, es la continuacion de lidiarlos, ó el haberlos antes castigado, ó el mismo castigo que sufren en la lidia.

9.º Cuando el diestro está situado delante del toro, ya sea con la capa ó muleta para la muerte, y reconoce que derrama la vista por dentro de su terreno, procurará observar al instante qué objeto sea el que le llama la atención, para hacerlo apartar siendo posible, y si no se saldrá de la suerte, pues es una señal segura que donde el toro pone la vista allí parte, y en igual contraste puede ser cogido el diestro aunque sea por un toro boyante y claro. Y como que este peligro se está corriendo de continuo en las plazas, ya por asomarse á los boquetes, y ya porque los espectadores hacen citas á los toros con engaños y la voz, ruego y en-

cargo á todos se abstengan de llamar así la atención de ellos; y les pido que antes por el contrario guarden un profundo silencio y quietud, al ménos cuando se tienen los toros en las suertes de muerte.

10. Los toros secos y duros, que por lo regular suelen serlo los celosos, los que se ciñen, y aun los que ganan terreno y rematan en el bulto, cuando salen corriendo tras de cualquiera objeto, y más cuando están en todas sus piernas, rematan hasta lo posible sus carreras; y así los que salgan con ellos, y huyan embrocados sobre largo, tomarán cumplidamente la guarida sin quedarse fuera; pero este cuidado no es preciso tenerlo con los toros que son abantos ó temerosos, pues rarísima vez rematan en la valla.

11. Todas las suertes de plaza pueden hacerse también en el campo, donde se ejecutan más fácilmente, porque allí los toros, como que no están encerrados, no tienen tanta codicia por los objetos y embisten por lo regular con el sentido en la huida. Pero se procurará conocer sus mayores querencias para no sortearlos contra ellas, porque sin duda han de quedarse sin rematar la suerte, y mayormente aquellos toros que antes fueron acosados que llevan perdidas las piernas.

12. Y últimamente, prevengo que las reses enmaromadas se llamen con el mayor cuidado, porque suelen no guardar proporción en el orden de embestir, ya porque van tirando y huyendo de la cuerda, y ya porque se la pisan, y por estos motivos son muchos los que han sido cogidos, aun por reses sencillas y claras.

CAPITULO XIX.

Descripcion de otras várias suertes.

Admira ciertamente que un hombre del pueblo, en una época como en la en que vivia Pepe-Hillo, loğrase, como están viendo los lectores, que aquella lucha sorprendente entre el hombre y la fiera fuese la consecuencia de un estudio matemático y ofreciese á los ojos del público el espectáculo de la inteligencia dominando á la fuerza bruta.

En aquella época llegó el arte taurino, gracias á Pepe-Hillo y á Romero, si no á los límites, por lo ménos muy cerca de ellos.

Los inteligentes que recuerden ahora las teorías del famoso torero que vamos extractando, comprenderán que, desde entonces acá, no ha hecho más que mejorarse ó perfeccionarse, si se quiere, lo que los toreros del siglo pasado legaron á los del presente.

No se limitaba Pepe-Hillo á enseñar todas las suertes, á prescribir las reglas para el lucimiento del lidiador y evitarle los peligros que podia correr; tambien

dedicaba su atención á explicar la acción ofensiva y defensiva de los toros.

XIX II. UTILIDAD

«Es regla general en todos los toros, cuando usan de la acción ofensiva, que parten precipitados á coger el objeto que se les presenta: y como que las armas que esgrimen las llevan en la cabeza, cuando quieren ofender la humillan, tirando una cabezada, la que repiten si se quedan con el objeto. Esto lo hacen todos, y lo harán siempre por ser cualidad natural de que no pueden prescindir; y véase ya como con este fundamento solo se descubre la seguridad de las suertes, porque si el toro para ofender corre al objeto con precipitación y le tira una cabezada para cogerlo, ¿qué cosa más natural y cierta para burlarlo que reducirlo al mismo objeto, y luego que llegue, quitárselo de delante? Este es el constitutivo esencial de la suerte y principio elemental con que se forman todas las que se conocen.

»Como el toro no tiene otra regla para ofender, que la que queda expuesta, y experimenta que se le burla una y muchas veces, trata por ello de practicarla hasta donde alcanza su instinto, sin usar de más ardidés ó medios que los de embestir por el mismo orden con más codicia por el objeto; y esto lo hace, ó ciñéndose, ó ganando terreno, ó rematando en el bulto. Y como que de aquí no puede pasar su conocimiento, la misma experiencia que ha hecho conocer aquellos árbitros que eli-

gen, les ha proporcionado á cada uno sus suertes seguras, como queda demostrado en sus respectivos lugares.

»No obstante que los toros son de naturaleza fiera, comunmente se asombran de los objetos y temen el castigo; y de esto nace que usen de la accion defensiva, que consiste en hurtar el cuerpo á los objetos que se le aproximan, y en taparse levantando la cabeza para que no se les descubra el cerviguillo.

»Lo primero, se ve en la suerte de banderillas, cuando al tiempo que el diestro va á meter los brazos, ó los cita para la humillacion, se salen de la suerte; y lo segundo, cuando al tiempo de ambos actos levantan la cabeza y desarman las banderillas con derrote por alto. Y en la suerte de muerte se conoce esta accion defensiva en las ocasiones y circunstancias que quedan dichas en su lugar, donde remito al lector para no molestarle con repeticiones.

»En esta inteligencia podemos reducir todo el conocimiento del arte de torrear á solo dos puntos, que son: la accion ofensiva y defensiva de que usan los toros, cuyos actos distintos deben conocerse bien, para proporcionarles sus suertes respectivas, en la inteligencia que es imposible que el toro coja al diestro como las aplique oportunamente.»

III.

—Expuesta con tanta claridad la ciencia, por decirlo así, del toreo, concluye el famoso diestro, y concluye

muy bien, que las cogidas solo podian tener lugar por faltar á las reglas del toreo.

No por eso dejaba de comprender que un resbalon ó una caida, más ó menos precipitacion en la ejecucion de las suertes, ó algun otro contratiempo, podian producir el peligro.

Por este concepto habia sufrido Pepe-Hillo diferentes cogidas, que él explicaba para escarmentar á sus discípulos con su mismo ejemplo.

No se concretaba en su enseñanza á explicar solo los detalles y pormenores de la lidia de á pié, ó mejor dicho de las suertes que podian hacerse con la capa, las banderillas, la muleta y el estoque; maestro consumado, tambien se complacia en explicar las suertes que podian hacerse con la pica á caballo y á pié, y no olvidaba los medios de derribar, enlazar y coger las reses.

—El conocimiento que debe tener el picador, decia, consiste en saber las suertes, comprender el toro y las querencias naturales y casuales que toma, y el espíritu en verles llegar, recibirlos en suerte, cargarse sobre el palo reunido con el caballo y hacer el mayor esfuerzo al encontronazo.

En su concepto, llevaba gran ventaja el picador que sabia torear de capa. De otra manera, creía firmemente que no podia llegar á maestro ningun picador sin haber sufrido muchas caidas y cogidas.

—Todos los toros, añadia, tienen tres estados en la lidia de á caballo: primero, cuando salen y van levantados; segundo, cuando se paran; y tercero, cuando se

aploman. En el primero, son las suertes de ménos peligro, aun con toros duros. En el segundo, parten ya con detencion y sentido, y solo la suerte bien hecha y el castigo á tiempo puede echarles fuera; y en el tercero, aun los toros más claros y ménos duros tienen que picar.

IV.

Daba otras muchas reglas y concluia sus lecciones explicando las diversas y entretenidas suertes encomendadas á los picadores.

Con la descripcion de ellas terminaré esta parte, á la vez histórica y didáctica, de mi libro.

Suerte de picar á pié.

Tambien se pican los toros á pié con vara de detener, esto es, lo más de dos y media, y con ella se sitúa el que va á picarlos en rectitud del terreno que ocupan tomándola con ambas manos, llevando un capote en el brazo izquierdo, cita de esta forma al toro, y luego que le parte y llega á jurisdiccion, se abre hácia adentro, y pone la vara en el cerviguillo, con cuya picada le despide; y si lo marra, y se le cuela, lo vácia con el capote, que hace las veces de muleta; esta suerte es muy lucida con los toros boyantes que son blandos, pero expuesta con los duros, y muy peligrosa con los que se ciñen, ganan terreno y rematan en el bulto, con los cuales aconsejo que no se ejecute nunca.

Suerte de derribar á la falseta.

Para derribar los toros á caballo se usa de tres estilos, á saber: á la falseta, á la mano y de violin.

Todos se ejecutan con acierto si se procura que la res vaya de huida con vehemente querencia, ya sea á sus pastos, malezas ó ganados, pues como va ansiando por lograrlos, no cuida de más defensa que aligerar sus piés.

Para derribar á la falseta se previene el caballo para el lado derecho de la res que se acosa, apartado, y virando detrás treinta ó más varas, ó las que basten á descubrir la anca derecha. En la media distancia se enristra la vara en todo su largo, y se le pone la pua en el nacimiento de la cola, que es donde más le cimbra, y cerrándose y apretando bien el caballo (porque el empuje no saque al jinete fuera), se forcejea hasta derribar la res; y para el mayor lucimiento y seguridad se cuidará que al pasar el caballo por detrás no tropiece con ella, ya para evitar que uno y otro caigan arrollados, ó ya también para que quede el jinete en mejor actitud para seguirla si no la derriba. Este estilo es el más garboso, aplaudido y más acostumbrado de los jinetes diestros; y en una palabra, no es buen derribador el que no sea falsetero.

Suerte de derribar á la mano.

El segundo estilo de derribar á la mano, ó de echar el caballo á la derecha, es el más acostumbrado de los

modernos. Se ejecuta tomando la izquierda de la res que se acosa en igual distancia y en los mismos términos que los expuestos para la falseta. Si la res se embroca antes de llegar con la garrocha al nacimiento de la cola, es necesario que el jinete se abra de la rectitud, poniéndole la pua en los encuentros para zafarse, por ser semejante embroque más arriesgado; con este estilo se dan á las reses muy fuertes caídas; pero no merece el aplauso y recomendación que el otro.

Suerte de derribar de violin.

El tercer estilo, que llaman de violin, se ejecuta tomando la res en el modo y á la distancia que queda prevenido para la falseta, y solo se diferencia en que la garrocha se echa por cima del cuello del caballo: y advertido, que si la res se embroca ó cae, como precisamente se contrapone la garrocha y las riendas, y va dirigido el caballo al cuerpo y cabeza de la res, es necesario mucho cuidado y tino para no pasar por cima de ella en la caída, ó dar en la cabeza al embroque, por cuya razón este estilo es muy poco usado.

En todos tres se ha de tener por regla general el proporcionar cada jinete la velocidad, vigor y piernas de su caballo con su aptitud y fuerzas propias, uniformando estas circunstancias y distribuyéndolas de forma que el esfuerzo se haga por los dos á un tiempo; porque si no, además de no lograr el fin de derribar la res, el mismo empuje que haga el jinete podrá sacarlo de la silla; y también cuidará de reservar el caballo y

no soltarlo hasta que se dirija á tender el palo; pero como todas estas acciones se practican con violencia, en que es tan contingente el acierto, de aquí es que unas veces se pasa el caballo, otras no alcanza la res y en otras se arrollan; y no hay otro arbitrio que subsane estos defectos (aunque no sea en el todo) sino que el ginetete, además de saber las reglas de derribar, procure tener bien conocido el caballo.

Suerte de derribar las reses desde el caballo con la mano.

»Tambien se derriban las reses á caballo, agarrándolas por la cola, cuya accion se ejecuta cogiéndolas de firme y arreando el caballo en línea paralela, tirando al mismo tiempo con el mayor esfuerzo, con lo que se consigue derribarlas; es accion muy lucida, pero ejecutada de muy pocos.

Suerte de coger las reses con lazo desde el caballo.

»Para coger las reses con lazo se previene una cuerda delgada de treinta á treinta y cuatro varas, y en un extremo de ella se ata la cola del caballo, y en el otro se forma un lazo que se prende en la punta de una caña, ó vara más ligera y corta que la de detener; y el sobrante se enrosca y ata en la grupa con un bramante endeble que fácilmente se rompa al tiron; y cuando ya la res corre ménos que el caballo, se empareja el ginetete con ella y la enlaza por los cuernos; pero si acaso se embroca, ó pára, se le entra á caballo levantado, y a pasar se le echa el lazo.

»Si el sitio donde se ejecuta esta accion es montuoso ó tiene matas donde se pueda sujetar la cuerda, no se atará á la cola del caballo, por el peligro de que se enrede en alguna, ya cogida la res, y si esta embiste, no pueda huir el ginete; pero entonces se meterá la punta de la cuerda por entre la cincha y sujetará en el fuste delantero, sin atarla en él, para que en cualquiera enredo peligroso pueda soltarla el ginete y zafarse: y tanto en este caso como en el de llevar la res atada á la cola de su caballo, procurará no atravesarlo á los tiro-nes que dé aquella, sino resistirlos por derecho, que así tiene el caballo unas fuerzas increíbles, y del otro modo está expuesto á caerse.

Suerte de enlazar las reses á pié.

»Tambien se enlazan las reses á pié llevando el palo y cuerda que he dicho; pero es necesario que estén juntas algunas, para que rodeada y aquerenciada con ellas, se coja descuidada la que se pretenda enlazar, porque estando sola precisamente ha de huir y frustrar la accion; y cuando las reses están rodeadas ó acorraladas, se cogen igualmente con lazos por los piés, lo cual se ejecuta con un cintero y un palo de vara y media ó dos de largo, donde va hecho el lazo, y poniéndose detrás de la res que va á cogerla, le incita á huir, y al levantar el cuarto trasero mete el lazo por debajo, y lo prende con él por el pié; y tambien se acostumbra poner el lazo en el suelo y carear la res hácia donde está, y

luego que pone en medio un pié ó una mano tirar de él y enlazarla.

Suerte de coger las reses á pié.

»Y últimamente, para coger las reses á pié, se acosan primero y cansan á suertes ó recortes, y á uno de estos se le echa mano á la cola, y de un estrechonazo se derriba, ó se llama á media vuelta y coge por los cuernos uñas arriba, cuadrándose de pechos con ella; como alza el hocico al empujarle por las puntas, se le mete el uno ú otro hombro por debajo de la barba, llevándole la cabeza á su espalda, y así se derriba fácilmente.»

V.

El efecto que las lecciones de Pepe-Hillo produjeron entre el inmenso número de aficionados á las lides taurinas, fué inmenso.

El leguito tuvo muy buen cuidado de ir reuniendo todas las reglas que oía, y cuando aparecieron en la forma de un libro llegó á tal grado el entusiasmo que produjo aquel trabajo en el público, que hasta los mismos partidarios de Romero, que en honor de la verdad eran más que los de Pepe-Hillo, le trataron en lo sucesivo con la mayor consideración.

«Todo esto, escribía á su hijo, lo he hecho por tí. Dios te ha dado valor y con él has llegado á ser un militar distinguido; pero podías avergonzarte de tu padre, y

he querido ganar mi batalla para que te toque alguna parte de mi gloria.»

El libro de Pepe-Hillo dió nuevos argumentos en pró á los apasionados de las corridas de toros, y el mismo Godoy, con cuantos deseaban que fueran suprimidas en España, no tuvieron más remedio que bajar la cabeza.

Al mismo tiempo, gracias á las lecciones de tan hábil maestro, á los laureles que adquirian los toreros, á la estimacion de que eran objeto por parte de los grandes de España y á las pingües ganancias que en su profesion recogian, se aumentaba por momentos el número de jóvenes que querian heredar la gloria de Costillares, Romero y Pepe-Hillo, y el entusiasmo por las fiestas taurinas rayó en delirio.

Los reyes, que al ver lo que habia sucedido en Francia procuraban acercarse al público, contentarle y divertirle para que no cayese en la tentacion de imitar á los franceses, contribuyeron á aumentar el favor que dispensaba el público á las corridas de toros, y su hijo mayor D. Fernando, príncipe de Astúrias, se hizo idolatrar del pueblo, porque mostró desde luego una gran aficion á su espectáculo favorito.

VI.

Pepe-Hillo, como vemos, llegó á ser un verdadero personaje de la España de 1794.

Creíase el más feliz de los hombres, porque muy en breve iba á ver á su hijo mayor enlazado con una de las familias más aristocráticas de España.

Aunque no lo confesaba, esta esperanza le enorgullecía, y como, gracias á su trabajo, habia podido comprar algunas casas en Sevilla y contaba con los medios necesarios para vivir desahogadamente, creíase e más dichoso de los mortales, cuando un terrible golpe vino á amargar los últimos dias de su vida.

Pero pongamos término á este libro para reanudar en el siguiente el hilo interrumpido de nuestra historia, seguir el curso de los acontecimientos y ver cómo aquel pueblo, que vivia de *pan y toros*, llegó á ser más tarde el gran pueblo de la guerra de la Independencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

El Fanatismo.

Páginas.

CAPÍTULO I. ¡Españoles sobre todo!	1
II. La familia de Pepe-Hillo.	9
III. El principio de una historia.	17
IV. Preparativos para un golpe de mano.	30
V. Un cabo suelto.	38
VI. Tal para cual.	53
VII. El mensajero.	63
VIII. El primer republicano de España.	69
IX. Una sociedad secreta.	80
X. Una comparsa agradable.	91
XI. Las buenas fortunas de un preten- diente.	100
XII. Una corrida de novillos en 1793.	108
XIII. El ministro de Carlos IV.	118
XIV. Receta de pretendientes.	126
XV. Donde el aspirante ó funcionario pa- rece un maestro en el arte de vivir.	135
XVI. Pasos en firme.	143
XVII. Tropiezos.	150
XVIII. Una discusion taumomáquica.	157
XIX. La revelacion de un secreto.	168
XX. Rivalidades.	176
XXI. Un ardid de la Tullida.	183
XXII. Una conjuracion.	190

CAP. XXIII.	La amada de Sir Guillermo.	199
XXIV.	Un montin por dentro y por fuera.	212
XXV.	Un Judas que sirve para algo bueno.	223
XXVI.	La penitencia en el pecado.	231
XXVII.	Un alcalde de cuartel.	237
XXVIII.	Patriotismo.	244
XXIX.	El siglo XVIII.	255
XXX.	Los conspiradores.	270
XXXI.	El corazón humano.	277
XXXII.	Más sobre el mismo tema del capítulo anterior.	283
XXXIII.	Un anónimo.	289
XXXIV.	Donde vuelve á aparecer doña Emere- renciana.	295
XXXV.	Complicaciones.	307
XXXVI.	Una resolución desesperada.	316
XXXVII.	El espíritu revolucionario.	325
XXXVIII.	Todo ó nada.	335
XXXIX.	El rapto de una niña.	345
XL.	Entre la espada y la pared.	353
XLI.	Solapa de la tía Solapa.	358
XLII.	Un pasito más de la vieja.	367
XLIII.	El principio del fin.	374
XLIV.	El todo por el todo.	381
XLV.	La semilla del árbol de la ciencia del bien y del mal.	389
XLVI.	Lucha interior.	401
XLVII.	Dos sueños.	407
XLVIII.	Una boda misteriosa.	415
XLIX.	La última mano de una conspira- ción.	421
L.	El gran pueblo.	427

	Páginas.
CAP. LI. Un golpe en vago.	473
LII. Consecuencias.	449
LIII. La conciencia.	457
LIV. La novela de la caridad.	464
LV. Dos almas tristes.	472
LVI. Una esperanza que muere y otra que nace.	483
LVII. Alegría y dolor.	490
LVIII. Lo que hace el amor.	494
LIX. Un hombre del pueblo en la época del oscurantismo.	499
LX. La clemencia.	507
LXI. Tregua al dolor.	618
LXII. Pormenores.	525
LXIII. La misma historia por el reverso.	533
LXIV. Glorias olvidadas.	544
LXV. Que es verdaderamente la conclu- sion del anterior.	554
LXVI. Vicios y virtudes.	567

LIBRO SEGUNDO.

Las corridas de toros.

CAPÍTULO I. Un banquete trascendental.	577
II. El hombre de ayer y el hombre de hoy.	588
III. La marquesa de la Llana.	596
IV. Un jóven ambicioso.	605
V. Discusion preliminar.	610
VI. Un prólogo en accion.	617
VI. Influencia de los espectáculos públi- cos en los pueblos.	624

Páginas.		Páginas.
	CAP. VII. Algo sobre el origen del toreo.	634
410	IX. Una carta célebre.	653
457	X. El primer lidiador de á pié.	668
481	XI. Pedro Romero.	676
471	XII. Recuerdos tauromáquicos.	690
483	XIII. Costillares.	697
490	XIV. Pan y toros.	705
494	XV. Lo que hacen los poderosos cuando no pueden.	719
500	XVI. De necesidad, virtud.	730
507	XVII. La tauromaquia de Pepe-Hillo.	743
518	XVIII. El arte de matar toros en tiempo de Pepe-Hillo.	754
525	XIX. Descripción de otras varias suertes.	763
533	LXIII. La misma historia por el reverso.	
544	LXIV. Glorias olvidadas.	
551	LXV. Que es verdaderamente la conclusión del anterior.	
567	LXVI. Vicios y virtudes.	
	LIBRO SEGUNDO	
	Las corridas de toros	
577	CAPITULO I. Un panquete trascendental.	
588	II. El hombre de ayer y el hombre de hoy.	
596	III. La mariposa de la lana.	
605	IV. Un joven ambicioso.	
610	V. Discusión preliminar.	
617	VI. Un prodigo en acción.	
624	VII. Influencia de los espectáculos públicos en los pueblos.	

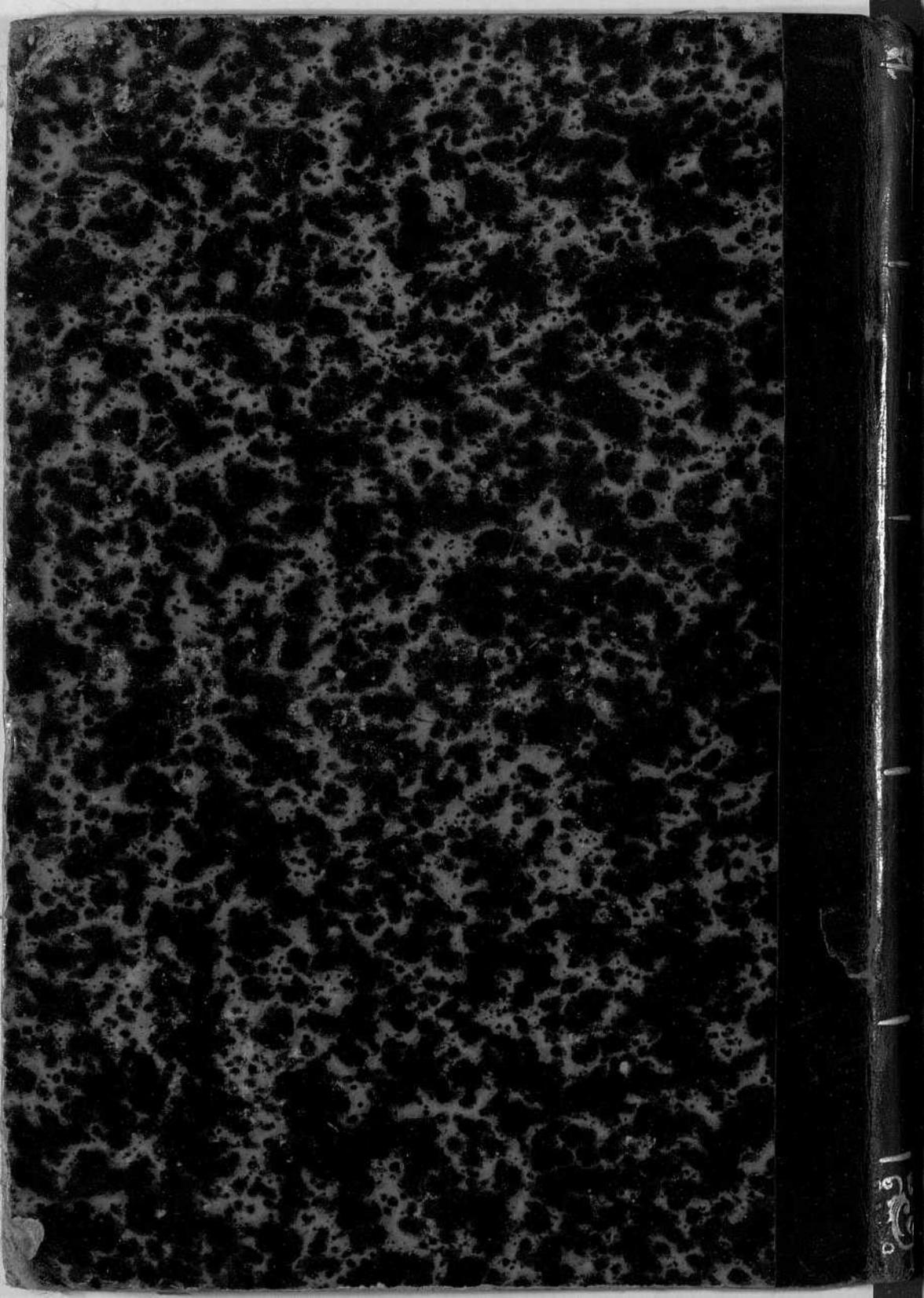




MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. <u>227</u>	Precio de la obra.....
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>5</u>	Valoración actual.....
Número de tomos.	



227

PEPE-HILLO



1

